

El Pueblo

DE LOS **Maldecidos**

Marc Sans



EL PUEBLO DE LOS MALDECIDOS



escrito por
Marc Sans

Contents

EL PUEBLO DE LOS MALDECIDOS

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciseis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidos

EPILOGO

—FIN DE "EL PUEBLO DE LOS MALDECIDOS"—

Capítulo Uno

Os voy a contar algo alucinante que me ocurrió durante las vacaciones de verano.

Y —de antemano— os pido perdón si no me ando con demasiadas florituras y voy directamente al grano, pues nunca he sido de las que se enrollan con detalles superfluos. Si se te ocurre mandarme una nota de voz de 15 minutos al Whatsapp, yo te responderé con un emoticono sonriente de ambigua interpretación.

Para empezar, me voy a presentar.

Me llamo Ava Carter y recién había cumplido los dieciocho años.

Para celebrarlo, junto con mis mejores amigas del insti —Asia y Katie— nos embarcamos en unas vacaciones que iban a ser memorables, antes de comenzar el primer curso de la universidad donde íbamos a ir las tres juntas.

Y vaya si lo fueron.

El viaje nos llevó por diferentes ciudades del Viejo pero Marchoso Continente, una ruta que mezclaba la fiesta con las visitas culturales: Barcelona, Ibiza, Londres, París, Berlín, Praga...

Nos lo pasamos en grande en cada una de ellas; bebimos, bailamos, ligamos, y hasta pisamos algún museo que otro [uno].

Nuestro objetivo era disfrutar a tope antes de iniciar lo que sería una etapa esencial que marcaría nuestras vidas para siempre.

Pero bueno, esta no es la historia que os quería contar. Para ver cómo nos fue durante nuestro periplo europeo, solo tenéis que visitar nuestros perfiles de Facebook e Instagram y ver todas nuestras fotos y vídeos (y, por supuesto, darle al *like*).

Total, que el viaje estaba planeado al milímetro por la hermana mayor de Katie que trabaja en una agencia de viajes y nos planificó todas las rutas, los desplazamientos en avión y tren, albergues, entradas..., todo ese tipo de cosas.

Pero no sé si fue por un error humano, un despiste natural (ya que estaba también enfrascada con los preparativos de su propia boda) o una venganza personal hacia su hermana pequeña por algo que le hizo (no me extrañaría, yo

también la quería matar a veces), que se le olvidó comprar los billetes de avión con destino a Moscú. Maravilloso.

Con el dinero que teníamos en efectivo alquilamos un vehículo. El trayecto de Praga a Moscú duraría algunos días en coche, pero pensamos que sería divertido. Nos turnaríamos cada pocas horas, cantaríamos nuestras canciones favoritas en plan *Carpool Karaoke*, pernoctaríamos en moteles de carretera de ciudades centroeuropeas que ni sabíamos que existían. Vamos, el cliché de la turista norteamericana.

Cuando nos adentramos en Polonia, hubo un momento en que la señal del GPS murió y nos perdimos un poco (por decirlo de un modo que no nos deje como unas completas inútiles)

Y sin darnos cuenta, estábamos conduciendo por una pedregosa carretera secundaria dentro de un enorme bosque con árboles altos y verdes y a punto de palmarla.

A ver, unas millas antes de llegar ahí, nos paramos en una estación de servicio. El chico que nos atendió era joven y tenía esa fealdad bonita, que depende de qué momento del día o del ángulo con el que lo mires, te lo tirarías o ni borracha de sangría.

Le preguntamos cuál era la mejor ruta para llegar a nuestro siguiente destino, una ciudad polaca cuyo nombre no podíamos ni pronunciar así que se lo tuvimos que enseñar escrito en el móvil como cuando le pides una canción al DJ de la discoteca. Por suerte, hablaba algo de inglés. Uno chapucero y con acento muy brusco, pero suficiente para entendernos. Y para calentar a algunas.

—Conducirr más o menos cuarenta minutos. Y en siguiente... mmm, ¿cómo decirr? División —dijo meditando cada palabra. Y cuando pronunció esta última, hizo un gesto con los dedos índice de cada mano alejándose en direcciones contrarias.

—Bifurcación —le corrigió Asia. Ya estaba la lista.

—Eso. Tomarr lado derrecho.

—Derecho. Ok. ¿Y dónde lleva el izquierdo, Milo? —preguntó Katie, siempre curiosa (sus padres estuvieron a punto de llamarla Eva). Un momento, ¿estaba flirteando?

—También Rrusia. Perro no tomarr.

—¿Se tarda más?

—No. Contrrarrío.

—¿Es un atajo?

—*Tajo*. Sí. Perro no rrecomendar.

—¿Por qué? Así llegaríamos antes de que anochezca.

—No bueno porr esa zona.

—¿Por qué? ¿Qué hay? —insistió Asia como si lo estuviera interrogando para una investigación del FBI.

—Nada. Ahorra nada. Hace muchos años de cien... haberr pueblo de Zamożni.

—Qué guay. ¿Y se puede visitar?

—Ya no estarr.

—Ah... vaya. Los nazis, ¿no? Esos malnacidos —Katie no tenía tacto. Por eso era mi amiga.

En fin, como no teníamos para pagar la gasolina, Katie convenció a Milo de que un beso suyo en la boca valía como 86 *zlotys*, y volvimos a la autopista con el depósito lleno y otro corazón robado.

Cuando vimos la bifurcación, salió a relucir nuestra estupidez adolescente intrínseca y tomamos la del lado izquierdo. Qué se le va a hacer, nuestra generación siempre toma este tipo de decisiones, normalmente las opuestas a las que nos aconsejan.

Después de una media hora conduciendo por ese camino, nos topamos con una manada de bisontes salvajes cruzando la carretera. A ver, con salvajes me refiero a libres, porque la verdad es que por mucha pinta de peligrosos que tuvieran, pasaron de nosotras y se fueron sin hacernos ni pizca de caso. Como la mayoría de chicos malos que nos gustan.

Cuando pensábamos que ese era el único peligro del que nos quiso advertir Milo, se puso a llover a cántaros. No solo eso, también nos pilló una tormenta eléctrica tan fuerte que un rayo cayó sobre un árbol haciendo que el enorme tronco se precipitara en medio de la carretera.

No queríamos estar paradas ahí en medio con toda la lluvia y la tormenta, así que tomamos otra de nuestras estúpidas decisiones que ni son meditadas ni la mayoría de veces acaban bien: había un pequeño sendero hacia la izquierda que ingresaba al bosque. Giré el coche y cuando ya estábamos dentro, rezamos para que no se nos cayeran más árboles y nos empalaran como en la escena del accidente de tráfico en *Señales*.

Y aquí retomo la historia a cuando decía que estábamos en una carretera secundaria pedregosa y tal.

Nada podía ir peor. ¿Verdad? Pues otra vez estaba equivocada.

—¡No puedo frenar! —grité histérica.

—¿¡Cómo?!

—¡Qué no va el puto freno, joder!

El coche que alquilamos por cuatro chavos estaba hecho una mierda, pero no pensaba que hasta el punto de que la palanca de freno de mano fuera a estropearse justo cuando estuviéramos conduciendo por un camino inestable en medio de un bosque perdido durante una amenazante tormenta.

Katie pulsó el botón que desbloqueaba el cierre centralizado de todas las puertas del coche.

—¡Saltemos! —ordenó abriendo la puerta del copiloto.

—¿Qué? —objetó Asia con pánico.

—No tenemos más remedio.

—Joder, teníamos que haber ido por la derecha como nos dijo Lilo.

—Milo —le corrigió de forma impertinente.

—Tías, no puedo —interrumpí, tan buenamente como pude.

—¿Qué? —prorrumpieron a la vez.

—Que no... no puedo.

—Venga, no seas tonta, tía. Es una situación de vida o muerte.

—Vale...

—¿A la de 3?

Yo asentí. Pero no estaba preparada.

No podía. Pero no porque me estuviera paralizando el miedo. Yo casi nunca tengo miedo. Soy de las que necesito un chute de adrenalina para continuar viviendo y me subo cinco veces a las atracciones más peligrosas de la feria.

No podía porque había alguna extraña fuerza que me impedía moverme. Como si hubiera perdido el control sobre mi cuerpo. No sabría cómo explicarlo bien. Seguramente cantando de un modo dramático la canción de *La Sirenita*, pero no tengo tiempo ni las cuerdas vocales idóneas para ello.

Mis amigas saltaron a la vez del coche en marcha pero yo aún seguía con las manos pegadas al volante y la mirada fija al frente.

No vieron nada de lo que pasó a continuación porque ocurrió al mismo tiempo que ellas caían y rodaban por el suelo.

El coche chocó contra una pared invisible (pues ahí en medio del camino no había nada) y yo salí despedida violentamente por el parabrisas hacia delante mientras el coche se iba plegando como un acordeón sin poder traspasar un muro intangible que no podía derribar.

Mis amigas se pudieron incorporar al fin y corrieron gritando hacia

donde se había parado el coche retorcido y humeante.

—¿¿Ava??

—¡¡Ava!!

—¡Oh, Dios mío! —exclamaron las dos.

Ambas se pusieron las manos en la boca cuando comprobaron la magnitud del accidente.

Aunque el cristal delantero estaba resquebrajado por completo y con un agujero abierto en la zona del piloto, no vieron nada más allá en el camino. Ni un cuerpo, ni restos de cristales, ni sangre, ni algún trozo de ropa. Absolutamente nada.

Solo podían imaginarse una cosa: que yo había quedado atrapada dentro del coche aplastado.

Era una tragedia.

Asia y Katie lloraron desconsoladamente, lágrimas de intenso dolor por mi muerte.

Solo que yo no estaba muerta. Estaba a unos metros de ahí, pero ellas no podían verme. Ellas ni nadie que no estuviera a ESTE lado.

Yacía en el suelo, inconsciente, agujoneada, sangrando. Sola.

¿Cómo pude sobrevivir?

Capítulo Dos

Me desperté como si la noche anterior me hubiera corrido la juega del siglo. Tenía el cuerpo dolorido y me iba a explotar la cabeza. Cuando abrí los ojos, lo primero que vi era una mano brindándome un vaso de leche (o algo parecido).

—Ya te has despertado —me dijo una voz juvenil—. Toma, bebe esto. Te ayudará con el dolor de cabeza.

Agarré sin dudar el vaso y vacié su contenido casi de un solo trago, como si no hubiese bebido en años. El regustillo que me dejó en la boca era un tanto amargo, pensé que era leche cruda de esa que sacan directamente de la ubre.

—Ugh. Qué asco. ¿Qué es?

—Leche de vaca mezclada con cannabis y un destilado de mandrágora.

—¿Qué? ¿Me has... drogado?

—¿Cómo? No. Es un remedio casero para la migraña. Calma el dolor y además tiene efectos antiinflamatorios.

Me quité la sábana y me incorporé en la cama. La verdad es que para haber salido despedida por el parabrisas de un coche en marcha estaba bastante bien, no tenía ningún rasguño aparente. Solo el típico dolor de huesos y el trauma para toda la vida.

—Vaya, pues sí que funcionan bien tus potingues. Estoy como nueva por fuera y por dentro.

—Le pedimos como favor personal al Doctor Stanislaw que te curase sin que nadie se enterara.

—Pues qué doctor más eficiente.

—Sí, es el mejor. Puede sanar cualquier cosa y a cualquier persona, menos a sus seres más queridos.

—Menudo código deontológico más estoico el suyo.

El chico sonrió ampliamente, como un perro feliz. Tenía la sonrisa más bonita que había visto nunca.

—Hablas muy raro, me gustas.

Joder, y él a mí también. Para decirlo pronto y mal: estaba buenísimo.

Era muy joven, seguramente de mi edad (o menos), y tenía el pelo de color rubio tirando a miel oscuro y los ojos color avellana, una nariz grande y *sexy* y seguro que debajo de esa camisa de algodón impoluta tendría un cuerpazo de infarto, ya me lo estaba imaginando.

—Ven, necesitas tomar un poco el aire.

El chico me agarró de los brazos y el tacto de sus callosos dedos en mi piel me erizó el vello de todas partes. Me ayudó a levantarme y, cogiéndome de la mano, caminó a mi lado hasta la puerta de la habitación donde me había visto dormida (y seguramente roncando, qué vergüenza).

—¿Cómo te llamas? —le pregunté mientras andábamos despacito.

—Dariusz.

—Yo me llamo Ava.

—Encantado, Ava.

Cuando salimos al amplio y luminoso comedor, con la cocina abierta y todos los muebles antiguos de madera, pude ver a un montón de personas más. Todos eran jóvenes, chicos y chicas de mi edad, estaban por ahí trajinando y haciendo cosas. Había una chica joven visiblemente embarazada que se parecía mucho a mí y todo. El ambiente era encantador y alegre, un chico estaba tocando con un laúd una melodía festiva. Parecía una especie de comuna *hippie* de las que viven sin tecnología, solo con recursos naturales, como si estuvieran en la Edad Media. Los otros jóvenes me saludaban a mi paso y yo les respondía sacudiendo la cabeza con educación y observando con fascinación.

—Así que esto es como un albergue juvenil para modernillos, ¿no?

Dariusz siempre me sonreía después de que yo hablara y arrugaba levemente la nariz, como si no entendiera mi idioma, pero —en cambio— lo hablaba perfectamente.

—¿Estamos aún en Polonia?

—¿Cómo?

—Porque hablas muy bien mi idioma.

—¿Qué es un idioma?

—Lo que tú hablas.

—Aquí hablamos todos así.

—¿Dónde es aquí?

—En Zamożni.

Me sonaba mucho ese nombre, pero en ese momento no me acordaba de qué. Desde luego, sonaba polaco.

Había una gran ventana abierta y nos apoyamos en el alféizar. Respiré el aire puro del exterior.

Observé el paisaje, confirmando que me encontraba en una especie de *ecoaldea*. Lo que alcanzaba a ver era un valle, rodeado de un amplio bosque, y alrededor de una veintena de casitas de madera; parecían pequeñas pero en realidad eran grandes, como de 18 metros de largo y 10 de ancho así a ojo de buen cubero, y con unos enormes tejados inclinados en forma triangular recubiertos de paja. El verde lo inundaba todo: el campo de cultivo, los arbolitos por toda la villa, la hierba, el bosque, sus ojos. Era como muy de aldea de cuento de hadas.

—Qué bonito... —solté tras liberar un sonoro suspiro que me había estado aguantando como un pedo de purpurina.

Dariusz había estado observando todo el tiempo mi rostro con sus atractivos ojos brillantes, yo los sentía encima de mí y cuando giré la cara hacia él lo pillé de pleno.

—¿Qué?

—Tengo ganas de besarte —me confesó de sopetón.

Pues, joder, besémonos. Y me acerqué a sus bucólicos labios para satisfacer su deseo, que también era el mío.

Cuando el tierno beso finalizó, Dariusz giró la cabeza triste y melancólico.

—¿Qué pasa? ¿Es por mi aliento? Es que la leche esa asquerosa que me has dado me ha provocado regurgitaciones.

—No. Es... es que es la primera vez que beso a una mujer desde que murió mi esposa.

—¿Tu... esposa?

¿Había estado casado? ¿Tan jovencito? Pensé en no decir nada al respecto, no quería parecer maleducada, la típica norteamericana que desaprueba las tradiciones europeas como la monarquía, el no depilarse los sobacos o los matrimonios concertados.

—Lo siento. ¿Hace cuánto que...?

—Diez años.

¿Diez años?? Joder. ¿Se casaron con, qué, ocho? En Estados Unidos teníamos nuestras cositas, pero esto ya no me parecía muy normal, aunque me seguía aguantando las ganas de juzgar moralmente a esta gente.

—Ah, por cierto... ¿y mis amigas? ¿Dónde están? —me acordé, así, de repente, como quien no quiere la cosa.

Dariusz hizo una mueca de extrañeza con la boca.

—No encontramos a nadie más. Estabas tú sola.

—¿Seguro?

Afirmó con la cabeza con pleno convencimiento.

—Estarán intentando ponerse en contacto conmigo.

Me palpé los bolsillos. Pero me di cuenta de que no estaba vestida con mi propia ropa. Tenía puesto un amplio camisón blanco de los de abuela.

—Ven, te voy a presentar a los demás.

Me cogió de la mano que seguía palpando la tela y nos dirigimos al centro del comedor.

—El que está tocando es Jakub, es mi hermano. Ese otro que está correteando detrás de la chica con trenzas, los pequeños Jan y Hanna. La mayor de todos los hermanos, la que está tejiendo: se llama Honorata. Y aquí está mi madre.

Nos paramos al lado de la chica embarazada, que estaba picando cebollinos en una mesa.

—¿Cómo que... tu madre?

La chica era muy parecida a mí, aunque tenía un aspecto más jovial y lozano que yo (que no me había visto aún en el espejo pero seguramente estaría demacrada y hecha un Cristo).

—Sí, mi *ma*, Franciszka.

—Está... embarazada.

—Sí, de padre.

Y señaló a un chico robusto que estaba removiendo un caldo.

—Pues... sí que os conserváis bien por aquí. Podrían pasar por tus hermanos también.

—Oh... y aquí vienen mis abuelos. *Baba*, quiero presentarte a alguien muy especial.

—Venga ya, no me jodas.

Por la puerta entraron una pareja, pero solo una persona ciega podría llamarlos abuelos. Ella era guapísima y elegante, con una larga cabellera que le llegaba a las pantorrillas y él tenía pinta de ladronzuelo de novela con buen corazón. Y también parecían tener mi edad.

—¿Me estás tomando el puto pelo, Dariusz?

Pero por la cara tan seria que puso parecía no estar bromeando.

En ese momento cambié de opinión sobre dónde estaba, ya no me parecía todo tan idílico, ahora creía que me habían rescatado una especie de

secta o culto. Por lo que yo sabía, estaban todos zumbados.

—Quiero irme de aquí. ¿Dónde está mi ropa y mi móvil?

—Ava, tengo que decirte algo muy importante.

Dariusz volvió a sujetarme, pero esta vez del brazo, porque yo intenté escabullirme como pude.

Todos los jóvenes presentes dejaron de hacer lo que estaban haciendo y se reunieron a mi alrededor, en plan *Los chicos del maíz*.

Estaba realmente acojonada. Iba a morir a manos de una secta de psicópatas que parecían extras de *Juego de Tronos*. Muy guapos todos, eso sí.

Ahora me acordé: el lugar, cómo se llame. Era el que Milo nos dijo, el del camino a la izquierda. De esto nos quiso advertir, de esta especie de *La matanza de texas* pero con el reparto de una serie de vampiros adolescentes.

Echaba mucho de menos a mis amigas, California y hasta la pizza con piña.

—Ava. Es verdad lo que te digo, esta es mi familia. Somos los Starek. Y hemos sido maldecidos.

Maldita suerte la mía.

Capítulo Tres

—Niña, creo que deberías sentarte para escuchar esto —me dijo la abuela cañón dando ejemplo, mientras me señalaba la otra silla que el abuelo yogurín me acercó.

Realmente estaba muy confundida y asustada y conmocionada y... me acababa de dar cuenta al notar el frío tacto de la madera en mi entrepierna... sin bragas. Qué vergüenza, ¿quién de ellos me habría vestido? Esperaba que no hubiera sido Dariusz.

—Déjame que te lo explique yo que a mí se me da mejor lo de contar cuentos. Por algo soy la *nana*. Verás... hace mucho mucho tiempo, había un pueblo llamado Zamożni gobernado en paz y armonía por el Rey Konstantyn. Pero un día, este enfermó y después de una agonía que duró muchos meses (en los que su mujer, la Reina Ela, no se separó de él ni un minuto), el Rey murió. Te cuento la versión resumida, ¿vale? Porque ya soy mayor y me estoy orinando y no creo que aguante más.

—¡*Ma!* No sea ordinaria.

—¿Por dónde iba? Ah, sí. En fin, la Reina Ela se cabreó mucho. Consigo misma, con todo el mundo en general. Hizo cosas que no debía hacer, se juntó con personas con las que no debía juntarse. Ya sabes, se pasó al lado oscuro.

—Como Darth Vader —comenté.

—¿Qué? ¿Quién es Darth Vader? —replicó confundido Jakub.

—¿Tú conoces a algún Vader? —le preguntó Honorata a su madre. Esta negó con la cabeza, pensando.

—Como no sea el nene pequeño de la herbolaria, el que va a la escuela con Jan y Hanna.

—Ese es Vladek, mamá —le corrigió el "pequeño" Jan, ofendido porque era su amigo y lo estaba avergonzando.

—Pues debe de ser una persona de otro pueblo —argumentó el padre de Dariusz encogiéndose de hombros.

—A ver, niña, no confundamos cuentos. Estamos hablando de Zamożni, los brujos de tu villa natal no son relevantes ahora.

Desde luego, sí que parecían estar sacados de otro tiempo.

—En fin. Por mucho que los ciudadanos intentaron llegar a un entendimiento con ella, las diferencias eran irreconciliables, incluso dentro del propio Palacio. Todo se fue a pique completamente cuando la hija de los Reyes, sangre de su sangre, el único pariente vivo que le quedaba a Ela, se fugó de su casa y del pueblo una cruda noche de Invierno. Sola y abandonada, adueñada de unos poderes increíbles, lanzó su primera maldición. Si quieres ya en otra ocasión ahondamos más en cómo lo consiguió en primera instancia, querida. Su deseo fue que nadie pudiera abandonar ni entrar al pueblo nunca más. Salvo ella.

—¿Y yo...?

—Eso... es lo que nos tiene muy intrigados, jovencita.

—Eres especial, Ava —me declaró Dariusz con afecto.

Yo me sonrojé.

—La Reina Ela ya no solo era Reina, ahora era una bruja malvada. Pasó de tener una vida feliz con su esposo y su hija a perderlos, de un día para otro. Ya nunca más volvería a creer en aquello que una vez tuvo y que le arrebataron: una familia. Por eso, hizo un juramento. Cada vez que naciera alguien en nuestro pueblo, ella lo iba a maldecir. Una maldición que se extendería a su familia como una plaga hasta destruir su felicidad por completo. Es una norma imperativa que todos los ciudadanos de este pueblo estamos obligados a acatar, bajo pena de muerte. Y así, tras muchas y muchas generaciones, llegó un momento en que todos los que vivimos en el pueblo de Zamożni estamos maldecidos. Sometidos a su vengativo hechizo desde la cuna. Sin poder hacer nada por evitarlo, porque no se puede escapar del invencible poder de la Reina Bruja Ela y su guardia palatina.

La abuela se levantó de la silla y cumplió con su promesa, se fue a miccionar. Después de unos minutos de silencio incómodo en los que todos se miraban entre ellos (algunos tosiendo, otros silbando), Miss Universo Senior volvió y se sentó de nuevo, continuando con la historia como si no hubiera hecho una pausa fuera de tono:

—Nosotros somos los descendientes de los primeros Starek. Ellos eran una pareja muy joven, tenían ambos 17 años cuando ocurrió. Eran un matrimonio feliz y muy querido en el pueblo. Su primer hijo, Jeden, fue maldecido por la reina nada más nacer. Ella les dijo: «Se os ve muy felices ahora, que sois tan jóvenes. Pero la felicidad madura con los años, como lo haréis vosotros. Aunque también se pudre, como una manzana que se pone

amarga y se echa a perder. Y una manzana podrida estropea el resto de manzanas de un mismo cesto, te lo digo por propia experiencia. Yo le maldigo, a tu hijo, y a los hijos de tu hijo, y a los hijos que le seguirán, naturales y políticos, a no rebasar nunca el límite de la frescura, a estar siempre verdes y jugosos, a vivir hasta el ocaso de sus días en una inconfundible mocedad; yo te condeno pequeño Jeden a ser tristemente feliz para siempre con el cuerpo de un adolescente. Seguro que algún día os extenuará vuestra infatigable lozanía. O como mínimo, no podréis soportar la vetustez de todos los demás que os rodean». Y así es como nosotros somos... así.

—Pues... —hice un barrido visual a todos los chicos y chicas que parecían dependientes/modelos de la tienda de *Abercrombie & Fitch* de Nueva York—. Ni tan mal, ¿no?

—La gente a veces nos miran raro porque parece que tengamos 17 años y algunos hacen cosas de niños... —agregó la madre de Dariuz, señalando a Jan y Hanna.

—Yo en realidad tengo solo 7 años —dijo la pequeña.

—O de viejos —levantó la mano el abuelo.

—Bueno, eso en mi mundo lo tenemos un poco superado. Hay gente que aparenta mucho más que vosotros y en cambio se comportan como unos críos, como mi ex. O gente como mi amiga Asia, que tiene mi edad y le gusta el cine clásico de los 80, las bandas *grunge* de los 90 y hacer macramé.

Todos los miembros de la familia me miraron con extrañeza.

—Os dije que hablaba muy raro —les dijo Dariusz riéndose a carcajadas de sus caras.

Yo me levanté de la silla, con la suave tela del camisón pegada al culo por el sudor. Ya se me había ido todo: la impresión, la resaca, la dignidad...

—Vale, tengo muchas preguntas que haceros.

—Y muy poco tiempo. No sabemos cuando volverá la Reina Bruja.

—¿Cómo "volver"? ¿Es que no está?

—De vez en cuando abandona el pueblo. Es la única que puede hacerlo, como ya te hemos contado.

—No sabemos adónde va, ni qué hace. El comandante de la guardia palatina se queda al mando mientras tanto.

—Siempre son solo unos días. Lo máximo que se ha ausentado ha sido un mes.

—Vale. Y... el resto de habitantes. ¿Cuántos hay?

—Mmm. Somos pocos, unos 1000, o así. Contando a los de Palacio.

—¿Y todos son como vosotros?

Me imaginé un concierto lleno de fans de Justin Bieber.

—No. Cada familia tiene su propia maldición.

—Vaya. Al menos es original y no se repite. Eso es algo que hay que aplaudir, ¿no? No estancarse en tu trabajo es fundamental para continuar motivado.

Un silencio incómodo entró de golpe a la habitación como el viento fresco que entraba por la ventana abierta.

—Vale. Veo que también estáis condenados a vivir sin humor.

—Aunque para nosotros sea normal, no es algo que nos haga gracia. A nadie del pueblo.

Menuda aldea de *ofendidos*.

—Bueno, pues lo siento. Y a todo esto... ¿mi móvil? ¿Me podéis dar ya mi móvil? Por favor.

Dariusz volvió a encogerse de hombros, como la anterior vez que lo pregunté.

—Si te refieres a los extraños ropajes que llevabas puestos, los hemos quemado. Para evitar sospechas.

—¿Y mi móvil también? —grité desconsolada, como si me hubieran comunicado que se habían muerto mis padres. Peor.

—No paras de nombrar eso. ¿Por algún casual no te referirás al portafotos que encontramos junto a tu cuerpo yacente, no?

—Un objeto... con tu foto. Pensábamos que era una especie de broche o gargantilla, pero le faltaba el colgante.

—¿Mi foto?

¡Claro! Mi foto de fondo de pantalla del móvil. La tomó mi ex en el *Spring Break*. Se me veía a mí, toda mona, encorsetada en un bikini negro con tiras dobles cruzadas, posando *sexy* con cara de *influencer* (con mis 500 *followers*) en una playa de Malibú.

—¡Sí! Ese... portafotos. Es mi móvil. ¿Lo tenéis?

—¡Sí! —contestó Dariusz contagiado de mi entusiasmo.

La abuela se fue un minuto a una habitación contigua y vino con algo en las manos, que me enseñó con ternura como si fuera un bebé recién nacido.

—Toma, aquí lo tienes. Como se te había roto el colgante para sujetar el broche con tu foto en la que se te ve retratada en una tarde de pesca en la ribera, te he tejido yo misma un colgante con hilo de algodón. No sé si el tuyo era de metal como el broche, pero no quería molestar al joyero del pueblo. Es

un apaño.

Me entregó el móvil, con la pantalla algo rota (pero no tanto como me esperaba, después de sobrevivir a un accidente de coche), dentro de una funda de algodón con la pantalla destapada, colgando con dos vinchas tejidas a crochet que formaban un collar. Era lo más espantoso que había visto en mi vida, y eso que me había etiquetado en muchos mercados *handmade*.

—Gr-gracias... —me esforcé en decir, con una sonrisa impostada. Me daba mucha pena confesar que me parecía una horterada después del esfuerzo que había empleado en hacerme eso expresamente para mí. Me sentía como cuando te hacen un regalo de cumpleaños no deseado y tienes que fingir que esa almohada con el *emoji* de la caca sonriente es justo lo que necesitabas.

Desbloqueé el móvil. No había ningún mensaje nuevo de Whatsapp ni ninguna llamada entrante. Por no haber, no había ni cobertura. Cero unidades de rayitas.

—Mierda, aquí no hay cobertura. Y seguro que tampoco habrá en todo el pueblo, como suele pasar en estos lugares perdidos de la mano de Dios —medité durante unos segundos y le pregunté a Dariusz—. ¿Cuál es el punto más alto del pueblo?

Dariusz volvió a cogerme de la mano. Para él podría tratarse de un gesto habitual y sin importancia, pero para mí no, pues cada vez que me tocaba la mano, hacía que mi corazón latiera más fuerte. Me llevó de nuevo a la ventana y señaló con el dedo hacia fuera.

—Ahí lo tienes. El Pico. Se ve claramente desde aquí.

Una solitaria montaña se elevaba detrás del bosque en la dirección señalada. Mierda, qué lejos y qué alto.

Dariusz abrió de repente los ojos de par en par y me agarró la cabeza empujándome hacia abajo.

—¡Agáchate!

—¿Qué? Dariusz. Tienes que llevarme a esa montaña.

—Shh. Ahora no —me siseó llevándose el dedo a la boca—. Están viniendo.

—¿Quiénes?

—La guardia palatina.

—¿¿Qué?? —gritaron todos al unísono.

Dariusz empezó a andar a gatas por el suelo. Se giró y me susurró:

—Ava, ven conmigo. No te pueden ver.

Yo murmuré, pero lo único en lo que estaba concentrada en ese momento

era en la contemplación de los férreos glúteos de Dariusz moviéndose arriba y abajo mientras se deslizaba en esa posición delante de mí. Su culo era la mejor obra de arte que he admirado en mi vida y había estado en el Louvre (el museo fundado por Beyoncé).

—Ava, rápido —me requirió, pero sus penetrantes ojos me embelesaban de igual manera.

—Sí, sí.

Honorata se acercó corriendo a la ventana y la cerró de golpe.

—Es el Comandante Augusto —dijo angustiada.

—¿Qué?

—¡*Kurwa!* —exclamó Dariusz poniéndose de pie.

—No digas palabras malsonantes, Dari —le reprendió su madre.

—¿Qué hacemos?

—Por lo que parece... ese Augusto es muy chungo, ¿verdad?

—Si te descubren te entregarán a la Reina Bruja y a nosotros nos aplicarán una *kara* —advirtió el abuelo.

—¿Una qué?

—Un castigo —tradujo Jakub preocupado.

—Dariusz, yo no pienso quedarme aquí encerrada todo el tiempo. Necesito salir y descubrir qué es lo que está pasando aquí realmente.

Estaban todos más nerviosos que yo en un examen de álgebra.

—Ya sé, tengo una idea —profirió con ímpetu Honorata.

Se me acercó y me empezó a tocar la cara, la nariz, los mofletes, y luego el pelo, como si fuera una cirujana plástica evaluándome en su consulta.

—Daré el pego totalmente. Es igualita a madre.

—Es verdad. Tiene los labios más hinchados, pero eso puede ser debido al embarazo —comentó su madre, mi doble.

—Y tiene más granitos, pero de nuevo, el embarazo.

—Y los pechos, los tiene claramente mucho más pequeños. Pero en eso no se va a fijar el Comandante, ya sabemos todos por qué —apuntó Jakub con una risita.

—Vale, basta ya, ¿no? Que estoy aquí delante.

—Y el pelo más castaño, pero eso tiene un arreglo bien sencillo.

Honorata vino con una túnica blanca y yo me la puse. Me levantó la capucha y me la colocó por encima de la cabeza, cubriéndome bien el pelo para que no se me viera. Parecía la Princesa Leia de camuflaje.

—Perfecto.

Dariusz tenía la boca abierta. Yo estaba nerviosa porque no sabía si eso significaba algo bueno o malo.

—Y el toque final... —agregó Honorata, colocándome por debajo de la vestimenta una gran almohada y corrigiendo su forma para que simulara una barriga de embarazada.

—Estás espléndida —me confesó Dariusz.

—Madre, y ahora tú te tienes que esconder bien.

—*Ma*, yo te acompaño a la buhardilla. Hay un sitio secreto que solo sé yo, donde me escondo siempre que jugamos al escondite con Hanna y nunca me encuentra.

—Eso no se vale, tramposo —protestó Hanna.

—¿Y yo? ¿Qué-qué tengo que hacer?

—Tú... habla lo menos posible —me sugirió Jakub.

—Sí, si sueltas algunas de tus palabras raras, el Comandante Augusto empezará a sospechar algo —añadió el abuelo.

—Tranquila, Ava —me dijo Dariusz con un tono tranquilizador, sujetándome la mano y dándome un beso en el dorso—. Yo estaré a tu lado todo el rato.

Eso más que tranquilizarme me puso el corazón a mil por hora.

Se escuchó un sonoro ruido, alguien estaba golpeando fuertemente la madera con los nudillos.

—Ya está aquí.

—¡Familia Starek! Abran la puerta, sé que están ahí dentro.

Me atusé el vestido con las manos con ansiedad. Ahora realmente comprobaría si me sirvieron de algo las clases de Teatro en el insti.

Capítulo Cuatro

El Comandante Augusto me dio menos miedo de lo que me esperaba. Igual era porque me esperaba a alguien tipo El Perro de *Juego de Tronos* y me encontré con un señor mayor de estatura mediana y con un poblado bigote canoso. Eso sí, vestido con una maravillosa armadura brillante, con un peto metalizado con relieves y grabados en el pecho muy bonitos. Apestó la sala de inmediato con su altanería y su perfume de pachuli.

Su escolta estaba formada por una decena de soldados, con pintas certeramente más peligrosas, portando lanzas en las manos y expresiones ausentes en sus rostros. Estos se quedaron en el exterior de la casa, al parecer era de mala educación en Zamožni entrar en una casa ajena con armas si no era por una causa de fuerza mayor. Y de momento, por suerte, el Comandante Augusto no creía que necesitara utilizar ningún tipo de fuerza en casa de los Starek.

—Comandante, ¿a qué debemos este honor? —rompió el hielo la abuela.

El Comandante se quitó el yelmo para revelar una incipiente calvicie.

—Han llegado a nuestros oídos que ayer al anochecer hubo una actividad inusual en lo profundo del bosque.

—¿Ah, sí? ¿Y que más cuchicheos le han proporcionado a sus atentos oídos?

—Que una parcela del bosque se iluminó en plena noche. Concretamente la que tenéis detrás de vuestra choza.

—Increíble. ¿Fue en plena noche, dice? Estábamos todos durmiendo, pues ayer fue un duro día de cosecha.

—¿Saben a qué es debido?

—No, por eso estamos aquí —respondió él con tono instigador.

—Podría ser una plaga de luciérnagas.

—O simplemente que sus informantes se embriagaron con la luz de la luna.

—¿Se trata de algo que podría poner nuestras vidas en peligro? ¿Alguna bestia salvaje?

—No, de momento no creemos que sea nada importante. Pero nos gusta saber lo que ocurre en nuestro pueblo, ¿y a ustedes?

—Sí, claro. La guardia palatina, siempre tan atenta y dispuesta.

El Comandante Augusto me miró fijamente. Después a mi (falsa) barriga.

—Vaya, de repente le ha subido todo el embarazo de golpe, Franciszka. La veo bastante desmejorada.

Será hijo de...

Las caras de los Starek se pusieron tensas al ver que la conversación parecía que iba a dar un vuelco hacia mi persona.

El Comandante Augusto se acercó a mí. Sus sospechas estaban en lo cierto.

—¿Cuánto le falta a su bebé para salir?

—Ehm... poco... señor.

—¿No sabe cuánto tiempo exactamente?

—Días...

—Cuatro días, mi señor —contestó Dariusz rápidamente.

—Cuatro concretamente, sí, eso.

—Mi Señora Ela está ansiosa por maldecir a su hijo nada más nazca, Franciszka. ¿Y usted, anhela tal dicha?

—Sí. Claro. Será todo un placer, señor.

El Comandante me miró raro. Parecía no saber si captar la ironía *millennial* de mi tono.

—¿Dónde está su hijo, el más pequeño... Liuz?

—Lukasz —le corrigió de inmediato Jakub, había sido rápido, si no, hubiera caído en su trampa—. Está durmiendo en su cuna, en la habitación de madre.

—¿Quiere decirnos algo más, señor Comandante? —espetó la abuela con una inflexión cortante.

—Oh, sí. Quiero decir algo más. "Una jarra lleva el agua hasta que el mango se rompe".

Todos los presentes se pusieron en tensión. Por sus caras parecía que les había dicho algo tremendo. Yo no entendía nada.

—¿Es necesario, Comandante?

—Estoy en mi derecho, señora. Como usted bien sabrá.

—Lo sé, solo que... ¿por qué no lo dejamos estar por hoy? Estamos todos muy cansados y claramente aquí no ha sucedido nada grave.

Yo miraba a todo el mundo, intentando que me explicaran qué pasaba, pero no podía preguntarlo porque eso me delataría.

Después me enteré qué era eso de la jarra.

La frase era un proverbio que significaba —en una situación determinada— que todo podía cambiar, y que las circunstancias que hasta ahora beneficiaban a una persona, dejarían de hacerlo. Cuando alguien con rango oficial pronunciaba esa frase, todos sabían lo que significaba realmente.

La guardia palatina tenía el derecho real de elegir a una persona al azar, aislarlo de los demás, e interrogar a esa persona en privado en un ambiente menos protegido y relajado.

Y nadie podía hacer nada por evitarlo, a riesgo de ser castigado por intervenir en asuntos reales.

El Comandante hizo un barrido visual, analizando las rígidas caras de todos sus espectadores. Empezó a señalarlos uno a uno contando con el dedo:

—*Ene, due, rike, fake...* ¿a quién le tocará de todos ustedes? *Torba, borba, ósme, smake...*

Y a continuación, se giró hacia mí y me ofreció su mano para que se la cogiera.

—¿Me acompaña a su estancia privada, lady Starek? —me sugirió con una sonrisa torcida.

Yo le devolví el gesto y le cogí la mano. Su tacto me provocaba todo lo opuesto a cuando me la cogía Dariusz. Sentía repulsión e inquietud. Ojalá yo sudara tanto que él sintiera el mismo asco por mí.

No tenía ni idea de donde estaba mi supuesta habitación. Habían unas cuantas puertas y eran muchas las personas que vivían bajo este techo.

Me aclaré la garganta y miré disimuladamente hacia Dariusz, que con sus ojos moviéndose como un monigote me intentaba señalar a mi izquierda.

—Por aquí, mi señor —dije con toda la clase y dignidad que pude reunir.

Cuando nos adentramos a la habitación, el Comandante cerró bien la puerta.

La cuna del bebé se trataba de un gran futón en una estructura con troncos de madera para cercar a su ocupante y en su interior no había ningún bebé, al menos en apariencia. Un adolescente larguirucho estaba durmiendo desnudo, en posición fetal y chupándose el dedo gordo.

Yo intenté no mirarlo mucho, su desnudez me daba vergüenza.

—Cómo duerme el chiquitín. ¿Qué tiempo tiene?

Calculé los 9 meses del actual embarazo de Franciszka y un par más de colchón, intentando no cagarla mucho. Y añadí unas florituras típicas de madre que me proporcionaba ventaja frente a un ignorante hombre:

—Tiene 55 semanas, semana arriba, semana abajo.

Observé como el Comandante intentaba calcular mentalmente y después de unos segundos se rindió.

—En fin, aquí estamos, señora.

—Pues sí.

—¿Qué tal le va el trabajo a su esposo?

—Pues bueno, tirando...

—Creí que había tenido que cerrar su negocio.

—Ya sabe, es autónomo, va por rachas...

—Está usted algo extraña. No sé por qué...

—La última etapa del embarazo... está siendo muy molesto. Nunca lo entendería.

—Supongo. ¿No tiene calor con eso puesto hasta arriba?

—Oh, no. Tengo que taparme por dos.

—Bueno, Franceszka. Dejémonos de prolegómenos. Usted ya sabrá por qué la he elegido para este cara a cara, ¿no?

—Ehmm... no. No sé lo que quiere decir —dije sinceramente, dubitativa.

—Sus, digamos, polémicas declaraciones en el último Consejo del pueblo. En ese momento se lo dejamos pasar porque su familia es una de las más queridas por los aldeanos y su Señora les tiene mucho aprecio, pero... teniendo en cuenta los últimos hechos descubiertos, han tomado especial relevancia.

Yo no tenía ni jodida idea de lo que me estaba diciendo. Estaba realmente en un aprieto. Miré hacia el bebé adulto durmiendo en la cama con sus partes maduras al aire y luego hacia la puerta cerrada, esperando que alguien me sacara de este embolado.

—¿No lo recuerda, señora Starek? ¿O se está usted haciendo la ingenua?

No sabía qué decir. Y en estas situaciones nerviosas solo me salía cantar. Y no creo que al Comandante Augusto le apetezca escucharme cantar una canción de Taylor Swift, por muy medievales que sean sus letras.

—Franceszka, dígame sus palabras exactas en el último Consejo. Ahora mismo. Si no, me veré en la desagradable obligación de apresarla por

desacato a la autoridad.

Ay, Dios, mi primer día en un lugar extraño y ya estoy metida en líos. Siempre me pasaba lo mismo. En mi primer día de instituto acabé en la sala de castigo por propinarle una patada en la entrepierna a Zack Smith, que se me insinuó en los casilleros.

—*Ava, escucha muy bien lo que te voy a decir.*

¿Qué? Había oído una voz extraña... en mi cabeza.

Me habló directamente desde dentro de mi cerebro, o algo así.

—¿Qué? —dije en voz alta, mirando hacia todos los lados.

—¿Qué dice? —espetó el Comandante algo mosqueado por mi dispersión.

—*Ava, disimula. No hables en voz alta. Intenta hablar dentro de ti, como si lo pensaras pero sin decirlo.*

—Nada, nada. Era... una mosca. Qué fastidio —fingí dar manotazos en el aire intentando matar a una mosca imaginaria.

—¿Y bien?

—¿¿Quién eres tú?? —le pregunté al invasor de mi cerebro.

—*Luego te explicaré quién soy, te lo prometo. Solo te diré que soy un aliado. Ahora tienes que responder al Comandante para no meterte en problemas. Solo quiere oír lo que quiere oír, y luego se irá con la satisfacción del trabajo bien hecho.*

—*Está bien. Dime.*

—*La situación en el pueblo es un tanto especial, ya te informaremos más adelante. Pero Franceszka lo que hizo es pronunciar un discurso para defender nuestros derechos frente al régimen opresor de la Reina Bruja. Concretamente, sus palabras fueron las siguientes: «Desde hoy en adelante, no admitiremos la opresión por parte de nuestra Señora, solo debemos permitir que nos exija lo que es justo. Nuestra Señora no puede forzarnos a cumplir con unos deberes sin una gratificación apropiada y nuestra merced tiene que ser la liberación de nuestros encantamientos natales. Así pues, debe permitirnos gozar con paz y tranquilidad nuestras vidas aquí. Si los poderosos nos siguen pisoteando, tendremos que actuar y atormentar su vigilia. Comenzaremos una revuelta. Y si no funciona, propongo quemar el bosque y que el fuego se propague hasta Palacio...*

—...quemar el bosque y que el fuego se propague hasta Palacio, así las ratas saldrán de su madriguera y moriremos todos calcinados pero en igualdad de condiciones».

Vaya con la anarquista, quién lo hubiera dicho.

—Bien. Muy bien, Franceszka. Por un momento pensaba que esto iba a acabar mal.

Ahora ya sé por dónde iba.

—¿Es una coincidencia... que hayan visto el bosque iluminándose por la noche después de pronunciar sus palabras?

—Desde luego, mi señor. Seguro que sus guardias han ido a inspeccionar el terreno. ¿Acaso encontraron brasas y cenizas, restos agonizantes de una hoguera, la naturaleza muerta? ¿Acaso vuestras ratas han sido abrasadas o no están ahí fuera, en mi patio, diligentes y armados y usted aquí dentro intimidando a mi familia? —recité palabra por palabra el discurso que me pasaba a mi mente mi desconocido amigo. Me estaba divirtiendo, parecía estar en el insti de nuevo, en clase de Teatro (cuando pertenecía al grupo de los perdedores), representando una obra de Shakespeare.

—No sea descarada, Franceszka. O el cariño que le tengo a su familia no le servirá para librarse del calabozo.

—Lo siento, mi señor.

—Sí. Es verdad. No encontramos absolutamente nada. Pero por si acaso... espero que estas palabras que hemos intercambiado le sirvan de algo. Quizás se quiera guardar este tipo de nocivos mensajes para usted misma la próxima vez que hable en público.

—¿Es una amenaza?

—No. Le estoy ofreciendo mi mano.

Y lo hizo de forma literal. Yo se la di con reticencia.

—Muy bien. Entonces estamos en paz, ¿verdad?

—Como quiera llamarlo. Mi señor.

Cuando ambos salimos de la habitación, el resto de la familia nos estaba esperando como en una sala de partos.

Dariusz se adelantó, él sería el padre de mi criatura.

—¿Todo bien?

—Como la seda. Me alegro de que nos hayamos entendido. Nos vemos en el próximo Consejo, querida familia Starek.

El Comandante me guiñó el ojo, después saludó de forma elegante con el casco en mano, se lo colocó y salió por la puerta con gran satisfacción, tal como había predicho mi voz guía.

Honorata corrió hacia la ventana para comprobar cómo la guardia palatina abandonaba sus posesiones.

—Se han ido —confirmó con alivio.

Todos suspiramos a la vez.

—¿Qué... coño ha sido? —vociferé con el susto aún subido, quitándome la capucha que me cubría el pelo y me estaba agobiando de calor.

—Lo siento, Ava. No pensábamos que el Comandante te iba a meter en este aprieto.

—Cariño, te tenemos que explicar tantas cosas, que nos faltarían días —declaró la abuela.

—El Comandante Augusto es una serpiente venenosa —criticó Jakub.

—No me refiero a eso. Bueno, que también. Pero he vivido con un padre autoritario y republicano, estoy acostumbrada. ¿Qué o quién era la voz que me hablaba en mi cabeza? Qué paranoia, te juro que no podía aguantar más.

—Ah. Qué suerte hemos tenido en poder contactar a tiempo con Pawel. Es nuestro vecino y mi amigo desde la infancia. Su maldición consiste en que solo puede comunicarse telepáticamente. Quiero presentártelo. ¿Vamos afuera?

—Pensaba que nunca me ibas a pedir salir. Me estaba empezando a estresar aquí dentro. Lo siento porque es vuestro hogar, pero estas paredes me están asfixiando.

—Ven. Vamos a conocer el pueblo.

Y me brindó su mano. Ya la echaba de menos.

Capítulo Cinco

Agradecí tanto el sol penetrando en mi piel —después de lo que me parecieron años encerrada en aquella casa— que me quedé con la cabeza levantada mirándolo durante un tiempo largo, respirando profundamente la esencia de cada rayo solar. Mi amiga Asia (que es muy mística) me comentó que había gente que hacía esto cada día para captar la energía vital del astro rey, pues al parecer ayudaba a despejar la mente e incluso curaba algunas enfermedades y todo. Creo que lo llamaba "*sungazing*", una tontería *millennial* más: estar a gustito al sol, vamos.

—Este es mi amigo y salvador Pawel.

Tenía las retinas insensibilizadas y veía manchas que parecían flotar en mi campo de visión, pero aún así pude percibir el rostro de un atractivo hombre maduro, de tez tostada y unas manos bien grandes y fuertes que, en cambio, me saludaron con suma delicadeza.

—*Encantado de conocerte en persona, Ava. Aunque ya nos conocíamos mentalmente* —me trasladó a mi cabeza con su masculina voz grave mientras me guiñaba el ojo.

—Oh, lo mismo digo. Gracias por intervenir, no sé que hubiera ocurrido.

—*Dari contactó conmigo telepáticamente desde el interior de su casa pidiéndome ayuda. Tenemos una fuerte conexión mental, nos conocemos desde que éramos pequeños.*

Eso era muy revelador. Pawel parecía tener, ¿qué?, unos ¿37 años? muy bien conservados... eso significaba que un casi cuarentón también estaba atrapado dentro del cuerpo de adolescente de Dariusz.

Se le notaba por su expresión que Dariusz estaba incómodo tocando este tema delante de mí.

—Bien, yo tengo que hacer una pequeña visita al Doctor. Necesito advertirle sobre todo lo que ha sucedido y rogarle de nuevo por su silencio en el caso de que el Comandante Augusto le fuera a interrogar.

Pawel levantó una ceja y Dariusz captó enseguida su gesto de desconfianza.

—Mi amigo y mi familia me han advertido muchas veces sobre él pero yo confío en su integridad moral. Creo de verdad que es una buena persona.

—Dariusz, siento interrumpir tu debate moral, pero yo debo subir a esa montaña ya mismo, lo antes posible, antes de que se me agote la batería del móvil.

—¿La qué?

—A ver, cómo os lo explico —me saqué el colgante de ganchillo con la funda de crochet del móvil que guardaba debajo de la túnica—. Este objeto en mi mundo sirve para comunicarse con la gente que también posee el mismo objeto, construido por diferentes... artesanos. El mío es de uno llamado Steve Jobs. En fin, eso es una información totalmente irrelevante. Escuchadme; ¿veis este número de aquí? Ahora está al 74%. Eso es el nivel de carga del móvil. Va bajando progresivamente: cuanto más tiempo pasa, más baja es esa cifra. Y si llega al número 0, se apaga y el móvil se queda inutilizado, a no ser que tengas en tu posesión una cosa mágica que se llama cargador, que en mi caso no tengo. Así que tendría la misma utilidad que una piedra. Por eso tengo que llegar lo antes posible ahí arriba y contactar con mis amigas, que me estarán esperando al otro lado del bosque.

—*¿Al otro lado del bosque? Ahí no hay nada.*

—Yo vengo de ahí.

—*Eso es... imposible.*

—Pues así es. Y tengo que volver a cruzarlo.

—Ya te dije que ella era diferente.

—*Asombroso.*

—Bien, pues nos vemos aquí mismo, dentro de...

Dariusz colocó la palma de la mano alienada con el horizonte, extendiendo los dedos juntos y manteniendo el pulgar por dentro. Después fue colocando así una mano sobre la otra hasta llegar al nivel del Sol, sacando la lengua y entornando el ojo derecho.

—...Tres dedos.

—¿En serio? ¿Crees que sé que significa eso?

—*Eso es poco tiempo. Ya te iré indicando yo.*

Dariusz me cogió de los hombros y me dio dos calculados besos en ambas mejillas. Ahora estábamos en el exterior de la villa, y teníamos público.

—Nos vemos... dentro de tres dedos.

Y Dariusz se fue corriendo. Ahora estábamos solos Pawel y yo.

—*Vuelvo a ser tu guía.*

Le respondí sonriendo débilmente. Mentiría si no dijese que me hubiera gustado estar más tiempo con Dariusz. Aunque mi anfitrión parecía majo y además se le daba un aire a Chris Hemsworth, así que tampoco me podía quejar demasiado.

Empezamos a caminar por las pequeñas sendas pedregosas que ni siquiera podían llamarse calles y me estaban embarrando el calzado.

Él iba unos pasos más adelante, dirigiéndome.

—*Vamos por aquí, hoy es el mercado de comestibles. A estas horas todo el pueblo se encuentra ahí. Es una oportunidad ideal para que entres en contacto con ellos y nos vayas conociendo.*

El mercado estaba, en efecto, a rebosar de gente. Decenas de puestos de madera con comerciantes que vendían frutas, verduras, quesos, pasteles, carnes, vino... y gritaban ofreciendo sus productos.

El olor era bastante desagradable, como el interior de un refrigerador que se ha descongelado... con un cadáver dentro. Me tapé la nariz y la boca con parte de la capucha. Pawel me volvió a destapar los orificios olfativos con una sonrisa cómplice.

—*Aquí todo el mundo está acostumbrado a este olor. Si ahora muestras desagrado, sería un gesto inusual y eso haría levantar sospechas.*

—Es que es asqueroso, huele a lavabo público de un festival de música.

Se me acercó un hombre bajito y algo estrábico, que me cogió de las manos con las suyas —que estaban grasientas y sucias— y me empezó a hablar sin dejarme tiempo para reaccionar.

—Holaaa, Franceszka. Qué guapa que estás. Es como si el Cielo hubiese decidido bajar a la Tierra tomando la apariencia de la mujer más radiante de este lugar.

—G-gracias.

—Toma, querida. Prueba una de mis mas manzanas, son las más frescas de todo el mercado.

—Eh, vale.

—Me alegra verte resplandeciendo tanto.

Y se fue entregándome una manzana (Pawel le dio una moneda a cambio). Yo estaba un poco abrumada, no estaba acostumbrada a recibir tantos halagos. Y con una media sonrisa complaciente le pegué un mordisco a la manzana.

...Para escupirla inmediatamente. Estaba más podrida que el corazón de

un banquero. ¡Pero si hasta sobresalía de su interior un puto gusano!

Pawel se partía de la risa.

—No le encuentro la gracia.

—*Y menos que se la vas a encontrar cuando te explique la maldición de ese señor.*

—¿Cuál es? ¿Envenenar a sus clientes?

—*Más o menos. El pobre Brunon no tiene la culpa, pero no puede decir la verdad. Y se pasa todo el tiempo mintiendo a las personas. Así que todo lo que te ha dicho...*

Lo miré muy seriamente con ojos de odio. Eso le provocó aún más risa.

—Muy gracioso, sí. Me parto.

Tiré la manzana al suelo y avanzamos por entre la muchedumbre.

Una señora se me acercó y me hizo el gesto más repetido por todo el puñetero mundo aquí: me cogió de las manos. Lo de no invadir el espacio personal de los demás por educación no se estilaba mucho en este pueblo.

—Franciszka, cariño. Dame dos besos.

—¿Y esta? ¿Cuál es su rollo? ¿Sus besos no serán venenosos o algo así?

—*No, tranquila. Nada de venenos. ¿Acaso en tu mundo os intoxican siempre? Es Margisia, una buena mujer.*

—Margisia, me alegra verte. Claro que sí, guapa, dos besitos.

Margisia miró a su alrededor y se acercó a mí, susurrándome.

—Lo que dijiste en el anterior Consejo... me llegó. Tienes toda la razón, lo hablé con mi esposo y mis hijos y estamos todos contigo. La revolución tiene que llegar pronto.

—Necesitamos más personas como tú en este mundo, querida. Un abrazo muy fuerte para tu esposo....

—*Patryk.*

—Patryk. Y para tus hijos...

—*Aron, Aniol, Armand, Bartek, Euzebia, Irenka, Janeeka, Jöel, Lubomir, Manina, Marcinek, Marko, Ramil, Rozalia, Silwia, Teos, Veronika y Wira.*

—Bueno, para tus hijos en general. Son todos tan buenos. Y son tantos.

La mujer me había sostenido todo el rato las manos. Y cuando intenté marcharme —dado que yo había tenido la sensación de que la conversación casual había finalizado— ella seguía sujetándome las manos, como si las tuviera pegadas con Loctite.

—Margisia, querida... ¿no nos habíamos despedido ya?

—Franceszka, muchas gracias.

—Vale...

Intenté de nuevo desquitarme pero seguía aferrada a mis manos. La pobre mujer tenía una cara angustiada.

—Ehm... ¿podrías...?, eh, bueno... ¿no es evidente?

Cuando vi a Pawel riéndose, de nuevo supe que algo raro había.

—¿Y ahora qué?

—*Margisia no puede abandonar una conversación o a una persona sin que esta le de las gracias. De forma literal, necesita oír la palabra "Gracias" para poder continuar con su vida normal.*

Resoplé. Esta gente era muy rara, aunque ya iba prevenida, era demasiado surrealista para vivirlo.

—Gracias, Margisia, querida. Muchas gracias, ya puedes soltarme.

Margisia respiró aliviada y me soltó las manos, sacudiéndolas como si le hubieran quitado unas esposas.

—Este pueblo es de locos.

Me encontré con un hombre descamisado que cuando me hablaba me miraba fijamente a las tetas. Y no se trata de una arenga feminista. Es que tenía los ojos en su torso, a la altura de mis pechos. Y donde debía de tener ojos, por encima de la nariz en la cara, estaba cubierto de piel, como si tuviera una enorme frente.

Una familia entera flotaba por el aire, atados por los tobillos a un cordón. Un hombre de color verde (no, espera, rojo, azul, amarillo... iba cambiando a cada poco) sujetaba todos los cordones como si fuera un vendedor de globos. Se ve que le pagaban por eso.

Una mujer que iba de caseta en caseta comprando productos, estaba llorando todo el rato. Pero hablaba de cosas normales: como del clima, de la calidad de las piezas de fruta o cuchicheaba sobre las cosas que estaría haciendo la Reina Bruja fuera de Zamożni tanto tiempo.. Pero no podía parar de llorar en todo momento.

El catálogo de maldiciones que pude observar en el mercado era la mar de variopinto. Lo más asombroso de todo era como estas personas hacían su vida normal con naturalidad pese a que no eran lo que se decía personas ordinarias.

Yo estaba asombrada, no podía creer todo lo que estaba viendo. Estaba tan embobada que me choqué con el hombro de un chico, que se giró enfadado hacia mí.

—¡Eh, vigila por dónde andas! Los demás no tenemos la culpa de que estés tan gorda que no quepas en ningún lado.

Le agarré del brazo y lo increpé. Me salió mi vena más chungueta.

—Un poco de respeto a las mujeres preñadas, maleducado. A las mujeres en general. Pídeme perdón.

—Pide tu perdón por ponernos en peligro delante de la Reina Bruja y todos sus oficiales por culpa de tus discursos de promesas vacías y sueños imposibles.

—¿Cómo? Mira, te voy a dar una torta que te...

Pawel me agarró el brazo con el que lo sujetaba y lo liberó.

—Déjalo, Ava. Ese chico está maldecido.

El chico se fue corriendo.

—¿Qué le pasa?

—*Todo lo contrario a tu amigo el vendehumos. Este solo puede decir la verdad. Le brota la sinceridad por la boca. Está tan descontrolado que puede llegar a ser muy desconsiderado hacia los demás.*

—¿No me digas? Ese en mi mundo sería un concursante ideal para *Gran Hermano*.

—*Vamos, Ava. Se nos ha hecho tarde. Tenemos que volver.*

Cuando nos íbamos, una voz lejana me despidió saludándome con la mano.

—Adiós, Franceszka, bonita. Con tu partida se escapa la alegría en este mercado. Te quiero.

—Realmente le caigo muy mal a ese tipo, ¿verdad?

—*No te preocupes, Brunon odia a todo el mundo.*

—O sea, que quiere a todo el mundo.

—*Exacto.*

Nos reímos de la forma en que lo hacen los amigos de toda la vida.

De vuelta a la parcela de los Starek, Pawel me fue contando las historias que había detrás de la gente que había conocido. La Reina Bruja maldijo en su origen a la familia de Margisia porque eran unos desagradecidos con los demás; la maldición de la familia de Brunon nació por su falsedad y ambición (eran contables del Rey y falsificaron las cuentas reales hasta su muerte). Una pariente del último chico, Koso, era la dama de compañía de la hija de la Reina. Tras su partida, esta intentó sonsacarle todos los secretos ocultos de su hija, pero la doncella se negó a traicionar a la princesa, así que mintió en todo lo que dijo. Cuando la Reina certificó sus embustes, la maldijo

con la eterna verdad inevitable saliendo de su boca.

Cada maldición tenía en su origen una historia, un castigo. Y las maldiciones eran hereditarias. Todos los miembros de la familia originalmente condenada heredaban el mismo tipo de maldición, así como las personas que emparentaban con ellos (el intercambio de maldiciones se producía en la primera luna llena después de la boda).

Nos sentamos en el suelo, en el lugar de encuentro con Dariusz, que aún no había llegado.

—*Te... estarás preguntando por el motivo de mi maldición.*

—No te voy a preguntar nada que tú no quieras responder.

—*¿Sabes esas personas que tienen que decir todo lo que piensan? No como Koso, que está OBLIGADO a ello. Me refiero a las que creen que son mejores personas haciéndolo. Pues así eran mis primeros parientes maldecidos, Pytr y Mariska Cizza, eran unos nobles, de los más privilegiados de la Corte Real. Y no se callaban nada, no les importaba herir a la gente con sus comentarios desdeñosos, muchos de los cuales no eran solicitados. Todos los demás nobles y los habitantes del pueblo en general les tenían pavor, sobre todo en las cenas oficiales. No eran muy buenas personas, lo siento porque pertenecen a mi estirpe. La Reina Bruja los maldijo con la incapacidad de hablar con su voz; así, todo lo que quisieran decir, lo tendrían que pensar primero. Solamente podrían expresarse telepáticamente con aquellos que aceptasen su solicitud de comunicación mental.*

—Como el Facebook de la telepatía.

—*¿Cómo?*

—Nada, prosigue.

—*Y cualquier persona que lo desee puede cortar la señal de nuestra voz interior cuando le plazca. Estamos sometidos al deseo de los demás para hacernos oír. La mitad del pueblo me tiene prohibido en sus cabezas por el sentimiento de antipatía que ha arrastrado mi apellido durante generaciones.*

—Ojalá no tuviera que escuchar la mitad de cosas que oigo en la vida real. Lo-lo siento, no me refería a ti —aclaré comprobando la incomodidad en sus ojos—. No quería ofenderte. Ha debido de ser muy triste crecer así.

—*Por suerte, he tenido gente a mi lado, apoyándome. Dariusz siempre ha querido escucharme toda la vida* —confesó con una cariñosa nostalgia.

—Yo te quiero escuchar —le dije poniendo mi mano encima de la suya.

—*Gracias. Lo aprecio mucho.*

—Háblame. De cualquier cosa. Quiero oír tu voz hasta que él venga.
Estaba a gusto en su compañía. Teniéndolo dentro de mí.

Capítulo Seis

Dariusz llegó corriendo a la hora señalada (supongo, porque aún no tenía ni idea de cómo funcionaba todo aquello de los dedos y el Sol). Como si hubiera venido de una maratón, todo sudado y asfixiado.

—Acompañadme a la parte de atrás, estoy sediento.

En el terreno trasero, adyacente al bosque, había un pozo de piedra. Dariusz se quitó la camisa y la tendió en el arco de madera, tiró el caldero al interior y asió el extremo de la cuerda. Luego tiró de ella con potencia, tensando todos los músculos de su cuerpo como si formaran parte del propio mecanismo de bombeo de agua e hizo girar la polea hasta que se asomó la cubeta rebosante de líquido.

La levantó por encima de su cabeza y aguantándola con mucha fuerza así, vertió todo su contenido sobre él, abriendo la boca para beber algo de agua fresca en el proceso. Pero la mayor parte del agua cayó sobre su torso desnudo y se derramaba entre sus pectorales. Parecía un anuncio de un refresco azucarado.

Obviamente, no pude quitar los ojos de él.

Dariusz se flexionó hacia delante dejando la cubeta en el suelo y después se incorporó sacudiendo la cabeza hacia atrás, salpicando excitantes gotitas de agua con su preciosa melena como una manguera.

Luego se volvió a poner la misma camisa y como aún estaba mojado, se le pegaba al cuerpo y se le notaban los abdominales como cuando dibujas una moneda frotando el papel con un carboncillo.

—¿Has acabado con la exhibición ya? —Pawel se estaba comunicando con ambos en *dual-channel*, por así decirlo.

—¿Qué? Tenía sed y calor. He puesto remedio a ambas cosas.

—Yo no me quejo —añadí, levantando la palma de la mano.

Jakub salió de la casa y se acercó a nosotros llevando un zurrón de piel de cabra muy abultado, y se la entregó a su hermano.

—Nuestros padres os han preparado esto. Por si necesitáis alimentaros en vuestro viaje.

—Vamos al Pico, tampoco es que podamos irnos muy lejos. Es una

excursión corta y ningún peligro nos acechará en el camino.

—A mí no me digas nada, hermano. Ah, también os han puesto yesca y un pedernal, por si tenéis que hacer fuego. Muda limpia para dos, una bota con vino y varias cosas más que no sé qué son, como un limón o esta calceta de lino con un lacito en el extremo, no entiendo por qué solo hay una, ¿y su par correspondiente?

Madre mía, qué vergüenza. Lo que Jakub sujetaba con los dedos como si fuera un pez recién pescado no era un calcetín, era uno de esos condones antiguos, alargados y hechos de lino. Lo había visto en una clase de Educación Sexual donde hablaban de la historia del preservativo. Nadie parecía tener ni idea de lo que era aquello, por suerte.

—Además, está mojada y huele a miel, entre otras cosas. Qué asco.

No quiero ser explícita sobre dónde se anudaba dicha funda, pero también comentaré que el limón no es un objeto aleatorio, también formaba parte del *pack*. Oh, Dios mío. Menos mal que lo guardó enseguida. Maldita Franceszka.

Dariusz se colgó el zurrón al hombro y le dio un abrazo de despedida a su hermano. Después, partimos al fin.

—¿Pawel también va? —pregunté.

—*Si no os importa.*

—No, claro que no. Cuántos más seamos, más reiremos. ¿Cuánto se tarda?

—Si nos damos prisa y ningún imprevisto nos distrae, podemos volver antes de que caiga la noche.

Cuando ya abandonamos la parcela de los Starek y nos encaminamos bordeando el bosque (pues Dariusz pensó que así llamábamos menos la atención, antes que atravesar el pueblo en diagonal), los incesantes gritos de una delicada voz femenina nos interrumpió la marcha.

—¡¡Ehhh, ehhh!! ¡¡Darii!! ¡Dari, cielo, soy yo!

Nos giramos. Era una elegante dama, con un vestido largo de terciopelo color granate, con unas mangas enormes que casi llevaba arrastrando, con bordados en la parte de las muñecas, en el escote y en la cintura. Tenía una diadema en la cabeza y un recogido muy elaborado con trenzas sueltas y el pelo rubio como el verano. Unos ojos verde esmeralda y unas cejas prominentes. Parecía una noble de alta cuna sacada de la Corte Real.

Se estaba levantando la larga falda para intentar correr hacia donde estábamos sin caerse en el intento, y todo el rato desviaba su mirada del suelo

a nosotros.

—Oh, *gówno* —susurró Dariusz casi para sí mismo, y por el tono adiviné que era una especie de insulto.

Cuando la dama llegó, se apoyó a los hombros de Dariusz y empezó a respirar profundamente, recuperando el oxígeno perdido en su carrera hasta aquí.

—Dari, mi pastelito de amapola, ¿qué haces aquí tan lejos?

—Ehm... hola, Maja... ¿qué... tal?, ¿cómo tú por aquí?

—¿Cómo qué...? Dari, amorcito, ¿es que no te acuerdas? —dijo en un tono amenazante sin perder la dulzura de su voz.

Dariusz reaccionó de repente, acordándose de algo muy importante. Se llevó la mano a la boca que abrió por completo.

—Hoy es mi día de la maldición... Habíamos quedado en almorzar juntos bajo la copa de un árbol.... solos... tú y yo —recalcó mirándonos a Pawel y a mí con disimulo.

—Oh... sí.... eso. Verás, es que... vamos a... otro sitio.

La mujer que se llamaba Maja pero no lo parecía en absoluto me miró camuflando su disgusto.

—¿Con tu madre preñada?

—Sí, es que... antes de parir... le hacía mucha ilusión subir al Pico, a contemplar la puesta del Sol.

—Es que luego tendré que estar tan pendiente de mi bebé recién nacido que no tendré tiempo para admirar tal belleza en mucho tiempo.

—Ah... y tenía que ser hoy —dijo, siempre con una sonrisa de oreja a oreja en la cara y con un silencioso enojo empañado en su entonación.

—Es que... —me toqué la falsa barriga—. Ya no me queda mucho.

—¿Y este qué hace aquí? —dijo con mala cara (esta vez nada oculta) mirando a Pawel.

—*No le caigo muy bien, como podrás notar* —me dijo telepáticamente, encogiéndose de hombros.

—Por si pasa algo. Cuatro robustas manos son mejor que un par.

—Ya... Bueno, pues... voy con vosotros, qué remedio.

—¿Qué? ¿Tú? Pero... si odias caminar.

—Pues caminaré.

—Y, querida, esa ropa... no creo que sea muy apropiada para hacer senderismo —le advertí.

—¿Te has visto tú la barriga, Franciszka?

—*Touché.*

—¿Cómo?

—Nada. Qué vale, ven con nosotros. Pero rapidito, que el bombo está a punto de salir.

Empecé a caminar de nuevo porque ya me había hartado de perder el tiempo. Pawel vino detrás de mí con premura. Maja le agarró el brazo a Dariusz con las dos manos y se apoyó en su hombro mientras reiniciaba la marcha.

—¿Tu madre está febril o algo? —oí como le susurraba Maja a Dariusz.

Durante el camino, Pawel y yo nos comunicamos mentalmente mientras Maja no paraba de atosigar a Dariusz y este no sabía dónde meterse.

—*No sabía que tenía novia.*

—*Bueno, en honor a la verdad, no es su novia ni nada de eso. Dariusz no ha querido mantener una relación amorosa con nadie desde que su esposa falleció.*

—*Pues ella al menos sí que cree que lo es. ¿Y a ti, por qué te odia?*

—*Supongo que por ser el mejor amigo de Dariusz.*

—*¿Cuál es su maldición, los celos empedernidos?*

—*No exactamente. Su maldición es tener que amarlo por obligación.*

—¿Cómo?

—*La Reina Bruja maldijo a los miembros de su familia a querer de por vida a la persona que les diera su primer beso. Tenían ambos 6 años cuando Dariusz la besó. Eran unos críos, ni siquiera sabía qué era eso, para él era un simple juego de niños. Pero desde entonces, Maja no puede dejar de amar a Dariusz, por mucho que lo intente, por muchos pretendientes que hayan pasado por su vida.*

—*Vaya...* —ahora podía entenderla. Debía ser muy triste estar condenada a amar a alguien para siempre, sin que puedas remediarlo y no ser correspondida nunca. Además de no poder dejar de amar a esa persona ni aunque quisieras.

—¿De qué habláis? —preguntó con curiosidad Dariusz, que se acercó a nosotros.

—De nada en particular. ¿Dónde está tu amorcito? —le pregunté con ironía.

—Está orinando en el bosque. Tenemos que esperarla.

—Ya sabía yo que nos iba a retrasar.

—¡Pichoncito! ¿Me has echado de menos? —gritó saliendo del bosque

con prisa y agitando la mano.

Cuando llegamos al pie de la montaña, ya estaba muy harta de ella. Se pasó todo el camino quejándose de todo: que andar cansaba mucho, que hacía mucho calor para estar andando, que habían muchos mosquitos por esta zona o de lo a gusto que estarían los dos ahora comiendo un *mohnkuchen*, que por lo que se ve era un pastel hecho con semillas de amapola y el favorito de Dariusz.

—*Buff, yo no sé cómo la aguanta. Tiene mucha paciencia* —me quejé a Pawel.

—*Es demasiado buena persona. Yo si fuera él la hubiera dejado de hablar hace tiempo, sobre todo después de lo que hizo. Por suerte, yo no puedo hablar con ella porque me tiene silenciado.*

Empezamos a subir por el sendero que llevaba a la ladera de la montaña.

—*¿Qué quieres decir? ¿Qué hizo?*

Durante varios minutos de subida, incluso pudieron llegar a ser horas [vale, exagero], no escuché nada en mi cabeza. No sabía si yo había cortado la comunicación sin querer de algún modo, que la señal era débil en el monte como con los móviles o que me estaba entrometiendo demasiado, pero el silencio se volvió algo incómodo.

—*Lo siento, igual me paso de chismosa.*

—*No, no pasa nada. Es que... es mi amigo y... siento como si estuviera traicionando su confianza o algo así.*

—*Lo comprendo, de verdad.*

—Adelante —escuché por detrás.

Dariusz se había adelantado. Maja estaba varios metros por detrás, le estaba costando la vida subir, y no me extrañaba, con ese vestido y calzado tan incómodo. La admiraba solo por eso.

—Por los gestos que estaba observando desde ahí atrás, parece que estábais hablando de algo importante, pero luego era como si Pawel estuviera reticente por algo y no quisiera seguir la conversación.

—Me gustan los hombres intuitivos —comenté.

—Si es de lo que me imagino que es... tienes mi permiso, amigo —le dijo tocándole el hombro con familiaridad.

Pawel le sonrió de vuelta. Dariuz volvió a ralentizar su paso, quedándose algo por detrás.

—Yo mientras voy a ayudar a la dama. Parece que el amor todo lo

puede menos subir una montaña con un faldón más grande que la propia montaña.

Cuando se alejó, oí cómo Maja le decía:

—No sé como puede hacerlo tu madre. Con un bebé dentro y mírala, podría completar los Doce Trabajos de Hércules en menos tiempo que él.

Estaba tan atenta a lo que decía que no me fijé en que tenía a Pawel justo delante, así que tropecé contra él con tan mala suerte que caí hacia atrás rodando por la senda pedregosa.

Parecía una gran bola de nieve cayendo por el monte estrepitosamente.

Grité hasta que la caída libre se paró de forma natural a escasos metros de donde estaban Dariusz y Maja, que se acercaron a mí con urgencia.

Cuando frené en seco en el suelo, el bulto que tenía dentro de la túnica se desprendió por entre las piernas, rebotando con violencia contra las piedras.

Maja grito de pánico.

—*¡JA PIERDOLE!* ¡Tu madre acaba de sacar a un ser humano por su vagina del impacto de la caída!

El primer instinto de Maja fue correr hacia lo que ella creía que era un bebé recién parido. Dariusz se acercó a mí y me sujetó con fuerza por el torso.

—¿Estás bien?! ¡Dime que estás bien!

—S-sí. Ha sido menos aparatoso de lo que ha parecido. Madre mía, qué vergüenza —dije medio riendo. Me sentía como cuando me caía en el insti en medio del pasillo delante de todo el mundo.

—¿Te has hecho sangre?

—No. Al menos que yo note. Solo sé que me duele mucho el culo.

Dariusz me apretó la mano con la suya y en esta posición sí que parecía que estaba de parto y él era el padre, la verdad.

Nos dimos cuenta entonces de que deberíamos haber estado prevenidos.

Maja agarró la almohada sucia y rajada por los cantos rodados y puso cara de estupefacción. Observando de forma intermitente la almohada que sujetaba como un faisán recién cazado y a mí, la doble de Franceszka tirada en el suelo.

—No-no entiendo...

—Maja...

Avanzó hacia nosotros aún portando la almohada como un grotesco recordatorio. Dariusz le hacía gestos con las manos para que cesara cualquier acción subsecuente.

Maja me cogió la capucha y tiró de ella, destapándome el cabello. Lo tenía muy sucio, pero eso es lo que menos debería preocuparme.

—¿Tú no eres Franceszka? ¿Cómo-cómo puede ser eso posible?

—Maja, yo... no soy su madre. Ni siquiera soy madre, solo tengo 18 años.

La pobre chica tenía cara de haber visto el final de *El Sexto Sentido* por primera vez en su vida. Movía los ojos hacia todos lados, como Carrie Mathison cuando le da un ataque de su ansiedad en un episodio de *Homeland*.

—Maja, no entres en pánico, por favor, que te conozco...

—Yo me llamo Ava. Y no soy de por aquí.

Maja me miró fijamente. Y luego la mano de Dariusz que apretaba la mía y su otra mano sujetándome por el hombro.

—¿¿QUEEEÉ... haces tocando a mi pastelito de amapola??

Por lo que parecía yo tampoco le iba a caer muy bien.

Capítulo Siete

Había soltado una bomba en medio de su pacífica existencia. Estaba todo el mundo alterado. Maja especialmente.

—¿Cómo sois tan irresponsables? ¿Encubrir algo tan importante? Si la Reina Bruja se entera, las consecuencias pueden ser CATASTRÓFICAS. Y ahora me habéis hecho cómplice de vuestra negligencia. ¡Y en mi día de la maldición! —farfulló casi sin respiración.

Dariusz y Pawel intentaban tranquilizarla. Le dijeron que la Reina Bruja no tenía por qué enterarse, que ya les había visitado el Comandante Augusto y no había sospechado nada, que ella no corría ningún peligro de muerte como se estaba apresurando a asegurar. Que todo iba a salir bien si todos nos manteníamos en una misma dirección.

Aunque lo que más le preocupaba a Maja era mi relación con su pastelito de amapola.

—¿Y por qué tiene tanta confianza contigo? ¿Os habéis besado o algo? Dime que no os habéis besado o la entrego yo misma a las autoridades.

—Calma, tranquilízate, por favor. La rescatamos ayer por la noche. ¿Cómo quieres que ocurra algo? No hemos tenido tiempo ni de conocernos. Créeme.

Sabía que estaba mintiendo para protegerme, pero aún así me dolió escuchar esto. Es más, creí que algo de realidad escondía su discurso apaciguador, pues es verdad que solo nos conocemos de un día. No ha pasado el tiempo suficiente como para ponerme celosa ni sentir nada por él.

¿Verdad?

¿Verdad?

Cuando estaba reflexionando sobre algo tan importante como son los temas del corazón, un familiar sonido hizo que saltara del susto.

Pi-piip.

Era el zumbido de las notificaciones reventando mi móvil.

Saqué de inmediato el colgante de algodón y el móvil del interior de la funda de crochet y comprobé con impaciencia la pantalla principal.

¡Había cobertura! Poquita, pero lo suficiente como para funcionar.

Tenía tanta urgencia que pasé de leer las miles y miles de notificaciones (miles de verdad) —entre el Whatsapp, Facebook, Instagram y demás aplicaciones (tenía más *matches* en el Tinder que Rafa Nadal en el Roland Garros)—, y me dirigí inmediatamente a los "Contactos" de la agenda para pulsar sobre el nombre de mi amiga Katie.

Estaba dando tono y yo estaba dando saltos de alegría.

—¿Qué hace esta? —preguntó Maja, dejando de discutir para observar mi errático comportamiento.

—¿El móvil?

—¡Funciona! —grité yo, a unos metros más arriba de donde estaban ellos reunidos, y alejándome un poco más para tener más intimidad (y cobertura)—. Vamos, vamos, vamos. Contesta, Katie, zorra, contesta, por lo que más quieras —suplicaba sin parar de dar vueltas sobre mí misma.

—¿Qué móvil? ¿Pero qué está haciendo, hablándole a esa piedra? ¿No tendrá histeria femenina? Brygida, la madre de los Gallup, la tuvo y se volvió completamente loca.

—¿Ava? —era la voz de mi amiga. Definitivamente era ella—. ¿Ava, eres tú?

—¡¡¡Katie!!! Oh, Dios mío, Dios mío, Dios mío. Qué me da algo. ¡Katie, soy yo, soy Ava, soy tu amiga Ava! Que alegría escucharte.

—¡Ava! ¡Estás viva!

—Joder, pues claro que estoy viva, tía.

Estaba empezando a llorar de la emoción.

—Señorita Moore, no puede hablar por teléfono en mi clase, y menos si lo hace gritando como una energúmena. ¡Fuera! —se escuchó de fondo.

—¿Do... dónde estás? —pregunté yo con inquietud.

—En clase. Ahora estoy saliendo al pasillo.

—¿Cómo que... en clase?

—En la uni.

—Pero... si ayer... ¿Ya te has largado?, ¿no me has intentado encontrar aquí, en Polonia?

—Tía, por supuesto que sí. Me quedé varias semanas. Asia también. Rebuscamos cielo y tierra, por todo el puto bosque, como una batida de voluntarios cuando secuestran a un niño. Pero no te encontramos. La policía local tampoco. El caso quedó cerrado temporalmente... como que habías muerto. Aplastada por el propio coche, según el informe preliminar. Aunque tus padres aún están a la espera del peritaje técnico del vehículo siniestrado.

Las cosas van muy lentas en ese país tercermundista...

Yo me quedé escuchándolo todo sin interrumpir. No estaba asimilando nada de lo que Katie me estaba diciendo. Me quedé con lo de...

—¿Cómo que... varias semanas? Tía, si fue ayer mismo cuando...

—¿Ava? ¿Dónde estás? ¿Estás bien? Te oigo muy flojito. O te estoy entendiendo mal.

—Contéstame tú primero.

—Ava... ha pasado un mes. La Universidad ya ha comenzado.

Me quedé en silencio. Por la otra línea, Katie estaba repitiendo mi nombre incesantemente y preguntándome si me encontraba bien.

Pero no me encontraba bien ahora mismo. Tragué saliva y me puse blanca como la barba de Santa Claus. Me estaba empezando a marear. De repente, parecía que estaba embarazada de verdad.

—Katie, Katie... escúchame. E-estoy bien, estoy bien, pero... estoy... cómo te lo explico...

Dariusz y los demás estaban muy atentos a mis gestos, a pesar de que me aseguré de que no escucharan demasiado. Más que nada por Maja, no me fiaba de ella y no me interesaba que supiera más de la cuenta.

—Estoy... atrapada en un pueblo... pero un pueblo, en plan, fantasma. Quiero decir... existe, viven personas y eso pero... a la vez no existe. En nuestra realidad. Joder, sueño como una puta loca, ¿verdad?

—¿Te refieres a Zamożni?

—¡SÍ! ¡Exacto! ¿Te acuerdas de aquel chico de la gasolinera, que nos contó una historia súper rara?

—Sí, Milo. Durante las semanas en las que estuvimos buscándote mantuve mucho contacto con él. Me ayudó con el idioma y con más cosas.

—Pues tenía razón. Y yo... acabé atrapada aquí. En Zamożni.

—Pero, ¿cómo puede ser? Recorrimos cada kilómetro de ese maldito bosque, Ava. No había rastro de ningún pueblo.

—Es... complicado. Al parecer nadie puede entrar ni salir de aquí. Está como... aislado... en otro plano de existencia. No sé si me explico.

—Tía. ¿Estás en una secta? Si es así, dímelo y punto. Al menos todos estaremos más tranquilos sabiéndolo.

—Nooo. No. Escucha... tienes que volver a Polonia. Al bosque. Justo en el lugar donde se quedó el coche estancado después del accidente. Yo... voy a ir ahí, al otro lado, a ver si puedo salir, aún no lo he probado... o al menos contactar contigo de alguna forma.

—¿Volver? Tía, ¿pero seguro que estás bien? ¿No estás en peligro, verdad?

—No. Bueno, de momento no.

—¿Cómo qué de momento no? Joder, no me asustes.

—Tú... hazlo. Por favor. Por mí... no tardaré más que unas horas. Pero... ahora que lo pienso, si es verdad lo que dices, que allá ha pasado en realidad un mes... igual... me tienes que esperar un poco más de la cuenta. ¿Lo harás? —le supliqué desesperada.

—De acuerdo. Lo haré... Por ti, Ava.

—¿Qué paranoia, ¿verdad?

—Ya ves.

—Otra cosa, Katie, ¿cómo están...?

Y, de repente, la llamada se cortó. El móvil volvió a perder cualquier atisbo de cobertura. Me quedé con el aparato en la mano tan muerto como un cadáver de tiburón varado en una playa.

Lo guardé de nuevo en su funda. Me sequé las lágrimas con un gesto digno y alcé el mentón.

Caminé pensativa hacia abajo para encontrarme con mis acompañantes.

Dariusz me frotó el hombro.

—¿Estás bien?

Yo afirmé cabizbaja.

Maja observó el gesto con mala cara.

—¿Qué te han dicho?

—¿Tú sabías que el tiempo fuera de aquí pasa más rápido?

—¿Qué? No. Ni siquiera estaba seguro hasta ahora de que existiera ALGO ahí fuera.

—Pero la Reina Bruja...

—*Nunca nos dice dónde va. Nunca habla de ello. Para nosotros... solo existe esto* —me explicó Pawel en *dual*.

—Tenemos que volver.

—¿Adónde?

—Ya sabes dónde.

Maja nos miró sin parecer captar casi nada de lo que hablábamos pero con suspicacia. Como una americana de fiesta en una ciudad europea, cuando sus nuevos amigos nativos se ponen a hablar en otro idioma y no está entendiendo nada pero sospecha que están hablando sobre ella y eso le molesta; y si no, también le molesta quedar excluida de la conversación.

—Bueno, por fin volvemos al pueblo, por lo que parece. La cordura ha regresado a vuestras fútiles mentes. ¡Vamos!

Y esta vez ella fue la primera en liderar el paso, empezando a dar zancadas a gran velocidad, como si practicara la marcha atlética.

Mientras regresábamos, los tres charlamos por lo bajini, aprovechando las prisas que tenía Maja, que seguía adelantada a la cabeza del grupo, como Frodo con faldas.

—Ava, ahí no encontrarás nada.

—Pero tengo que probar si puedo salir, del mismo modo que pude entrar. ¿No puede ser eso posible?

—La verdad... es que no lo sé.

—Bien, pues tenemos que darnos prisa. Puede que nosotros tardemos pocas horas en llegar, pero mi amiga se pasará días y días esperando en el mismo sitio. Y vete tú a saber lo que puede ocurrir ahí afuera en tanto tiempo. Pueden darse un montón de complicaciones.

Los chicos asintieron. A Pawel se le veía más que dispuesto a ayudarme. En cambio, algo noté a Dariusz... estaba más contenido.

—Ah, y ella debe irse —dije señalando a Lady *runner*.

—Déjamela a mí —manifestó Dariusz. Y a continuación se adelantó hacia donde se encontraba Maja.

Cuando llegó hasta ella, la cogió del hombro y acercó su rostro al suyo. Después, Maja empezó a reírse de forma coqueta.

Yo estaba muy seria y preocupada. Pawel interpretó que era por Dariusz y su fingido cortejo para deshacerse de ella.

Que también.

—*Tranquila, conociéndolo, seguro que le promete una cita romántica o algo así para que se quede contenta por el momento. Ella no supondrá problema alguno.*

—No me fío de ella ni un pelo. Y algo me dice que estoy en lo cierto.

—*No te voy a intentar convencer de lo contrario.*

—¿Tiene algo que ver... con lo que me querías contar antes?

Pawel se quedó en silencio. Y eso significaba un sí rotundo.

—*Maja era la mejor amiga de Eliza, la esposa de Dariusz* —empezó a relatar, con un tono de voz de narración, como de que aquella historia iba para largo—. *Desde que eran pequeñas, codo con codo. Eliza era un ser de luz. Era la mujer más buena y guapa que he conocido en mi vida. Era tan comprensiva que llevaba muy bien lo de que su mejor amiga estuviese*

condenada a amar a su marido para siempre.

—Buff, yo no podría. No me vuelvo a hablar con ella y la bloqueo en las redes sociales.

Después de comprobar que mi comentario estaba fuera de lugar (como un chiste que nadie entendía), volví a quedar en silencio, atenta a la historia.

—*Eliza comprendía que no era culpa de Maja. La Reina Bruja la maldijo y su maldición consistía en amar al que era su marido. Se trataba de algo involuntario. Además, ella sabía que Dariusz la amaba solo a ella, y Eliza amaba a Dariusz porque ella lo eligió así. Maja fue una mujer muy fuerte y luchó contra su maldición siempre que estaban juntos, cuando los veía besándose, abrazándose, felices. Su fuerza de voluntad era digna de admirar, la verdad. Pero un día... fuimos los cuatro al lago. No lo sabías pero por aquel entonces Maja y yo teníamos... algo. Por cierto, el lago está en lo más profundo del otro extremo del bosque, tienes que verlo un día. Pues bien, nos bañamos juntos, reímos y todo parecía ir muy bien... Maja salió afuera para preparar la merienda, sacar los manjares de la cesta de mimbre y todo eso. Dariusz y yo fuimos a orinar al bosque. Eliza se quedó dentro del agua, pero hete aquí que se le durmieron las piernas. Gritó solicitando auxilio. Maja la vio desde la lejanía, agitando los brazos con desesperación. Durante unos largos minutos se quedó ahí, petrificada. Luchando contra ella misma. Quería correr, adentrarse al lago y socorrerla porque era su amiga. Pero dentro de ella también tenía otro sentimiento, el de dejar que se ahogara, porque era su rival en el corazón de Dariusz. Su maldición luchaba contra su razón y aquella era la batalla definitiva. Finalmente, después de un tiempo perdido que habría sido esencial, Dariusz y yo salimos del interior del bosque corriendo, nos metimos en el agua, la sacamos tan rápido como pudimos. Aún le latía el corazón, pero daba igual, ya era demasiado tarde para ella.*

—Pero, aún respiraba, has dicho. ¿No la pudisteis llevar a tiempo al Doctor para que la salvara? Como a mí.

Pawel se puso serio y me miró con ojos tristes, por primera vez, rompiendo su habitual expresión de alegría.

—*Esa es la cuestión, Ava. No podía. Eliza era hija del Doctor. Era lo único que le quedaba en esta vida. Y recuerda que su maldición consiste en poder sanar a todo el mundo...*

—Menos a sus seres más queridos —terminé recitando.

Se hizo el silencio.

—Oh, Dios mío. Qué tristeza.

—*Imagínate cómo se quedó él. Devastado. Consumido por la culpa.*

—¿Y aún así la perdonó? —no podía creerlo. Yo no la hubiera perdonado nunca, jamás de los jamases.

—*En su opinión, fue la maldición la que le impidió hacer algo para salvarla. Ella no tuvo la culpa. La Reina Bruja fue quien plantó esa semilla dentro de su voluntad. Según él, claro está. Otros no pensamos lo mismo.*

—Ese chico de tan bueno es tonto.

Pawel sonrió.

—*Estamos de acuerdo.*

—¿Y qué pasa con el Doctor? Supongo que él también opinaría igual que tú.

—*Dariusz intentó convencerlo de todas las maneras posibles para que aplacara su sed de venganza hacia ella. Sucedieron... varios acontecimientos incómodos. No se hablaban desde entonces. Anoche fue la primera vez que se vieron de nuevo, cuando te llevó para que te curara.*

Lo miré de espaldas. Este chico es el más especial que he conocido en mi vida.

Me daba pena. Él, su historia, su pasado... y mi futuro sin él. Me daba pena tener que abandonar este pueblo. Pero yo no pertenecía a este lugar. Y su amor pertenecerá para siempre a otra persona que ya no está. Pensando en todos estos asuntos llegamos ya a la parcela de los Starek. Debía de reconocerlo. Les estaba empezando a coger cariño a esta peculiar gente.

—Oye, tú, forastera, ¿y ahora qué piensas hacer? —me habló Maja, chasqueando los dedos enfrente de mi cara, pues me había quedado ensimismada.

Rectifico lo que había dicho antes. A todos menos a ella.

Capítulo Ocho

Entramos en casa de los Starek y todos me recibieron con una calurosa bienvenida, igual que si fueran de mi propia familia.

—¿Habéis cenado? ¿Tenéis hambre? —nos preguntó la abuela, como preguntaría cualquier abuela del mundo. Habían cosas que eran iguales en todas partes y en todos los tiempos.

—No, gracias. Además... —bajé el volumen de la voz hasta convertirlo en un hilado susurro para que Maja, que estaba hablando con Jakub (¿notaba un cierto interés por parte de él?), no se enterara—. Nos tenemos que ir al bosque.

—¿Al bosque? ¿A estas horas?

Yo afirmé con la cabeza y señalé a la intrusa con la mirada.

—Sí, pero... hay un problema.

—Ahhhh —dijo la abuela captando enseguida el mensaje—. No te preocupes, querida, que esto lo soluciono yo en un periquete

La abuela se dirigió hacia la cocina. Yo me encogí de hombros y me reuní con los demás, que estaban relatando las aventuras del día.

—Bueno... ¿y tú, dónde vas a dormir, forastera? En casa de Pawel, me figuro, ¿no? —me preguntó Maja con un incisivo interés.

—Ehm, pues... no lo sé, la verdad —contesté sinceramente. Tampoco sabía si me quedaría esta noche a dormir. Puede que consiguiera atravesar el bosque y regresar a mi añorada cama, quién sabe. Miré a Dariusz con disimulo, sin saber qué responder.

—Ella dormirá en la cuna, con el pequeño Lukasz. Es nuestra invitada —intervino la Franceszka real.

Eso tranquilizó a Maja... a medias. Rodéo el brazo de Dariusz y sonrió pizpireta.

—Pues se ha hecho demasiado tarde como para volver a mi casa, ¿no? Quién sabe si puedo encontrarme zorros o cualquier otro depredador por el camino. No es seguro andar sola de noche para una señorita como yo, ¿no lo piensa así, Señora Starek?

—¿Qué cojones hace? ¿No se la había camelado Dariusz para

perderla de vista? —me comuniqué mentalmente con Pawel, a la desesperada.

—*Dice Dariusz que sí, que le había prometido no decir nada a nadie sobre ti y además dejarnos solos esta noche a cambio de una gran cita romántica que sería inolvidable, pero se ve que a última hora le ha asustado pensar que tú y él vais a dormir bajo el mismo techo...*

—*Será hija de...*

—Eh... bueno, sí... tus padres me matarían si te pasase algo, hija —respondió Franceszka—. Puedes quedarte a dormir aquí esta noche, si así lo deseas.

—Oh, Franceszka. Eres un amor. No había pensado en esa opción. Pero es una excelente idea. Muchas gracias.

Maja era toda felicidad, acariciando el brazo de Dariusz como si estuviera hecho de felpa.

—Bueno, familia. Ya tengo la cena preparada aquí. Venid a la mesa.

La abuela nos invitó a todos a sentarnos en la gran mesa de roble decorada con succulentos manjares. El olor de la comida era muy fuerte y no tenían Coca Cola, solo agua y un vino caliente que era asqueroso.

—Oh, yo no sé si voy a comer nada. No tengo mucha hambre, *nana*. Me ha entrado dolor de cabeza por culpa del esfuerzo que ha implicado esa maldita escalada —dijo Maja, sentándose al lado de Dariusz, tocándose la frente y mirándome con reproche—. Es que, ¿a quién se le ocurre hacer estas cosas?

Yo me senté al lado de Pawel, que se sentó al lado de Maja.

—Pues precisamente por eso tienes que probar algo de este plato especial que he hecho para esta noche. Este caldo de búho hervido al baño maría es curativo, te quita las migrañas y las cefaleas en un santiamén.

La abuela le sirvió un poco de humeante sopa en su plato.

—Ahora eres nuestra invitada de honor, no puedes decir que no —le recordó Franceszka, aludiendo amablemente a las normas básicas de educación... y soltándole una velada indirecta por su autoinvitación de antes.

—Pues... es verdad. Tomaré unos sorbitos, muchas gracias.

Cuando empezamos todos a comer y a charlar relajadamente, se oyó un golpe seco, como cuando voy a jugar a los bolos y se me cae la bola en la pista.

Era la cabeza de Maja cayendo de forma súbita encima del plato de sopa.

Con mucha tranquilidad, la abuela deslizó su silla y se levantó,

dirigiéndose al asiento de Maja y agarrándola del pelo para levantarle la cabeza del plato y así evitar que se ahogase con la sopa.

Yo no podía reaccionar porque me pareció una escena surrealista. Se me veía en la expresión de *shock* que tomó mi rostro, como cuando vi el final de la peli *Madre!* sin entender nada de lo que estaba ocurriendo (pensando que era una comedia romántica de Jennifer Lawrence).

—Tranquila —me dijo la abuela con toda la naturalidad del mundo—. Está bien, solo la he dormido un poquito.

Franceszka se levantó también y con un pañuelo de seda le limpió la cara a la maja durmiente.

—¿Co-cómo...?

—En su plato de sopa he disuelto un potente combinado de *kava-kava* con aquilea. Son plantas que tienen unas potentes propiedades sedantes.

—¿Pero ella... está bien?

—Pues claro, querida. Solo la he inducido a un sueño profundo. Además, también tienen propiedades regenerativas y cicatrizantes, si se ha hecho algo se le curará de paso.

—Y ahora... ya podéis iros.

Le tenía que pedir la receta para mis noches de insomnio.

Dariusz y Pawel se levantaron de las sillas y se prepararon para una nueva expedición.

—A ver, que alguien me ayude a trasladar este peso muerto a la cuna de Lukasz —pidió el abuelo. Jakub y su padre se acercaron para ayudarlo y la llevaron a cuestas.

Antes de salir por la puerta de nuevo, la familia Starek al completo se acercó para despedirse de mí. Franceszka estaba incluso llorando.

—Hija, ya me han contado que vas a probar si existe una salida. Si la encuentras esta noche, y espero con todo mi corazón que así sea, debo decirte que te echaré mucho de menos. Eres una persona muy especial y creo que ya lo sabes.

—Jo, Franceszka. No me hagas llorar a mí también. No me gustan las despedidas. Y además... no estoy segura de si podré salir. Pero al menos tengo que intentarlo, ¿no?

—Claro que sí, jovencita. Si no lo intentas, nunca lo conseguirás. Mucha suerte —me animó la abuela.

—Y si no lo consigues, aquí te estaremos esperando con los brazos abiertos —añadió Honorata.

Todos me animaron con palabras de aliento.

Dariusz no dijo nada. Estaba mirando al suelo todo el rato con una expresión seria y taciturna.

Los abracé a todos y cuando salimos, el cielo estrellado nos esperaba para darme un último abrazo.

Como no queríamos llamar la atención de los soldados vigilantes en la torre del Palacio y de otros ojos fisgones que pudieran haber despiertos, decidieron no utilizar ninguna lumbre para iluminar nuestro camino. Los veteranos ojos de mis acompañantes y su instinto natural debería valernos para llegar hasta lo profundo del bosque, el lugar del accidente.

Eso hizo que durante todo el camino fuera cogida de la mano de Dariusz por delante de mí y la de Pawel por detrás de mí, los tres pegados para que ninguno se perdiera.

Y que eso hiciera acrecentar mis dudas. Sobre irme. Sobre ellos.

Llegamos a una explanada dentro del bosque. Ahí, según Dariusz (porque yo no sabía diferenciar un árbol de otro), fue donde me encontró hace un día.

Un día. Tan solo un día que me ha parecido toda una vida con él.

—Bueno... y ahora, ¿qué?

Yo iluminé el perímetro con la aplicación de la linterna del móvil.

Los chicos se quedaron maravillados. Como si hubieran presenciado la invención del fuego.

—Es brujería —dijo Dariusz asombrado.

—Algo parecido. Se llama ciencia.

Me acerqué un poco más al punto exacto donde me indicó Dariusz.

—Así que... ¿fue justo aquí, verdad?

Dariusz asintió a disgusto.

—Dariusz, yo...

—No, lo entiendo. De verdad. Tienes que volver a tu mundo. Es donde perteneces.

—Estás bien. ¿De verdad?

—Sí.

No fue muy convincente. Yo también estaba triste. Por una parte, estaba deseando volver con mis amigas y mi familia a toda costa. A mi vida normal. A Los Ángeles. A enterarme por fin como acababa mi serie favorita. Por otra parte, estaba empezando a sentir algo... por...

—Escuchadme. Soy muy mala para las despedidas, ya lo he dicho antes.

Así que... lo siento, pero... voy a hacerlo de forma rápida e indolora.

Y de repente, me puse a correr hacia delante como si me persiguiera el diablo.

—¡Lo siento mucho! ¡Os quiero! —gritaba mientras corría.

Pero cuando llegué a un punto en concreto, me choqué contra una pared invisible con tanta fuerza que reboté hacia atrás y me volví a caer de culo, como en la montaña.

Los chicos vinieron enseguida a socorrerme.

—¿Estás bien? ¡Ava!

—*Ava, contesta.*

Yo me froté el culo. Lo tendría más rojo que un mandril.

—Sí, sí, estoy bien... Joder, qué patética que soy.

Qué vergüenza me estaba dando de mí misma. Menuda escenita había montado más ridícula. Pérdida de la dignidad absoluta.

Me levanté y me acerqué poco a poco hasta el muro invisible que me había comido antes. Puse una mano encima y luego la otra y así fui palpando durante un trozo. Parecía Mr. Mime tocando un cristal imaginario. Pero no me lo estaba imaginando, era una poderosa fuerza que me impedía traspasarla.

—No quiero decir que te lo había advertido, pero...

—Pues no lo digas.

Me volví a sentar en el suelo y resoplé agobiada.

—Menuda mierda.

—*Nadie puede traspasar la Frontera.*

—Pues nada, yo me voy a esperar aquí un rato.

No tenía otra opción. Ya que no podía irme... lo único que me quedaba era recibir algún tipo de señal que indicara que mi amiga Katie estaba al otro lado, esperándome.

—¿*Tu amiga...*?

—Vendrá. Hay que esperar. Solo eso.

—Ava, ya han pasado unas cuantas horas desde que se lo comunicaste. Según tu teoría, eso son muchos días en tu mundo.

—Vendrá —insistí con irritación.

—Está bien. Aguardaremos.

Pawel se sentó a mi lado. Y Dariusz se quedó de pie, con los brazos cruzados, mirando hacia la Frontera. Como un padre preocupado esperando en el pasillo a que vuelva su hija antes de las doce de la noche.

Después de varias horas, no sabría decir cuántas (pero estuvimos

esperando mucho tiempo, en el que enseñé a los chicos juegos estúpidos de nuestro mundo y les conté más cosas sobre mí, y de cómo era la vida allí fuera), Dariusz vio algo que hizo que se sobresaltara.

—¿Qué pasa? —le pregunté yo también con agitación.

—Ahí fuera... hay algo. ¿Lo veis?

Dariusz señaló hacia una dirección.

—¡Es verdad!

Era como una luz. Un pequeño foco de luz. De poca intensidad y del tamaño de un puño, pero lo veía. Se encendía y se apagaba intermitentemente.

—¡Katie! ¡Katie! —empecé a gritar histérica.

Me acerqué al muro invisible y lo golpeé como si pudiera derribarlo. Seguía gritando su nombre.

—¡Estoy aquí! ¡¿Me ves?! ¡Katie, joder!

Comprobé la cobertura de mi móvil. Cero patatero.

Estaba desesperada.

Dariusz me agarró por detrás y me tapó la boca.

—Shhhh. ¡No grites así! Pueden descubrirnos.

—Joder, es justo lo que quiero que pase.

—Tu amiga no.

Me giré y escuché la inmensidad del silencio que rodeaba todo el bosque, todo el pueblo.

—Es la única manera —dije con los ojos vidriosos.

Cuando me giré para seguir mi intento desesperado para llamar la atención de mi amiga, el foco de luz ya se había apagado, desaparecido.

—Se ha ido. Se ha... ¡¡Katie!! ¡Katie, estoy aquí! No te vayas. No te vayas, por favor, estoy aquí...

Me derrumbé en el suelo. Los chicos me agarraron para que no me hiciera daño. Comencé a llorar.

No había funcionado. Estaba atrapada oficialmente aquí.

Pero eso no era lo peor. Lo peor estaba por llegar.

Una gran llama se iluminó en lo alto de la torre del Palacio.

Cuando los chicos lo confirmaron, abrieron los ojos con terror y tragaron saliva.

—*¡Gówno!*

—*Kurwa.*

—¿Qué pasa? Si algo he aprendido es que cuando decís esas palabras raras va a suceder algo malo.

Pawel señaló hacia arriba. Se veía perfectamente el fuego.

—¿Qué significa eso, nos han descubierto?

—*La antorcha real. Cuando prende significa que...*

—Estamos jodidos.

Me sorprendió lo rápido que estaba aprendiendo Dariusz mi jerga. Dicen que lo primero que aprendes de un idioma son los insultos.

—La Reina Bruja ha regresado. Es la forma que tienen desde Palacio para comunicarnos que la soberana vuelve a estar con nosotros.

—*No solo eso. Es una convocatoria.*

—¿Qué quieres decir?

—*Por decreto real, cuando la Reina Bruja regresa de un viaje, a través de la Llama del Fénix, todos los habitantes de Zamożni estamos convocados de manera obligatoria a asistir a la Asamblea. Todo el pueblo, junto con la Reina Bruja y todos sus oficiales, se reúnen en la plaza, para comprobar que todo sigue igual, tal como lo dejó.*

—Y cuando dice que todos tenemos que asistir... me refiero a TODOS.

—*Aquel que falte a una Asamblea recibirá un castigo severo.*

—Bueno, pues nada, por fin la voy a conocer.

—¡No! ¿Qué dices? Tú te quedarás en casa escondida.

—*A salvo.*

—Y una mierda. No pienso quedarme en casa encerrada con las manos cruzadas. Si esa mujer es la que maneja el cotarro aquí... tengo que conocerla. Puede que tenga respuestas para mí.

—Ava, es muy peligroso. No sabemos lo que puede hacerte.

—Tranquilos, tranquilos. Me pondré esa estúpida batamanta y la almohada en la barriga. Soy Franceszka Starek, de los Starek, maldecidos en la cuna con la juventud, ciudadana de Zamożni.

Solo me faltó decir *Madre de Dragones*.

—Y voy a por todas... Bruja.

Capítulo Nueve

El canto del gallo me despertó de buena mañana. Os lo juro, eran las 5:43 según mi móvil. Esto no es normal.

Pero lo que más me dejó estupefacta no fue eso. Fue comprobar que estaba en la misma cama que Dariusz.

¡Había dormido toda la noche con él!

La verdad es que no me acordaba de nada porque me pudo el cansancio, la tristeza, la decepción y el impacto de tantas novedades juntas, y me quedé durmiendo en cuanto entré en casa de los Starek y me senté en una silla del comedor para descansar «un poquito».

—Ya te has despertado —me dijo él con un tono de voz suave y cariñoso.

Yo me tapé la cara de inmediato, en un gesto instintivo. Estaría feísima: legañas, ojeras, los pelos como una loca, la cara sin lavar, el aliento matinal y todo eso.

—¿Qué?... ¿qué ha pasado? —pregunté con la voz aún ronca y tapándome la boca de cloaca.

—Nada, que no había más camas en la casa. Sólo hemos dormido, si te preguntas eso. Te lo aseguro porque no parabas de roncar.

Le pegué un puñetazo en el hombro.

—Serás gilipollas.

Dariusz se frotó el hombro extrañado.

—¿Qué pasa? ¿Te he... ofendido? No lo entiendo. En nuestro pueblo, roncar es de buena educación. Quiere decir que el día te ha cundido y no lo has desaprovechado.

—Bueno, visto así. ¿Y Maja? ¿Dónde...?

—La pusieron en la cuna con el pequeño Lukasz en cuanto cayó redonda. Por cierto, tenemos que trasladarla aquí de inmediato, antes de que se despierte. No puede saber que tú has dormido aquí, y ella en la cuna, y yo contigo y... bueno, que se enfadaría mucho y su maldición podría traicionar su razón.

—Otra vez —recalqué.

Dariusz pareció hacer oídos sordos a esto último y se deshizo de su parte de la sábana, incorporándose de la cama.

Desnudo. Había estado durmiendo desnudo. A mi lado. Toda la noche.

Sus dos glúteos parecían estar observándome como dos grandes pupilas.

Yo me tapé los ojos y grité.

—Oh. ¿En vuestra sociedad también os molesta la desnudez? Es lo más natural que existe, después de la propia vida y la muerte.

—Eh... bueno... la de gente que conoces de apenas unos días, pues sí, un poco.

—Qué extraños sois.

De repente, me di cuenta de algo. ¿Y si yo también estaba desnuda? Me tapé hasta la cabeza con la sábana y miré hacia abajo. Suspiré aliviada, me metieron en la cama aún con la ropa de ayer.

—He procurado respetar tus tradiciones —me dijo sonriéndome mientras se alejaba exhibiendo su fibrado cuerpo desnudo—. Levántate ya, vamos a hacer el intercambio de inmediato y necesitamos ese hueco de mi cama. Y luego a desayunar. Hoy nos espera un día duro.

Me levanté pensando en muchas cosas y ninguna era de las que realmente importaba: ¿cómo se lavarán los dientes aquí?, ¿me tendré que duchar fuera, en el pozo, con el frío que haría?, ¿qué ropa me voy a poner (la que tengo está sucia)?, ¿secador de pelo, como que tampoco, no?

¡Díos mío! Estaba perdidísima. Busqué a Franciszka para que me aconsejara en todas estas cuestiones.

Al parecer, la Reina Bruja era muy intolerante al mal olor. Por lo que —al contrario de cómo se vivía realmente en la Edad Media, donde la gente se duchaba una o dos veces al año a lo sumo y la higiene era algo tan inexistente como el iPhone— la Reina Bruja hizo una gran campaña oficial para poner remedio a esta lacra social entre sus súbditos.

Repartió de forma gratuita a todos los ciudadanos un *kit* esencial de higiene personal con unos utensilios que, hasta el momento, les eran completamente desconocidos y habían sido diseñados por ella misma y confeccionados por los artesanos del pueblo bajo sus directrices: unos cepillos de dientes hechos con madera y cerdas de jabalí; un líquido para untar el cepillo (una mezcla de agua, sal marina y aceite de coco); peines que eran trozos de madera con púas; un jabón artesanal (cuando descubrieron la existencia del invento llamado jabón, sus vidas cambiaron para siempre), a una pieza grande por familia y por mes; o muestras de perfumes naturales con

aromas fuertes y perdurables. También impuso algunas obligaciones por ley, como la de ducharse al menos dos veces por semana, limpiarse el trasero después de cada deposición (sí, antes no lo hacían, qué asco), cambiar las sábanas cada semana o lavar la ropa cada dos días.

Parece que la Reina Bruja también ha hecho cosas buenas. De todos los dictadores se dice eso.

Pero esto me lleva a pensar una cosa: esa Bruja conoce nuestras costumbres, las del mundo exterior. Es más, diría que se ha aclimatado tanto a ellas que decidió adaptarlas aquí. La Reina Bruja cuando sale del pueblo... sale a mi mundo. Conoce mi mundo. No sé qué hará ahí o quién será... pero ella tiene todas las respuestas que yo necesito.

Esta gente vive aislado de ese mundo, pero ella no. Y quiero saber cómo lo hace y si yo también puedo hacerlo.

Mientras Franciszka me preparaba todo lo imprescindible para acicalarme, vi como Jakub y Dariusz llevaban a volandas el cuerpo yacente de Maja, que aún estaba durmiendo a pierna suelta. El sedante que le brindó la abuela era muy potente.

La llevaron hasta la habitación de Dariusz y la metieron dentro de su cama. La taparon con la sábana y esperaron a que se levantara... ¿se levantaría? Yo no las tenía todas conmigo.

Dios bendiga la higiene corporal. Ahora ya me sentía completamente limpia y fresca. Me imagino cómo debían vivir antes y no podría soportarlo. Esto es algo que las películas y series de época no hacen especial hincapié.

Franciszka me prestó otra de sus túnicas (¿cuántas túnicas podía tener una persona en su armario?), esta de color beige y con unos bonitos bordados. Pero aún así, parecía el vestuario de una fugitiva. Ojalá la Reina Bruja hubiese importado también el tinte de pelo, así podría haberme ahorrado esta prenda que me daba tanto calor, pero que me tapaba el pelo y disimulaba mi falso embarazo, que era para lo que servía.

—¿Mi pastelito? ¿Dari?

Maja se despertó al fin. El recogido se le había deshecho por completo y tenía el pelo como si le hubiera atacado una manada de lobos.

Salió por la puerta de la habitación con unas pintas que no se las deseo ni a mi peor enemiga. Estábamos todos en el comedor desayunando. Más bien devorando.

—Oh, buenos días por la mañana a todos los presentes —dijo ella con educación, casi cantando la frase como Blancanieves.

Se acercó a la mesa y se sentó en la silla que habíamos dejado estratégicamente vacía al lado de Dariusz.

—Hola, cariñito.

—Buenos días, Maja —le dijo él con los huevos en la boca.

Me refiero a los huevos fritos que les había preparado para desayunar a la familia Starek. Les encantó esta nueva receta culinaria inédita por estos lares. La abuela me felicitó y todo. Ya me sentía ganadora de *Master Chef*.

—Qué bien hemos dormido, ¿verdad, amorcito? —le insinuó ella, cogiéndole del brazo mientras me miraba por encima del hombro sin disimulo.

—Eh. Sí, sí.

Maja probó los huevos de su plató y se quedó maravillada por su exquisito sabor.

—¿Qué... qué plato es este? Está delicioso. ¿Lo has hecho tú, *nana*?

—En realidad, lo ha cocinado Ava —señaló la abuela con orgullo.

—Oh... no está mal —se notaba la decepción en su tono de voz—. Aunque pringa mucho. Me he manchado el vestido.

—Quizás es que no comes con cuidado —le dije con una impostada amabilidad.

—Bueno, Maja, hija... —interrumpió Franceszka después de que Maja me dirigiera una mirada de odio—. Tendrás que ir a tu casa corriendo para cambiarte. No vas a ir a la Asamblea así, desaliñada y con tu ropaje mugriento.

—¿Cómo que... la Asamblea? —respondió con sorpresa.

—Sí, la Reina Bruja regresó ayer por la noche. Estamos todos convocados —informó Honorata.

—¿¿¿Qué!?? —exclamó arrastrando la silla hacia atrás y levantándose de golpe como si hubiera visto una cucaracha—. ¿¿Y por qué no me habéis avisado antes?!

—Estabas durmiendo tan plácidamente —dijo el padre de Dariusz.

—Uff, siento que he dormido tres días seguidos, pero es que estaba tan a gusto al lado de mi amorcito —dijo tocándose primero la espalda dolorida y después el hombro de Dariusz—. Tengo que... prepararme para la Asamblea. Tengo que arreglarme, elegir un vestido idóneo para la ocasión, peinarme. ¡Maldición! No sé si llegaré a tiempo.

Maja comenzó a correr hacia la puerta con prisa.

—Lo siento, me voy. Gracias por acogerme, señora Starek. ¡¡Nos vemos en la Asamblea!!

Cuando estaba abriendo la puerta de salida, se acordó de algo repentinamente, y volvió corriendo hacia la mesa dando saltitos. Se puso detrás de la silla de Dariusz y agachó la cabeza, dándole un beso en la mejilla.

—Hasta luego, mi pastelito de amapola.

Luego giró la cabeza dirigiéndose a mí:

—Y a ti, si no nos volvemos a ver más, que será lo más seguro... hasta nunca, Pava.

—Ava.

—Ah, eso. No se me ha quedado tu nombre. Es que tu presencia entre nosotros ha sido tan fugaz —suspiró.

Ahora sí, salió corriendo por la puerta, como si fuera a perder el metro.

—¡¡¡Adiós, familia!!!

Tanta paz llevaba, como descanso dejó.

Nos miramos entre todos en la mesa. Yo encogí los hombros. Al segundo, seguimos comiendo mis deliciosos huevos fritos con un hambre voraz.

Al salir por el camino de la parcela de los Starek, nos encontramos a Pawel y a su familia, que consistía simplemente en su padre y su madre. Los tres se comunicaban únicamente a través de la mente. Debía de ser una familia muy divertida.

Así, los Cizza y los Starek al completo y yo nos dirigimos caminando hasta la plaza del pueblo, donde se celebraría la Asamblea. Y donde conocería por primera vez a la Reina Bruja, que no sabía ni qué aspecto tenía.

Espero que ella tampoco me reconozca. Supongo que al estar sentada entre cientos y cientos de personas no tendría por qué. Ni que fuera Wally.

Franceszka se había quedado en casa mientras que yo le iba a suplantar la identidad (una vez más) en la Asamblea.

Mientras todos charlaban con todos, Dariusz y yo hablábamos entre nosotros en privado.

—¿Cómo estás tan seguro de que Maja no dirá nada en la Asamblea sobre mí?

—Porque estoy seguro. Ella me ha hecho una promesa.

—¿Y tú, qué le has prometido a cambio?

Dariusz se quedó en silencio un rato.

—¿Realmente te importa?

—Eh, ¿por qué eres tan borde de repente?

—No sé... tú estás deseando irte. Lo harás, tarde o temprano. Y yo

tendré que seguir aquí. Así que tampoco te importa mucho lo que haga o deje de hacer, ¿no?

La respuesta de Dariusz fue muy cortante. Estaba enojado conmigo. Porque yo quería irme, por no darle una oportunidad, porque lo nuestro nunca sería una realidad si yo me voy de aquí. En el fondo, lo comprendía, y por eso tampoco me enfadé con él tanto como hubiese querido.

—Dariusz, yo... me importas. De verdad.

—Claro... —respondió con un tono apagado.

¿Por qué era tan difícil irme de aquí? Y no me refiero a la Frontera invisible que me lo impedía físicamente, me refiero a que mi conexión espiritual —o cómo quieras llamarlo— con Dariusz hacía que realmente fuera doloroso tomar una decisión así. Que, por otra parte, tendría que ser lo más normal. Querer volver a mi mundo, donde pertenezco. Vamos, digo yo.

Ya no volvimos a hablar durante el camino. Él estuvo en silencio pero hablando telepáticamente con Pawel y yo bromeé con Jakub sobre si le hacía tilín Maja.

—¡Pero qué dices! Además, que no puede ser, cuando sea mi cuñada tendré que mirarla con otros ojos —soltó entre risas.

—¿Cómo *cuñada*?...

—Eh... vaale, supongo que Dariusz no te lo ha contado... y yo soy un bocazas y no debería haber tomado la bota entera de hidromiel.

—¿Maja y Dariusz...? ¿Desde cuándo?

—Mira, yo no te lo debería haber dicho. Pero Dariusz le dijo a Maja que si no te delataba ante la Reina Bruja ni ante nadie él haría lo que fuera...

Yo esperé con expectación y miedo el remate final mientras giramos por un caminito.

—Y ella le hizo prometer... que se casarían.

Y en esa esquina me maté.

Observé a Dariusz con melancolía.

¿Por qué cuando encuentro —al fin— al hombre adecuado, este no pertenece ni siquiera a mi mundo ni a mi tiempo?

El amor debería ser fácil. Y no algo tan complicado como lo que en realidad es.

Capítulo Diez

La plaza estaba abarrotada de gente, no cabía ni un alfiler en el poco espacio que sobraba. Hacía un sol magnífico y yo me estaba asando de calor. Preferiría estar en la playa con un mojito en la mano.

Habían muchas, muchísimas sillas. Más que en un videoclip de Adele. Como en esos conciertos al aire libre en los pueblos, en el improvisado foso del terreno se habían colocado hileras de sillas, divididas en dos zonas separadas por un pasillo central. El escenario estaba situado frente el público, consistente en una tarima larga y ancha de madera. Varios estandartes decoraban el terreno. En mitad del escenario, un trono. No como el que imaginamos, tipo *Juego de Tronos*; este era una especie de butaca con un respaldo alto e imponente fabricado en oro (o bañado, tampoco lo sabría certificar, no soy una experta en la materia) con los reposabrazos a lo largo de todo el asiento, que era rojo, así como el respaldo. A sus pies, descansaba un dosel también rojo sostenido por cuatro varas doradas. Detrás del trono, caía una gigantesca lona de color carmesí con un emblema (suponía que de la Casa Real).

Habían muchos oficiales de la guardia palatina, con sus armaduras plateadas. Tanto encima del escenario como repartidos a lo largo del pasillo central. La seguridad estaba bien cubierta.

Los habitantes de Zamożni estaban casi todos reunidos ya en la plaza, de pie, al lado de las sillas que habían elegido para ellos. Suponía que algunos habían llegado a primera hora de la mañana para reservar la mejor butaca, como en las piscinas de los hoteles.

Otros hacían corrillos y charlaban sobre la Reina Bruja, sobre qué habrá hecho en su nueva escapada al exterior y otras cuestiones trascendentales en un pueblo (que no sé cuáles serían, sin televisión ni Internet). Aunque lo más seguro es que estarían cotilleando sobre sus propios vecinos. Sobre todo de mí, no de yo misma, sino de Franceszka, la revolucionaria. Si la volvería a liar otra vez como en la última Asamblea. Estad seguros de que sí.

—Franceszka, querida. Cómo me alegro de verte de nuevo.

No me quería. No se alegraba de verme. Era Brunon, el del mercado, el maldecido con la mentira perenne en su boca. Me dio dos besos y yo se los devolví fingiendo amabilidad. Ahora sabía cómo se sentían las Kardashian cuando se saludaban cada día entre ellas.

—Sí, estamos aquí todos impacientes por conocer tus opiniones —me dijo una avestruz.

No, no estaba loca. Una avestruz me estaba hablando, mirándome fijamente con sus grandes y vivarachos ojos castaños, con unas pestañas más largas que las de una *drag-queen* y su pico cerrado otorgándole una expresión en la boca como la de una mujer mayor sin dientes y enfadada con la juventud de hoy en día. Medía más de dos metros y su cuello era largo e imponente. Yo estaba realmente acojonada pero intenté disimular mi miedo y mi asombro.

—*Es la señora Beatryz, de los Jaja. Es... una familia muy especial. Si ves más aves parlanchinas por ahí, son ellos. No te preocupes... no muerden* —me dijo Pawel sentado varios metros más allá, observándome como una madre a su hija en el tobogán del parque.

Yo sonreí con nerviosismo y asentí mirando hacia arriba.

—Sí, bueno... cuentan todas las opiniones, ¿verdad? Vosotros también os podéis expresar con total libertad, si lo deseáis.

—Pero dichas con tu voz cobran más relevancia, Franceszka, ya lo sabes —me respondió la avestruz.

Mi abuelo tenía una enciclopedia de animales y cada vez que íbamos a su casa la tomaba prestada, me encerraba en su despacho y me ponía a leer sus páginas. Sé que es el ave más grande y con más peso del mundo, pero eso saltaba a la vista. Si se ven acorralados, pueden atacar con sus fuertes patas usando sus garras como armas. A mí siempre me habían dado mucho miedo aunque nunca antes había visto una de carne y hueso... hasta ahora. Y menos una avestruz que hablara y que tuviera pensamientos políticos anarquistas.

—¡Cuidado! —la señora Jaja me rodeó con su largo cuello apartándome unos centímetros de donde estaba.

Pasó un señor con unas ojeras prominentes y con ojos saltones y tristes, caminando con desgana. Se tropezó y cayó al suelo, luego se levantó y chocó contra una silla y volvió a caerse. Después logró sentarse en una silla pero esta se rompió. Se quedó en el suelo sentado pero una insistente abeja no paraba de zumbear alrededor de su cabeza hasta que le picó en la nariz. Él se intentó dar un golpe en su nariz para espantarla con tan poca precisión que se lo dio en el cuello y comenzó a asfixiarse. Al recuperar el riego de oxígeno,

suspiró hondo y se tragó la abeja.

Las personas que estaban sentadas alrededor de él se levantaron de sus butacas y se sentaron unos metros más alejados.

—*Dany Chamura. Maldecido con la mala suerte. Allá donde va, algo le pasa. Y, si se descuidan, también a los de su alrededor.*

La avestruz me liberó de su nudo y yo le di las gracias, observando al pobre Dany, solitario y constantemente en peligro de muerte. Parecía que tenía la peste. A mí me daba pena.

—Qué fastidio. Con la tontería de su maldición, siempre consigue el mejor sitio de todos —protestó Koso, el chico que siempre decía la verdad, pasando de largo—. ¡Malos días a todos! Vamos a perder un poco el tiempo con esta inútil Asamblea que no sirve para nada. Por suerte, Franceszka Starek soltará uno de sus discursitos subversivos y la Reina Bruja se enfadará con todos nosotros, dejándonos otra vez sin teatro o cualquier tipo de esparcimiento —dijo en voz alta para que lo oyera todo el mundo, especialmente yo.

Por lo que supe, Koso era el mejor actor del pueblo. Se sentía realmente libre cuando tenía que recitar una obra y soltar por su boca las palabras de otra persona, eran los únicos momentos en los que podía mentir. Y se le daba tan bien actuar porque aunque el texto fuese ajeno a su persona, él tenía que seguir diciendo la verdad, a través de ese personaje. Por lo que básicamente era la Meryl Streep local.

Y por lo que se veía, la Reina Bruja canceló cualquier tipo de espectáculo público después del discurso de Franceszka en la última Asamblea, y por eso el hombre estaba tan enfadado con ella, conmigo.

—No te preocupes, Franceszka. Nadie piensa que por tu culpa la Reina Bruja nos esté castigando. Eres una inspiración para todo Zamożni. Ojalá todo el mundo pensara como tú —escudó Brunon, cogiéndome de la mano para consolarme. Estaba claro que él no iba a ser mi aliado. Era un vasallo fiel a la Reina Bruja. No tenía que fiarme ni un pelo de él.

Ví acercarse a otra ave, esta vez una que hizo que huyera como si me atacara un dinosaurio. Era un poco más pequeño que la avestruz, pero aún así medía sus buenos dos metros, con un plumaje negro que parecía pelo, la piel de la cara azul, con dos colganderas rojas que parecían chorizos, y una cresta en la cabeza como un cantante de *punk*. Y unas fuertes patas con unas garras largas y afiladas que podían cortar cabezas.

Era un casuario y según lo que recordaba de la enciclopedia de mi

abuelo: el ave más peligrosa del mundo. Alcanza los 50 kilómetros por hora, puede saltar casi dos metros y puede matar a un ser humano con sus afiladas garras. Una máquina de matar.

Y también era el marido de la señora Jaja, que lo recibió con cariñoso entusiasmo.

Y detrás de él le seguían otras aves más pequeñas: un emú (como un avestruz pero más pequeña), una gallina vieja, cuatro patitos en hilera (de los domésticos), un kiwi (el pájaro, no la fruta: diminuto, redondito, una mezcla de un pato y una rata) e incluso ¡un pingüino! Esto casi parecía el Arca de Noé.

Pawel se partía de la risa con mis reacciones.

—Explícame el origen de esta granja de animales —le pedí a Pawel mientras me recuperaba del susto, caminando con disimulado pavor hacia donde estaban los Starek y los Cizza sentados, por las últimas filas.

—*Los primeros Jaja de Zamożni intentaron escapar del pueblo. Por el cielo. Inventaron una especie de máquina voladora con alas para alcanzar el cielo y escapar por la parte superior de la cúpula. Aparte de fallar estrepitosamente con su plan, la Reina Bruja los maldijo en consecuencia: a partir de esa misma generación, serían aves que no pueden volar alto. Cada Jaja que nace es maldecido transformándose en un ave que no puede volar, que es lo peor que le puede pasar a alguien que posee alas pero no puede utilizarlas para surcar el cielo y alcanzar su sueño.*

—¿La Reina Bruja se divierte con sus maldiciones, no?

Por el camino hacia mis amigos, me topé con Margisia, la mujer con la que me encontré en el mercado y que apoyaba mi causa.

Procuré no saludarla con la mano para no vivir una experiencia similar (¿recordáis?).

—Holaa, Franceszka. ¿Qué tal, cómo lo llevas? —me saludó con efusividad, refiriéndose a mi (falso) embarazo.

—Oh, muy bien. Cualquiera día exploto —bromeé, aunque no lo pillara —. ¿Y tú, qué tal? ¿Cómo está tu marido... Patryck?... —finalicé dudando del nombre.

—Muy bien, muy bien. Ahí, sentado en las primeras filas estará, ahora iba yo también...

—Qué bien. ¿Y los niños? Aron, Ani-ta, ehm, Armani... ehm... tus hijos en general —no recordaba sus nombres pero recordaba que tenía como 500 o por ahí.

—Bien, bien, crecen y no te das cuenta.

—Ah, que han crecido... desde ayer. Qué bien. Eh... —tenía muy presente su maldición. No quería estar atada a esta conversación para el resto de mi vida y la pobre Margisia tenía que estar improvisando hasta que yo le dijese la palabra mágica—: Gracias, Margisia. Gracias por todo, *gracias por la música y las canciones* y gracias por existir.

La despedí con una sonrisa y suspiré aliviada cuando se fue sin captar mis referencias envueltas en ironía.

Cuando me vieron venir, Jakub levantó un brazo y me señaló una silla al lado de la suya que había estado reservando para mí. Daba al pasillo central y Dariusz estaba a cinco asientos más a la izquierda, evitándome la mirada.

Me senté fingiendo que me costaba, agarrándome la panza por debajo como hacen las embarazadas de verdad. Igual exagerando un pelín.

—*Bueno. Ya he socializado un poco con los lugareños. Una gente muy particular, no cabe duda.*

Toda la gente estaba ya sentada. Parecían notar que el momento se acercaba por los preparativos que estaban haciendo los oficiales asistentes en el escenario.

—*Ah, y gracias por las indicaciones mentales. Siempre eres de gran ayuda, Pawel* —le dije telepáticamente levantando el dedo pulgar. Un gesto que parecía no entender y que me devolvió, sonriendo y asintiendo con la cabeza, aunque con una composición equivocada: con el dedo medio, cosa que él tampoco sabía lo que significaba pero a mí me hizo gracia.

—*¿Qué, nuestro amigo aún sigue enfadado?* —le dije también, refiriéndome a Dariusz.

Pawel se encogió de hombros.

—*Dale tiempo. Él solo quiere lo mejor para ti. Es una buena persona, ya lo sabes.*

—*Y también sé que es un cabezota.*

Pawel se rio dándome la razón con la cabeza.

Se bajó del escenario, ayudado por otros oficiales, un señor muy gordo, vestido con un birrete plano negro con plumas blancas, una jubón acuchillado y calzas amplias y sueltas, con unas medias negras y unos zapatos blancos de pico de pato. Sostenía un libro viejo y desgastado, encuadernado con piel, y una pluma en su mano, con la que iba tachando nombres, mientras se paseaba por el pasillo central mirando hacia los dos lados de cada fila, como una azafata de vuelo recontando a los pasajeros.

—¿Está todo el mundo? —iba diciendo, mojándose la lengua todo el rato.

Cuando llegó al final del foso, comprobó de nuevo la lista y resopló.

—¿Señorita Maja? ¿Maja Anuk? —gritó con una voz potente que se escuchaba desde cualquier lugar—. Señora Anuk, ¿dónde se ha metido su hija? —le dijo a la que, intuía, era la madre de Maja, sentada al lado de su familia en las primeras filas. Esta dibujó una leve sonrisa sin enseñar los dientes.

—No lo sé, señor Notario. Se estaba peinando cuando nosotros salimos.

De repente, se oyó un grito lejano. Una mujer venía corriendo vestida con un corsé de color verde esmeralda, con la falda amplia y pomposa del mismo reluciente color, a juego con los guantes, que sujetaban un elegante chal blanco de seda. No le había dado tiempo a hacerse uno de esos elaborados tocados que tanto parecía gustarle, pero tenía la larga melena rubia bien peinada y brillante, cayéndole en bucles por los hombros con suntuosidad, acompañando a un delicado collar con una joya turquesa.

—Holaaaaa. ¡Lo siento mucho, señor Notario! ¡Ya estoy aquí! —gritaba con una vocecilla dulce y empalagosa.

El Notario chasqueó la lengua y tachó su nombre de la lista para volver al escenario a trompicones, pues era tan gordo que le faltaba el aire.

Maja caminó por el pasillo central como si fuera la propia Reina, o una modelo de pasarela en el desfile de Armani Privé. Saludaba a todo el mundo como si fueran todos sus amigos. Menos a mí, que ni me dirigió la mirada. Cuando pasó por mi fila agitó la mano para saludar efusivamente a Dariusz, que le devolvió el saludo avergonzado.

—¡Holaaa, pastelito de amapola!

Ella siguió pavoneándose como una estrella de Hollywood en la alfombra roja de los Oscars. Era la diva de Zamożni. Cuando llegó a la fila donde estaban sus progenitores, se sentó en la silla que le habían reservado.

—¿Ahora sí? —insistió el Notario, esperando que cesara su espectáculo.

—Lo siento por la tardanza.

—Chica, estás fabulosa —le dijo una mujer sentada a su lado, con un pelo tan largo que estaba recogido en un moño alto que medía casi tanto como ella. Me apiado del pobre espectador que le haya tocado a Marge Simpson en el asiento de delante.

—Gracias.

—Y ese vestido. Precioso.

—¿Sí? Lo primero que he encontrado.

—Pues estás radiante.

—Gracias, cielo. Me he levantado así.

Se me vino a la mente la canción *Flawless* de Beyoncé —"*I woke up like this...*"— y la tararé dentro de mi cabeza.

—¿*Qué dices?* —me dijo Pawel con extrañeza.

—*Ay, lo siento. No sabía que estabas escuchando* —le contesté avergonzada, aunque no sé de qué, porque en mi cabeza afino hasta la última nota y tengo la misma voz que Beyoncé, y eso es lo que él habrá captado en su mente.

Cuando todos se mantuvieron al fin en un sepulcral silencio, el Notario inspiró fuerte y le hizo una señal a un oficial, que estaba delante de unos soldados que se pusieron unas trompetas enormes en la boca.

Los soldados tocaron al unísono una melodía ceremoniosa con las cornetas y todo el mundo se puso en pie. Yo me levanté con retraso, pues sus tradiciones me pillaron desprevenida.

—Habitantes de Zamožni —el Notario gritó dejándose los pulmones. Se puso erguido y con la espalda tan recta como pudo—. Con todos ustedes... tenemos el privilegio de contar hoy con la gloriosa y bendita figura de...

Yo tragué saliva. Para mí era como conocer a Madonna. La mujer más famosa del mundo, de la que todo el mundo alguna vez me había hablado aunque yo creía que no existía (o estaba muerta) y ahora la iba a ver en persona. Estaba muy nerviosa. Y sudaba como una cerda.

—LA REINA BRUJA DE ZAMOŽNI, SU MAJESTAD ELA.

Ella.

Capítulo Once

El Comandante Augusto presidía la comitiva con la misma ostentosa armadura que llevaba puesta en nuestro último encuentro (seguramente no se la quitaba ni para dormir), dando unos exagerados pasos militares mientras avanzaba con poderío.

Detrás de él estaba la Reina Bruja, y a la zaga una decena de soldados de la guardia palatina, velando por su seguridad.

Los habitantes de Zamožni arrancaron a aplaudir y a vitorear, como si fuera una Reina del Pop en uno de sus conciertos, aclamada por sus fans. Gritos de "guapa" y "Reina" que me estaban dando algo de vergüenza ajena. Los ciudadanos estaban realmente subyugados al poder de esta persona para celebrar así su llegada, a pesar de que era la culpable de todos sus males. ¿O no era así? ¿Era querida a la par que temida? Como un dictador de muchos años de una república bananera. Parecía tener una relación complicada con su pueblo, como la que tuve con mi ex.

Pero volvamos a lo que realmente importaba: ella.

La Reina llevaba su rubio y fino cabello recogido hacia atrás con una diadema de oro y perlas. El cuello lo tenía engalanado con una de esas incómodas piezas de lino almidonado blanco que había visto en los retratos de la realeza antigua, tan exagerado que le cubría hasta las orejas, como un perro operado con un collar isabelino, pero llevándolo con más dignidad. Sobre el pecho, un colgante de diamantes rematado por un gigantesco y brillante zafiro, y un collar de perlas que le caía hasta la cintura. El vestido era una larga y lujosa saya en tonos negros con bordados dorados, con unas enormes mangas que arrastraba junto a su falda.

Pero suficiente con su *look*, por mucho que lo admiré hasta que se me rompieron las membranas oculares (en la gala de los MET habría triunfado).

Sus ojos.

Eran de un color verde esmeralda, los más verdes que nunca haya visto. Las envidiosas dirán que son lentillas de lo irreal que parecían. Su mirada era dura y penetrante, como el mordisco de un cocodrilo. Parecía que te estaba perdonando la vida con solo mirarte.

Su boca parecía no abrirse nunca, su expresión era seria y consecuente con la parálisis del resto de músculos de su cara.

Su piel lucía tan blanca como mis ojos cuando algo me parecía ridículo. Como en ese momento presenciando su entrada triunfal en la plaza de *Paletolandia*.

No era joven y lozana como los Starek pero dentro de su madurez, era una mujer muy bien conservada. Y bella. Una belleza gélida como un muñeco de nieve hecho por un escultor.

Podría pasar como una supermodelo retirada de los 90 y esta su vuelta a las pasarelas.

La Reina Bruja iba caminando muy lento, entre lo incómodo que era su vestido para andar y los pasos cortos que daba el Comandante Augusto para avanzar.

Conforme desfilaba por el pasillo, el público intentaba tocarla y le gritaban cosas, y los soldados se afanaban en contener a los efusivos plebeyos.

Cuando pasó por mi fila, se paró de sopetón, interrumpiendo la marcha. Me miró entornando los ojos y luego se acercó a mí. Los soldados se pusieron delante para protegerla, pero ella les mandó que se apartaran con su eléctrica mirada.

Estaba a un palmo de mí. Todo mi cuerpo estaba temblando, pude notar cómo mis células eran atraídas por su campo magnético.

—Hola, Franceszka. Cuánto tiempo sin vernos, ¿verdad?

Su voz tenía siempre la misma afinación y cadencia, ni una palabra se escapaba de la escala de notas. No hablaba en voz alta, pero tampoco en un susurro. Su tono era firme a la vez que apacible.

Yo me quedé mirándola fijamente durante unos segundos, sin reaccionar, paralizada por la impresión.

—*Ava, contesta.*

La voz en mi interior de Pawel me despertó de la obnubilación. ¿Por qué ejercía ese efecto hipnótico sobre mí? ¿Sería igual con todos los demás habitantes de este pueblo?

—S-sí. Mucho.

La Reina Bruja sonrió, o eso parecía. Porque su boca siempre dibujaba una línea fina inquebrantable, como la Frontera.

Ella me miró la barriga con curiosidad.

—¿Cuánto te falta?

Otra vez. Qué manía tiene la gente en preguntar eso cuando ve a una

mujer embarazada.

—Ehmm... estoy a punto. Días. Horas. No lo sé. Parece que... estaba esperándola, mi Señora —dije en broma. Y para certificar que estaba de guasa sonreí exageradamente.

La Reina Bruja emitió un sonido seco con su garganta que me pareció un atisbo de risa, una pequeña demostración de su humanidad y de que la chanza le había hecho gracia.

—¿Cómo me lo iba a perder? Estoy deseando maldecir a este nuevo ser que crece en tu interior.

Y levantó su mano dirigiéndola hacia mi barriga. Pretendía tocarla. Y si lo hacía, lo único que notaría sería una almohada muy blandita.

Así que yo me retorcí antes de que pusiera su mano encima.

—Oh, lo siento. Es una contracción. Últimamente tengo bastantes.

Me protegí la barriga y me senté fingiendo dolor. La Reina Bruja guardó su mano.

—Está deseando salir. Lo entiendo. Se está tan bien fuera —dijo esto último con nostalgia—. Dile a tu bebé que nos vemos pronto.

¿Qué? ¿Eso iba con segundas?

Y sin dirigirme la mirada, se volvió y continuó su multitudinaria marcha.

Empecé a jadear, se me estaba escapando el oxígeno por la boca. Como si estuviera embarazada de verdad, pero no lo estaba fingiendo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. *Esa mujer... me produce escalofríos.*

—*Pues ya eres oficialmente una habitante de Zamožni* —sonrió desde su silla.

La Reina Bruja se paró en un par o dos de ocasiones más con otros habitantes, preguntándoles cosas, como una carismática presentadora de un *talk-show*. Al menos así supe que no era nada personal, que no me había descubierto, como me había dado la sensación por un momento.

—¿Cómo estás, Brunon? —le preguntó la Reina Bruja al frutero.

—Estoy feliz de encontrarme hoy aquí, mi señora.

—Ya lo veo, ya.

Cuando ya llegaron al pie del escenario, los soldados de la comitiva real se acercaron y realizaron una formación, poniéndose a cuatro patas y uno encima de otro, formando una escalera humana.

El Comandante Augusto cogió de la mano a la Reina Bruja y la ayudó a subir por la escalera humana con cuidado para que no se cayera.

Desde mi posición vi las caras de los pobres soldados y cómo les temblaban todos los músculos. ¿No habría sido más fácil construir unas escaleras de madera de verdad? Todo por la ostentación de poder ante su pueblo.

Cuando por fin subió al escenario, llegó a su trono y levantándose un poco la saya logró sentarse en él. El Comandante Augusto se puso a su lado de pie y en posición firme. Los pobres soldados se posicionaron a lo largo de la parte baja del escenario, con las lanzas levantadas.

La gente se sentó en sus sillas y dejaron de cuchichear.

Un oficial se salió de su posición y se acercó de forma cohibida al trono, sin querer hacerse notar. Se puso de cuclillas a un lado y la Reina acercó su mano a la cabeza del joven oficial y se la puso encima, como si fuera la palanca de cambios de un coche.

La Reina Bruja carraspeó.

—Habitantes de Zamožni.

Su voz se proyectaba por toda la plaza como si estuviera hablando con un micrófono. Algo me decía que el joven oficial agachado cuya cabeza estaba siendo manoseada por la Reina Bruja y su peculiar maldición tendría algo que ver.

—Ya estoy aquí.

El público aplaudió a rabiar.

—Ya estoy aquí porque quiero estar con vosotros. Para compartir vuestras penas, vuestras alegrías y vuestra dedicación por nuestro amado pueblo de Zamožni. Ya estoy aquí para seguir trabajando a vuestro lado por la prosperidad de nuestra sociedad y por la necesaria corrección en nuestra convivencia.

Parecía que estábamos en una iglesia de Harlem y la Reina Bruja fuera la predicadora. La mayor parte del público afirmaba con murmullos, otra parte se mantenía en un prudente silencio.

Su discurso político continuó. Yo ya había desconectado. Estaba pensando para mí misma. En cuál tendría que ser mi siguiente paso. Tenía que hablar con esa mujer. Tenía que averiguar tantas cosas. Sobre cómo poder salir de aquí, sobre mí. ¿Por que yo? ¿Había alguna razón en concreto? Estaba mas rayada que después de ver un episodio de *Black Mirror*.

—Bien, y antes de empezar con el turno de ruegos y preguntas. ¿Alguien tiene algo que decir? —dijo esto en un tono más alto que el resto del discurso, como si dirigiera la pregunta a alguien en concreto.

A mí.

Todos se giraron de sus sillas para fijar sus miradas sobre mi persona. Espectadores expectantes. No me había sentido nunca tan observada. Parecía que iba a exponer un trabajo en clase.

Esperaban unas palabras alborotadoras. Que la liara parda. Franceszka, la revolucionaria, al ataque.

Me levanté de mi asiento. Dariusz movía la cabeza para que no dijera nada. Bloqueé a Pawel advirtiéndome en mi cabeza porque me estaba desconcentrando.

—Ehm... —titubeé. Esperé unos segundos más para decir algo. Cualquier cosa—. Las manzanas que vende Brunon están podridas —solté señalándolo.

—¡Mentira! —se levanto él como un resorte, indignado.

—¿Lo véis? Se ha delatado él solito.

El frutero se volvió a sentar con la cara enrojecida, humillado.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir, Franceszka? —me insistió ella.

—Sí —y me volví a sentar, como si nada.

Todo el público volvió a ponerse en su posición normal y se escuchaba una fina lámina de cuchicheos desencantados por encima del silencio sepulcral.

—Solo una cosa más... —dije de repente sin que nadie se lo esperase, cuando vi que la Reina Bruja abría levemente la boca para seguir hablando. Todo el mundo volvió a girar el cuello de golpe como la niña de *El Exorcista*.

Las expresiones de la familia Starek al completo y de Pawel fueron de pánico. Ya iban conociendo mi impulsividad.

—Quisiera pedir una audiencia privada con Su Majestad.

La masa se sorprendió.

—Si tienes algo que decirnos por qué no lo dices aquí y ahora, Franceszka —añadió ella, impávida.

—Porque, como ya he dicho... se trata de un asunto privado. No tiene nada que ver con el pueblo y sus gentes. Solo nos atañe a usted y a mí.

El silencio que siguió me puso los nervios a flor de piel. ¿Había traspasado los límites? ¿Se tomaría a mal mi propuesta? ¿Lo pagaría con todos? Por dentro tenía miedo aunque por fuera fingí con estoicismo no tener ni pizca de miedo.

—Está bien, Franceszka. Acude a Palacio a las nueve de la noche y nos sentaremos juntas en la mesa para compartir la cena y otras cuestiones. —Con

gran indiferencia, como si estuviera decepcionada por mi falta de gallardía, le hizo un gesto al Notario para que lo apuntara en su libro. Y, como si nada, retomó el hilo—. Bien, y ahora vamos por las cosas que importan de verdad. ¿Cuál es el primer punto del día?

—Pues... —el afanado Notario empezó a buscar entre las hojas—la señora Ręka quiere prohibir la entrada en su Posada a...

—Un momento —interrumpí con vehemencia.

Se escucharon gritos de sorpresa y un runrún que crecía endiablado.

La ceja derecha de la Reina Bruja se alzó en su frente y es la mayor expresión que había visto dibujada en su rostro hasta ahora.

—Ha dicho «a las nueve de la noche» No la he entendido. ¿Cuántos dedos fijados en el horizonte son esos?

Para bruja yo, reina. La había pillado y nadie se daría cuenta. Su boca se abrió un poquito mostrando sus perfectos dientes blancos por primera vez.

—Oh. ¿Yo dije eso? Me refería al ocaso, querida. Cuando se haga de noche —dijo con convencimiento, pero únicamente yo supe captar su gesto, tocándose la muñeca derecha como si echara en falta un reloj de pulsera.

—Ahh, vale. Igual la entendí mal. Siga, siga con lo suyo —dije sonriendo con inocencia mientras volvía a sentarme.

La Reina Bruja aún tenía *jet-lag*. Seguramente les habría colado un montón de cosas como esa, pero solo alguien que entendía la vida moderna y que había vivido en el exterior podía captarlas; alguien como yo.

—... prohibir la entrada a su posada a la familia Jaja pues la llenan de cagarrutas...

Henchida de orgullo por mi suspicacia (y, a la vez, frustrada porque nadie la había pillado, como una buena serie perdida en el catálogo basura de Netflix), estaba pensando en mi plan cuando estuviéramos ella y yo a solas. ¿Grabarle con el móvil una confesión para enaltecer al pueblo y empezar una rebelión?, ¿amenazarla con subirlo a Twitter para que todo el mundo (exterior) la descubriese y nunca más pudiera salir de aquí?, ¿pactar una recompensa en dinero? Mi padre estaba bastante forrado, tengo que confesar. Era el dueño de una empresa de importación y exportación de jabones. Aunque parezca una tontería, eso le había reportado tanto dinero como para tener una mansión en Malibú y una butaca vitalicia en el palco VIP del Staples Center para ver a Los Angeles Lakers.

Tenía tan presente mi teléfono móvil —que entraba en todos mis planes — que lo estaba palpando por encima de la túnica. Lo tenía enganchado al

colgante de algodón que me tejó la abuela y que ahora guardaba con cariño.

De repente, como si respondiera a mi llamada, el teléfono móvil empezó a sonar.

Y la canción de mi tono de llamadas entrantes invadió toda la plaza con la sorpresa del inicio de un *flash-mob* inesperado.

Nunca me había avergonzado más en mi vida de escuchar a Taylor Swift.

Estaba sonando a todo volumen esa maldita canción.

“Shake It Off. Shake It Off”.

El estribillo en bucle:

♪♪ *“Cause the players gonna play, play, play, play, play.*

And the haters gonna hate, hate, hate, hate, hate.

Baby, I'm just gonna shake, shake, shake, shake, shake.

I shake it off, I shake it off.

Heartbreakers gonna break, break, break, break, break.

And the fakers gonna fake, fake, fake, fake, fake.

Baby, I'm just gonna shake, shake, shake, shake, shake.

I shake it off, I shake it off” ♪♪

Parecía un cántico satánico para invocar a un demonio enterrado hace diez mil años.

Así que sí, yo puedo decirlo con todas las de la ley: todo se echó a perder por culpa de Taylor Swift.

Capítulo Doce

Todas las personas reunidas estaban intrigadas por saber de dónde diantres provenía ese sonido. Obviamente no habían escuchado una grabación musical en su vida. Para ellos solo había dos posibles explicaciones: que alguien estuviera cantando acompañada de una orquesta o la presencia diabólica de un espíritu cantarín que había bajado a la Tierra para castigarlos a todos (lo más parecido a Taylor Swift).

Yo deseaba que me tragara la tierra en ese momento. Me sentí más avergonzada que cuando me sonó el móvil en el entierro de mi abuela.

Estaba empezando a sudar copiosamente y mi tic nervioso consistía en una amplia sonrisa de oreja a oreja a lo Joker que daba miedo.

Todos se levantaron y miraron en todas direcciones así que yo hice lo mismo para disimular, como cuando alguien se tira un pedo en público y hace el gesto de estar oliendo algo que no le agrada y también le viene de sorpresa. Me puse recta como un palo de escoba, tensa como las cuerdas de una raqueta de tenis.

Los Starek me estaban mirando con disimulado pánico. Estaban más blancos de lo habitual, y eso que ya de por sí irradiaban blancura nuclear. Nadie de ellos quería que se notara por sus gestos que sabían que el sonido que se repetía sin control provenía de mi pecho. Que es donde se encontraba mi móvil colgando.

La Reina Bruja se levantó del trono muy enfadada.

—¿¡Qué es eso?! —gritó con tal potencia que ya no necesitaba al oficial-micrófono para que todos la escucharan.

Con un gesto tirano y enfurecido ordenó a los soldados de a pie del escenario que se formaran para configurar otra vez la escalera humana.

Los soldados lo hicieron con toda la prisa que pudieron, dado que estaban cagados del miedo. Como todos los presentes.

La Reina Bruja bajó por las escaleras dando unas zancadas violentas, hincando los tacones en los pobres peldaños con carne.

Rechazó el ofrecimiento de ayuda del Capitán Augusto con un manotazo porque ella sola se valía para bajar las escaleras tan rápido como Rocky las

subía en la película.

—¿¡De dónde proviene esa música?! —clamó a los siete vientos.

Todo el mundo murmuraba, intentando explicarse la situación, haciendo conjeturas.

La Reina Bruja examinó a todas las personas de la primera fila, como si fuera un perro policía en busca de explosivos. Incluso empezó a escarbar entre el moño de dos metros de Marge como si a un drogadicto se le hubiera caído una papelina en un matojo.

—¡¡Reconocería la maldita voz de Taylor Swift en cualquier lugar y tiempo!!

—¿Quién? —exclamó atusándose el pelo.

—¿Qué está diciendo?

—¿A quien se refiere? Nunca he oído ese nombre.

Los cuchicheos aumentaban, alimentados por el errático comportamiento de la Reina Bruja, que estaba actuando como una paranoica.

Yo me metí disimuladamente la mano por debajo de la túnica y tras muchos intentos, pude sacar el móvil de la funda y tocar el botón lateral del dispositivo para silenciarlo.

Taylor se quedó muda de repente.

El público liberó una bocanada conjunta de sorpresa.

La Reina Bruja se cabreó aún más. Se puso en medio del pasillo y alzó sus brazos, convocando a la tormenta.

—¡Cómo no salga el culpable desataré mi ira contra todos vosotros!

Su amenaza alteró a los habitantes, que se miraban entre ellos espantados.

Yo tragaba saliva.

Los Starek se mantenían callados. Pawel también (permitidme un pequeño chiste para aliviar la tensión del momento). No iban a decir ni una sola palabra. Eso lo tenía muy claro. Confiaba en cada uno de ellos.

Dariusz se había levantado de la silla disimuladamente y había intercambiado su puesto por el de su hermano Jakub. Se puso a mi lado y me cogió de la mano para tranquilizarme. Me traspasó todo su amor y su calma a través del suave tacto de sus dedos en mi piel.

La Reina Bruja siguió levantando la voz y amenazando a la población con terribles sufrimientos.

Pero nadie sabía nada.

Excepto...

Maja estaba mirándome fijamente, notaba que sus ojos debatían con su cerebro.

Dariusz le había prometido casarse con ella si no me delataba. Era todo lo que siempre había soñado. No iba a echar a perder la oportunidad de su vida por un calentón. Además, sabía que mi intención era largarme de este pueblo en cuanto pudiera. Con lo que si esperaba un tiempo prudencial, se libraría de mí.

Sin embargo...

Estaba observando con ojos recelosos las manos de Dariusz acariciando las mías.

Cómo Dariusz me miraba. Con una mirada que nunca le había dirigido a ella.

Cómo intentaba protegerme. Cómo parecía que lo más importante de su vida ahora mismo era yo.

Y Maja no pudo contenerse más. Su maldición estalló como un volcán en erupción.

Se levantó como un resorte y me apuntó directamente con el dedo acusador de una devota de Salem.

—¡Es ella, mi Señora! —profirió con acritud.

Todo el mundo musitó al unísono «¿Qué?».

—¡Es Franceszka Starek! En realidad... no es Franceszka. Es una impostora. Se llama Ava y es una forastera. Vino hace dos noches del exterior.

—¿Qué?

—¿Del exterior? Imposible.

—No puede ser. Nadie puede salir ni entrar, salvo la Reina Bruja.

—Yo la notaba muy rara.

Todos los focos hacia mi persona.

Me habían pillado.

La Reina Bruja abrió los ojos como un lémur y después pegó un grito repentino que hizo que la gente botara del susto:

—¡¡¡¡¡APRESADLA!!!!!!

No tenía más remedio. Hice lo que tenía que hacer.

Correr.

—¡No! —gritó Dariusz cuando me liberé de sus manos.

—¡¡Ava!! —me gritó Pawel en mi mente. Enseguida lo bloqueé.

Fue algo instintivo. No podía dejar que los Starek y Pawel se viesan involucrados en este asunto. Yo era la única que tenía responsabilidad en esto.

Así que lo único que podía hacer es huir.

—¡Que no escape! —les vociferó a sus soldados.

Corrí con todas mis ganas. La verdad es que en el instituto practicaba el atletismo. Se me daba bien correr y alcanzaba una buena velocidad. Así sentía que escapaba de mis problemas de adolescente. Como ahora.

Aunque notaba algo muy incómodo en mi trasero. Era el teléfono móvil, que me lo había guardado entre mis enaguas cuando lo silencié. Estaba vibrando. Seguían llamándome.

Era una oportunidad única. Quizás no tendría otra. No podía desaprovecharla. Así que me paré un segundo y me quité el móvil de mis bragas. Y retomé la carrera aún con más esfuerzo mientras pulsé el botón verde en la pantalla.

En el momento en que me paré pude observar como toda la guardia palatina al completo me estaba persiguiendo. Me sentía una fugitiva de verdad.

—¡Vaya momento has elegido para llamar, guapa! —grité a mi interlocutor mientras corría dando más propulsión a mi cuerpo. Esperaba que fuera mi amiga. Como fuera un comercial ofreciéndome más *gigas* gratis este día se convertiría oficialmente en el peor de mi vida.

—¡¡¡¡Ava!!!! ¡¡¡POR FIN!!! —era la voz de Katie que gritaba con exaltación.

Notaba a mis perseguidores cada vez más cerca. El ruido del acero de sus armaduras chocando con estruendo.

—¡¡Katie!! Dime todo lo que tengas que decirme, por favor, sin rodeos y rapidito. Me está persiguiendo un ejército de hombres y suena tan peligroso como lo digo —solté jadeando.

—¿¿Qué?? ¡Ava! ¿Estás bien?

—Joder, Katie, ¿qué te acabo de decir? Siento ser tan borde... pero... — se me agotaban las reservas de oxígeno y empezaban a dolerme las piernas—. RAPIDITO.

—Vale, vale. Está bien. Mira, te resumo: gracias a los tejemanajes de tu padre, han logrado instalar tres potentes torres de comunicación alrededor del punto X del bosque de Polonia y además un satélite geoestacionario apuntando directamente a donde supuestamente estás. Y creo que ha funcionado. Desafiando todas las reglas elementales del espacio y del tiempo.

La verdad es que no sabía ni hacia dónde estaba corriendo.

—Bien, ¿qué más? Importante: ¿por qué solo pude pasar yo?

—Eso también lo hemos investigado. Tu padre, tu hermano, toda tu

familia ha intentado traspasar la barrera invisible y no han podido. Por si se trataba de algo genético y eso. Y... debo de decirte algo. Hemos estado trabajando en esta línea y hemos averiguado algo muy importante...

Estaba tan absorta con toda la información que me estaba lanzando mi amiga que no reparé en una piedra en el camino con la que tropecé como una inepta. Cuando esto ocurría en una peli de terror yo siempre me reía de la estupidez de la protagonista. Ahora la estúpida era yo.

El móvil que llevaba en la mano salió volando como un cohete espacial, cayendo detrás de unas vallas de madera que cercaban el jardín de una casa anónima.

—¡Mierda!

La almohada había amortiguado mi caída. Me levanté de un salto y me giré para estudiar los riesgos inminentes que se me presentaban y las posibilidades que tenía de rescatar mi móvil.

Eran de CERO COMA CERO.

Tenía a los soldados a unos escasos metros, acercándose a mí peligrosamente. El tiempo que iba a perder saltando la zanja y buscando mi móvil entre las flores y los matojos supondría un tiempo esencial para mi eventual supervivencia.

—¡JODER, JODER! *Kurwa*.

Mi desesperación aumentó hasta límites insospechados.

Tomé una decisión rápida. Dejé el móvil donde había caído con el pensamiento de recuperarlo si salía viva de esta, y arranqué a correr de nuevo.

Cuando estaba galopando por el camino —que ahora me fijaba que estaba rodeado de casas— algo me pilló desprevenida en una esquina.

Una mano me tapó la boca con tanta fuerza que cuando grité aplacó por completo el sonido que emitía mi garganta, y con la otra me agarró de la cintura y tiró de mí hacia atrás.

Pronto caí en un sueño profundo.

De repente, desaparecí de la vista de los soldados.

Cuando los soldados de la guardia palatina llegaron al lugar donde me vieron evaporarme, se pararon de golpe. Miraron hacia la derecha, nada. Miraron hacia la izquierda, nada. Arriba, abajo. No había ni rastro de mi ser allá donde les alcanzaba la vista.

¿Dónde me había metido?

Los soldados comenzaron a registrar toda la zona. Estuvieron así durante bastante tiempo, sin encontrar nada.

Hasta que llegó la Reina Bruja al lugar de los hechos, subida encima de un gran tabla de madera, portada por seis forzudos guerreros.

—¿Dónde está? —preguntó con irritación.

—No lo sabemos, mi Señora. Ha desaparecido en este punto —dijo un atemorizado soldado, señalando el vacío.

—Inútiles pueblerinos, una veintena de mis hombres persiguiendo a una dama en apuros y se os escurre como un pez entre los dedos.

—Lo-lo siento, mi Señora, no sabemos cómo ha ocurrido.

—Dejad de manosear el ficus de la señora Lavert. Está claro dónde ha ido.

—S-sí, mi Señora.

—Todos a casa de los Starek. Como sea verdad que han dado cobijo a una forastera se les va a caer el pelo. Y aunque eso sea imposible porque son todos jóvenes y tienen un cabello frondoso y sano, ya me encargaré yo de ello.

—¡A la propiedad de los Starek! ¡Todo el mundo! —gritó el Comandante Augusto, enrojecido de rabia.

Detrás de ellos —a varios metros— la mayoría de habitantes del pueblo también se habían puesto en circulación, persiguiendo a la comitiva real, como *stalkers* enloquecidos. No querían perderse nada de lo que estaba sucediendo.

Se preguntaban qué había de cierto en las acusaciones de Maja.

Y yo me preguntaba... ¿quién me había secuestrado?

Capítulo Trece

Era la segunda vez en la misma semana que me levanto en una cama ajena. Ni que fuera la reina del Tinder.

Pensé que había vuelto a despertarme en casa de los Starek hace dos días y estaba viviendo una de esas situaciones tipo *Atrapada en el tiempo*, porque también me levanté con una terrible jaqueca y una mano me brindó un vaso de leche.

Yo ya sabía que aquello contenía otros ingredientes algo particulares. Y que me iba genial para la migraña, el dolor y tenía efectos antiinflamatorios, así que lo acepté sin dudarle y me lo tragué entero como si fuera un cubata a las dos de la madrugada.

Pero no era Dariusz quien estaba mirando cómo me tragaba toda la leche. (Dios, lo siento, eso ha sonado muy mal y no es la imagen que quería evocar. Efectos secundarios del cloroformo, supongo).

Era un señor de unos 60 años, calvo completamente, con la frente arrugada, una barba dura de un par de días y los labios finos. Tenía las orejas salidas y unos ojos verdosos llenos de sabiduría. A pesar de todo lo que había descrito, se conservaba muy bien para su edad.

—Hola, Ava. Siento haberte inducido al sueño, pero era esencial para sacarte de ahí con la máxima discreción posible.

—¿Quién es usted? ¿Y cómo sabe mi nombre?

La verdad, era una pregunta para salir del paso. Porque dentro de mí, ya tenía una clara idea de quién podía tratarse.

—Me llamo Stanislaw Zadrek. Aunque seguramente me conozcas como El Doctor.

Me tendió la mano. Yo le devolví el saludo.

—No, muchacha. El vaso.

—Ah, lo siento.

Lo que quería era que le devolviera era el vaso. Qué tonta. Pero es que estaba totalmente fascinada y si algo había aprendido es que aquí todo el mundo se daba la mano. Menos él, por lo que parecía.

—¿Cómo...?

—Preguntas. Odio las preguntas. La curiosidad es la única enfermedad mortal de la que no tengo cura.

—Lo siento, pero... debe comprenderme. Yo...

—No te preocupes —me interrumpió, sentándose en el borde de la cama—. Soy Doctor. Intentaré poner remedio a tu curiosidad si eso hace que calme tu ansiedad.

—G-gracias —dije, subiéndome la sábana, intentando protegerme de su poderosa aura que me quebrantaba las defensas con su sola presencia.

—Como ya sabes, Dariusz te encontró aquella noche en el bosque. Lo primero que hizo es acudir a mí. A pesar de que su relación conmigo no es demasiado cordial desde que murió mi hija sin yo poder hacer nada al respecto.

Me sorprendió que estuviera hablando sin rodeos ni cortapisas. Directo al grano.

Lo debió notar en mi expresión.

—¿Qué pasa? A estas alturas ya debo asumir que el chico te lo ha contado todo, ¿no es cierto?

Yo asentí con la cabeza. Poco a poco, iba tranquilizándome más y más.

—Estabas mortalmente herida. Habrías muerto si él no te hubiera traído.

Nunca llegué a pensar en la gravedad del accidente que me llevó aquí. Pero solo tuve que recordar cómo Katie me contó que el coche había quedado totalmente aplastado.

—Me hizo prometer por la memoria de mi hija que no le iba a contar a nadie lo sucedido. A la mañana siguiente, volvió a mi casa para recordarme la promesa. Y para pedirme otro favor... me rogó que te protegiera si se diera el caso de tener la oportunidad de hacerlo. ¿Sabes?, ese chico le dio a mi hija los años más felices de su vida. Solo por eso yo... Ella lo amaba con todo su corazón. Y él también la amaba con todo su corazón. Y ahora, ese corazón te pertenece a ti, Ava. Él haría cualquier cosa por protegerte. Incluso manchar su impoluta alma por ti.

No entendí eso último.

El Doctor intentó desviar el hilo de la conversación.

—¿Quieres un poco de agua?

—Tengo más preguntas.

—Y yo tengo más paciencia para regalarte. Aprovecha hasta que se me agote.

—No estabas en la Asamblea del Pueblo, ¿verdad? No te he visto ahí.

—En efecto, muchacha. Muy observadora. No estaba.

—¿Y eso? ¿No es obligatorio para todos?

—Para mí no. Yo tengo un pase especial. Una concesión real, digamos. La Reina Bruja y yo tenemos pactada mi ausencia en las inútiles asambleas del pueblo. Son agobiantes, aburridas y un circo para mantenerlos a todos distraídos.

—¿Y por qué tú tienes ese privilegio?

—Porque yo sé cosas. Porque yo soy irremplazable. Mira, muchacha, es bien fácil: yo no quiero estar en esas reuniones, odio las aglomeraciones, odio a la gente. Y ella no quiere que yo esté tampoco. Así que, ambos salimos ganando.

—¿Sabes quién soy?

—Una muchacha preguntona.

—No. Quién soy realmente.

—No lo sé. Ni me importa.

—Vale. No quería que sonara prepotente ni nada de eso, ¿eh? Era por si sabías POR QUÉ estoy aquí. Si es porque soy, no sé, especial o algo así.

—Todos somos especiales en este pueblo, muchacha. ¿Te crees más especial que nadie?

—Noo. A ver —intenté reconducir el tema para que supiese a qué me refería—. ¿Sabes adónde va la Reina Bruja cuando se ausenta?

—Sí, claro. Al mundo exterior. Al mundo real. El que ha seguido la ruta del tiempo.

—¿Y sabes cómo salir?

—No, muchacha. Nadie puede salir. Solo ella. Es parte de la maldición.

—¿Qué quieres decir?

—El pueblo en sí. También está maldito. La Reina Bruja lo maldijo cuando escapó su hija. Nadie más puede entrar ni salir de Zamožni, excepto ella.

—¿Ella sale para... ya sabes, para buscar a su hija?

—Muchacha, allá fuera el tiempo no es como aquí. Supongo que eso también lo sabrás. Si la hubiese encontrado, ¿no crees que estaría aquí con nosotros desde hace tiempo? Esa pobre chica ha muerto hace siglos. Pero nosotros aquí seguimos.

—Pero, lo que aún no me explico...

—Muchacha... Ava. No tengo todas las respuestas. Nadie tiene todas las respuestas. Ni siquiera nuestro Creador sabe lo que nos ocurre todo el tiempo.

Yo no sé más de lo que sé. Siento si eso te decepciona, pero es la cruda realidad.

—¿Y ahora qué?

—Ahora... hay que esperar que todo salga bien en casa de los Starek.

Es verdad. Os voy a contar todo lo que pasó en casa de los Starek al mismo tiempo que ocurrió.

Aunque yo no estuviera en ese momento, hay múltiples testigos que me lo explicaron todo al detalle.

La Reina Bruja se saltó todas las normas de educación y decoro que habían prevalecido durante generaciones cuando llegó a la casa de mi familia de acogida y derribó las puertas, entrando acompañada de todo su amenazante ejército.

—Pero, mi Señora, no podemos entrar sin que nos hayan invitado —apuntó el Notario.

—Ni portar armas en el interior de un pacífico hogar —añadió el Capitán Augusto.

—Aquí se hace lo que yo diga, por algo soy la Reina —concluyó ella con rotundidad.

Una gran parte de habitantes del pueblo ya habían llegado, los más rápidos y ansiosos por saber lo que iba a ocurrir.

Entre ellos, la familia Starek al completo, que fueron transportados a lomos de los miembros de la familia Jaja, que se movían como una flecha, pues todos eran aves.

—¡Esto no es legal! —gritó Dariusz.

—Yo soy la Ley.

Los demás entraron detrás de ellos, dando empujones a los soldados, que no tenían la orden de derribar a nadie y estaban tiesos como espantapájaros.

La puerta de la habitación se abrió, emitiendo un sonido de crujido de madera.

De su interior, salió Franceszka, agarrándose la barriga como un pesado bolo.

—¿Qué pasa? ¿Qué es este alboroto?

La Reina Bruja se adelantó y tocó su incipiente barriga.

—Es real.

—Pues claro. ¿Qué se pensaba que era, una enorme sandía?

La Reina Bruja se resbaló con algo y cayó al suelo, quedando atrapada debajo de sus abultados ropajes.

—¡Mi Señora!

El Comandante Augusto se abalanzó para quitarle de encima todas las capas de tela de su vestido y la ayudó a levantarse del suelo.

Todos los miembros de la guardia palatina desenvainaron sus lanzas en formación.

—Cuidado por dónde pisa, mi señora. Pues por mi estado estoy dejando el suelo lleno de agua.

De la parte inferior de su camisión goteaba una gran cantidad de líquido amniótico que iba dejando un charco en el suelo.

—¿Dónde está Ava?

—¿Quién es Ava?

—¿Estabas en la Asamblea hace un rato?

—Pues claro, mi Señora. Huí por puro miedo, todo el mundo me estaba acusando con la mirada. Mi instinto fue salir pitando presa del pánico.

—¿Cómo podías correr tan rápido embarazada de nueve meses?

—¿Por qué crees que he roto aguas dos días antes de salir de cuentas? Esta carrera ha hecho que mi bebé vomite dentro de mí del mareo y quiera salir antes de tiempo. Supongo que siempre fui bastante atlética, y la combinación del instinto de supervivencia y las hormonas hicieron que me poseyera la velocidad de un rayo.

La Reina Bruja entornó los ojos con sospecha.

—Registrad toda la casa. Palmo a palmo. No os dejéis ni un rincón.

Maja entró jadeando por la puerta.

—Le juro.... le juro que digo la verdad, mi Señora. Hay una mujer suplantando la identidad de Franceszka Starek.

—No sé de qué habla, mi Señora —Franceszka se encogió de hombros—. Yo solo soy una persona todo el tiempo. No como ella, que es más de una dependiendo del momento.

—Usted más que nadie sabe lo que pueden llegar a provocar los celos en ella —comentó la abuela Starek, haciendo un gesto en la cabeza ondeando el dedo índice.

—¡Que no estoy loca —recalcó gritando ella.

—Y si no, dígaselo al Doctor —le recordó la abuela, lanzando un argumento que destruyó toda su credibilidad.

—¡Tiene que estar aquí! ¡Por alguna parte! Esa pelandrusca. ¡No te

quedarás con mi pastelito de amapola!

Maja corrió hacia la habitación como una histérica, gritando de rabia.

—Mi Señora, estará de acuerdo conmigo en que lo que necesita ahora esta pobre chica es reposo. Me refiero a Maja, no a mi hija. Que también.

La Reina Bruja estaba de pie, meditando. Suspiró, aceptando la realidad.

—Tristemente, también lo creo —le hizo un gesto al Capitán Augusto—. Llévala a su hogar. Y decidle a sus padres que le prohíbo salir de su casa al menos hasta pasada la próxima estación, cuando el hielo se deshaga. Que repose, que se evada de las tentaciones, que vacíe su mente de todas las energías negativas.

—Sí, mi señora.

El Capitán Augusto entró a la habitación para detener el arrebató de la pobre Maja, una víctima colateral de mi tapadera. Se estaban escuchando jarrones rompiéndose y más alaridos.

Un soldado se acercó a la Reina Bruja con cara de malas noticias.

—No hemos encontrado nada, mi Señora.

La Reina Bruja estaba muy seria y pensativa. Se diría que humillada, aunque no lo hiciera notar.

—¡Todo el mundo fuera! Aquí no hay nada que ver —gritó mientras se giró en dirección a la puerta de entrada, con la falda mojada.

Las personas que habían entrado a curiosear botaron espantadas y corrieron hacia la salida en tropel.

—Y usted, llévese a su hija de inmediato al Doctor. Y en cuanto su nuevo nieto vea la luz del día, mande un mensajero a Palacio. La ceremonia de la maldición se producirá sin retrasos.

—Me parece correcto, mi Señora.

—Mi Señora —dijeron todos a su paso.

Cuando la Reina Bruja se disponía a cruzar el umbral de la puerta, se giró repentinamente, descargando su profunda mirada sobre Franceszka:

—¿Nuestra cita sigue en pie?

Todos a su vez giraron las cabezas hacia ella, esperando anhelantes su respuesta.

—S-sí, claro. Si este ser en mi interior decide no presentarse al mundo hoy, después del crepúsculo, en la noche que viene, ahí estaré. O como usted dijo... a las nueve —añadió Franceszka guiñando el ojo.

La Reina Bruja sonrió ampliamente. Era un gesto tan antinatural en su

cara que provocaba más miedo todavía.

Desapareció junto a todo su séquito y en la casa de los Starek se respiró una corriente de alivio.

A través de la puerta se escucharon los gritos de la Reina Bruja despejando a los aldeanos reunidos afuera:

—Todo el mundo a sus casas. Toque de queda para todo el pueblo. Si queréis cuchichear, hacedlo a la orilla de la chimenea. Panda de cotillas —refunfuñó.

Franceszka expulsó la tensión acumulada arrancándose a reír.

—Buff. Gracias por tus apuntes mentales, Pawel.

—*Creo que voy a depositar mi miedo acumulado en la letrina* —dijo Pawel, yéndose hacia el jardín.

—Hemos estado muy cerca... —señaló Dariusz con severidad.

El abuelo sujetó a Franceszka del hombro y tiró de ella.

—¿Qué haces, *pa*?

—Llevarte al Doctor. Estás a punto de parir.

Franceszka se liberó del brazo con un manotazo.

—¿Qué estás diciendo, padre? Mi bebé aún está la mar de tranquilo aquí dentro. Todo ha sido un paripé, incluido el agua prenatal. Es agua del pozo. Mezclado con un poquito de savia.

—¿Qué?

—Me ha dado tiempo a preparármelo bien. Pawel me lo ha contado todo desde el momento en que Ava se escapó.

—De todas formas, vamos a llevarte a casa del Doctor, *ma* —planteó Dariusz para todo el mundo mientras la felicitaban por su gran actuación.

—¿Y eso por qué?

—Ava está con el Doctor.

—Hijo mío, ese hombre es peligroso. ¿Cómo has podido dejarla a solas con él?

—Porque yo confío en él, *ma*. Y vosotros también deberíais. Además, Ava tiene una cita con la Reina Bruja esta noche, ¿no? Tenemos que prepararla bien.

—No me digas que esa chiquita va a ser tan irresponsable como para continuar con su arriesgado plan —dijo la abuela con preocupación.

—Sí, *nana*. Y nadie podrá convencerla de lo contrario. Es la mujer más cabezona que he conocido en mi vida.

—Y eso que convives con nosotras.

—Tú lo has dicho —remató, poniendo punto y final al caos que se había desatado en su casa.

Capítulo Catorce

Parecía que se iban a mudar de casa porque acumularon una ingente cantidad de ropa, comida y utensilios que cada miembro de la familia transportaba en varias bolsas de piel de ciervo (porque, obviamente, ahí no existía el camión de la mudanza).

Las matriarcas de la familia Starek querían estar preparadas para todo, y la abuela pensó que en la cocina del Doctor solo habrían plantas y otros ingredientes medicinales y bien tendrían que alimentarse con algo sustancioso como pies de cerdo o sopa de lechuga. Por la bebida no se preocuparon, sabían que el Doctor tenía reservas de alcohol para aguantar otros tres siglos más.

Recorrieron los caminos silenciosos y abandonados del pueblo aunque sintiendo sobre sus hombros las curiosas miradas de sus convecinos desde el cobijo de sus casas.

Por eso, llevaban a Franceszka en una carretilla de madera que utilizaban para trabajar el campo. Ella estaba la mar de a gusto repanchingada como una diva aunque realmente no lo necesitaba, pero tenían que guardar las apariencias. Le tapaba una desmesurada sábana para abrirla del frío... y para ocultar debajo a Pawel, que los acompañaba aunque él no lo tenía permitido.

La Señora Lavert salió del portal de su casa y, al paso de la familia Starek por el camino que daba a su parcela, le gritó a uno de los soldados apostados en su zona (había uno cada tantos metros para vigilar el toque de queda impuesto por la Reina Bruja).

—¡Eh! ¿Por qué ellos pueden salir y el resto del populacho no? ¡Esto es injusto! Con el bonito día que hace hoy para plantar un limonero.

—Señora Lavert, métase en su casa.

—¡Y en sus asuntos! —añadió gritando la abuela.

—La familia Starek tiene una dispensa real. ¿No ve que la pobre mujer está a punto de dar a luz? Van a casa del Doctor para que le saque de ahí dentro a un nuevo vecino al que poder criticar.

—Y a mí me duelen los huesos.

—Pues tómese una infusión de romero, métase en la cama y no se levante hasta mañana —protestó la abuela.

—Estos jóvenes de hoy en día, qué maleducados han salido —refunfuñó la señora Lavert mientras cerraba la puerta.

—¡Qué tenemos la misma edad, señora! —gritó la abuela, que no dejaba pasar ni una.

La casa del Doctor por fuera parecía abandonada. El jardín parecía más una jungla decrepita, habían tablones de madera sueltos y la madera estaba desgastada. Podría decirse que reflejaba el alma de su habitante.

El Doctor no les recibió con demasiado entusiasmo:

—Ya que me váis a llenar la casa de gente por lo menos haceros notar lo mínimo posible, por favor. No soy vuestro anfitrión, eso que os quede bien claro.

—Un *"Hola, ¿cómo estáis?. Bienvenidos a mi humilde morada"* hubiese estado bien gracias —dijo Franceszka con la ironía saliendo de su ombligo puntiagudo.

Cuando Dariusz me vio de pie en el comedor, dejó todo lo que sujetaba y corrió hacia mí para darme un fuerte abrazo.

—Parece que no nos hayamos visto en un año —bromeé yo, haciéndome la dura. Pero estaba a punto de llorar.

—¿Estás bien? No te ha pasado nada, ¿no? —me dijo comprobando mi cuerpo por todos lados como una cajera comprobando cinco veces un billete de los grandes.

—Bueno, un hombre desconocido tan alto y fuerte como un armario empotrado me ha secuestrado y me ha dormido con cloroformo.

—Y te ha salvado el pellejo, muchacha —reivindicó él, sentándose en una silla con evidente cansancio, interior y exterior.

—Hija, dime que no vas a acudir a esa absurda trampa esta noche —me instigó la abuela mientras sacaba cosas de las bolsas.

—Bueno, considerando que la Reina Bruja es la única que puede ayudarme ahora mismo... sí. Y sé que es tan arriesgado como nadar entre tiburones y que te baje la regla. Pero si no arriesgo, no ganaré nada, ¿no?

—¿Quieres decir que hasta ahora no has ganado nada? —me dijo Dariusz soltándome la mano con súbita tristeza.

Yo le acaricié la cara aunque al principio él intentara apartarla.

—Ya sabes que no he querido decir eso... ya he ganado solo con conocerte.

—¿Y entonces, por qué quieres irte? —me preguntó con rotundidad.

Era una conversación que teníamos que tener, tarde o temprano. Y que yo quería aplazar hasta tenerla lo más tarde posible.

Respiré hondo.

—Porque yo... —pensé en lo que iba a decir—. No he nacido aquí, no soy de este mundo. Ahí fuera tengo también una familia que me quiere, unos amigos que me quieren...

—Yo te quiero, Ava.

Ahí se me encogió el corazón hasta el tamaño de un garbanzo.

—Y yo también, Dariusz.

De repente, lo vi claro. Le puse la otra mano en la otra mejilla y apreté fuerte.

—¡Claro! ¡Eso es! —grité dando saltos.

—¿Y ahora qué? —refunfuñó el Doctor.

—¡Ya lo tengo! —exclamé cogiéndole de las manos, con una inyección de emoción que me invadió el cerebro, un chute de dopamina.

—¿Qué tienes, el Baile de San Vito? —dijo Jakub pasmado.

—Todo este tiempo... pensaba que tenía un único objetivo: salir de aquí. Pero, ¿y si hay un motivo por el que estoy aquí? ¿Y si no quiero salir de aquí... sola?

El Doctor se levantó y me puso la mano en la frente y los dedos apretándome la muñeca.

—No parece tener fiebre y sus constantes vitales son normales. Descarto una conmoción cerebral.

Me lo quité de encima con unos manotazos al aire.

—A ver. Es bien sencillo. Ya sé lo que tengo que hacer.

La pausa dramática que hice a continuación fue aposta. Me estaba riendo por dentro al ver sus caras de estupefacción. Sentía como si hubiera abierto el sobre de "Mejor Película" y todos estuvieran esperando a que lo leyera.

—Liberar al pueblo de sus maldiciones. Y que tú puedas salir de aquí de la mano conmigo y poder presentarte a mis padres y a mis amigas.

Las exclamaciones empezaron a brotar seguidas como setas: «*Cómo piensas hacer eso?, ¿qué quieres decir con liberarnos?, ¿tienes una piedra en la cabeza o qué te pasa?*».

—Quiero salir de aquí... contigo, Dariusz. Eso es lo que quiero —rematé con total convencimiento. Como si fuera lo que hubiera deseado toda

mi vida.

Él me miró taciturno, arrugando el entrecejo. Finalmente, sonrió con ese encanto natural que tenía y me cogió de las manos.

—Estás loca, Ava. Y por eso me gustas.

Dariusz se inclinó y me besó en la boca con decisión.

—Vale, necesito mi móvil. Parezco una *millennial* obsesionada con su móvil, pero es que literalmente lo necesito para poder salir de aquí.

—¿Cuál es tu plan, hija?

—¿Y qué es un móvil? —preguntó el Doctor.

—Cuando los soldados de la guardia palatina casi me pillan, mi amiga Katie estaba contándome un montón de cosas muy interesantes. Seguramente si continúo con esa conversación interrumpida podré averiguar algo. Además, he pensado en... bueno, sabemos que la Reina Bruja sale al mundo exterior, a mi mundo, y se pasa ahí un tiempo considerable. Aquí podrán pasar solo semanas, pero ahí fuera eso puede suponer un lapso de ¿qué, meses? ¿Años, incluso? No estoy muy segura. La cuestión es que por lo que se ve, la Reina Bruja parece tener otra vida en mi mundo, algo que la ata y la obliga a visitar ese mundo cada cierto tiempo, una vida alternativa y secreta que desconocemos. Desde luego, ella no es conocida. A esa mujer no la he visto en mi vida. Así que he pensado... ahora que tengo cobertura completa: ¿Qué pasa si la amenazo con descubrir su tapadera en el exterior? No sé, la grabo, le hago fotos, se las mando a los medios de comunicación, lo subo a YouTube, descubro este pueblo atrapado en el tiempo y el espacio para el resto de la humanidad. Ya lo hicieron con Wakanda y funcionó, no sabréis qué es porque aquí es el único sitio del planeta donde no han llegado aún las películas de superhéroes. Sea como sea, necesito mi móvil y necesito hablar con mi amiga Katie. Y necesito un vaso de agua, me estoy muriendo de la sed. Recitar un monólogo es super cansado.

Los espectadores estaban exhaustos, con caras de no haber entendido ni la mitad de lo que había dicho. También les comprendo, yo misma creería que estoy borracha si no fuera porque me siento más lúcida que nunca en mi vida.

—Muy bien. ¿Y dónde está tú...? —preguntó Jakub como si todo fuera tan sencillo y no hubiera entendido que todo el rollo que he soltado era por algo.

—Móvil —añadió el Doctor, que no sabía qué objeto era ese pero había estado atento a mis palabras, como adulto responsable que era.

—Lo he perdido.

—¿Se te ha roto el colgante que te hice, hija? ¿Quieres que te cosa otro?
—me preguntó preocupada la abuela, con ternura.

—No, no es por eso. Se me cayó mientras escapaba. La buena noticia es que sé donde está. Pero yo no puedo salir a buscarlo por razones obvias, así que tendrás que ir tú —me dirigí a Dariusz—. Ya que más o menos sabes de qué objeto hablo y de cómo puede llegar a funcionar pues me viste utilizarlo en la montaña. Así, en caso de urgencia...

—Bien, dime dónde lo has perdido e iré a recuperarlo.

—*Yo te acompaño* —se apuntó mentalmente Pawel avanzando un paso.

—Y mientras, mi familia te preparará para la cita con la Reina Bruja.

—Sí, querida, te tenemos que enseñar cómo se come aquí, de qué se habla, qué puede preguntarte, qué debes responder, cómo se llama la mascota de la Reina... —dijo Franceszka agarrándome de la mano y empezándose a agobiar antes de tiempo.

—¿Tiene mascota?

—Buff, tienes tantas cosas que aprender.

—Bueno, en fin. A ver, lo perdí... cayó en un jardín privado... de una casa, así como la vuestra, bueno, como todas las casas que hay aquí en realidad... Vale, no tengo ni idea de dónde estaba cuando se me cayó, la verdad —me lamenté llevándome las manos a la boca.

—En el jardín de la señora Lavert.

Era la despreocupada voz del Doctor, que estaba en la mesa machacando plantas en un mortero.

—Siento meterme en vuestros asuntos. He comprendido que no estaba invitado a vuestra pequeña confabulación cuando nadie me ha querido explicar lo que era un móvil y me he puesto a preparar cataplasmas. Pero por casualidad he presenciado la humillante muestra de ignorancia de vuestra supuesta libertadora y no he podido reprimir mi natural predisposición para ofrecer mis reparadores servicios a la gente más necesitada.

Y, a continuación, después de ser observado por todos los presentes, continuó con sus labores de machaque, aparte del que hizo a mi persona.

Franceszka chasqueó la lengua y la abuela resopló.

—En el jardín de la señora Lavert...

—Es la peor noticia que he escuchado en todo el día.

—¿Por qué?

—Es peor que si se hubiese perdido entre las mismísimas faldas de la Reina Bruja en persona.

—Esa mujer es la señora más chismosa que ha existido en toda la historia de la humanidad.

—¿Es su maldición?

—No. Qué va. Es su pasatiempo.

Dariusz y Pawel salieron para dirigirse a casa de la señora Lavert. Durante el trayecto, se toparon con un oficial de guardia, que les preguntó por su presencia ahí fuera dado el toque de queda impuesto por la Reina Bruja.

Dariusz le recordó que tenían un permiso real concedido expresamente.

—Sí, pero para ir a casa del Doctor. Y de ahí venís. No tenéis permiso para recorrer el pueblo a vuestras anchas como si fuera esto un coto de caza —respondió el oficial, que quería ganarse el título al Empleado del Mes.

—Lo sabemos, oficial. Pero es que se nos ha olvidado una cosa.

—¿Qué cosa?

—Eh... el palo de morder.

—¿Cómo dices?

—Es que es algo muy peculiar. Es el palo que utiliza mi madre para morder cuando se pone de parto. Si no muerde ese palo en concreto, es la mano de mi pobre padre el que sufrirá las consecuencias. Usted ya me entiende, su mujer va por el quinto retoño ya, ¿verdad?

—Venga, no perdáis más tiempo. Conseguid ese palo sin más dilación —se apiadó el oficial que le cogió la mano a su parturienta parienta en cuatro ocasiones y desde entonces tiene una deformidad en la muñeca.

Dariusz y Pawel salieron corriendo agradeciendo la misericordia del oficial.

Llegaron a casa de la señora Lavert y se acercaron dando pequeños pasitos, procurando hacer el mínimo ruido posible para que la señora chismosa no les descubriera.

Saltaron la valla de madera con mucho sigilo y se pusieron a buscar en el suelo, como cerdos comiendo bellota.

—¿Quién anda ahí?

La contundente y a la vez frágil voz de una señora mayor les sorprendió en su tarea, haciendo que saltaran como conejos.

La señora Lavert salió de su casa en camión, sosteniendo un rodillo para amasar harina como si fuera un bate de béisbol.

Los chicos se agazaparon en el suelo como un lobo al acecho. La señora Lavert bajó las escaleras de su portal y entró en su jardín con cara de vigilante de seguridad, golpeando el rodillo contra la palma de su otra mano.

—Ya seáis ladronzuelos, criajos impertinentes o violadores de ancianas, salid de dónde estéis y solo recibiréis una buena zurra de golpes. Si no lo hacéis y os encuentro, puede que dejéis de respirar al final de la tunda.

Dariusz y Pawel saltaron como un resorte, con las manos por encima de sus cabezas, alertando a la señora Lavert de que eran ellos dos, sus conocidos vecinos.

—¡Señora Lavert, no se alarme! Somos nosotros, Dariusz Starek y Pawel, "el mudo".

—*Eh.*

Pawel odiaba ese mote, pero así es cómo le conocían en el pueblo.

—¿Qué hacéis en mi jardín?

—Estábamos...

Los chicos observaron el suelo del jardín, como si de repente un apuntador fuera a salir con un guión.

—Cuidando de su jardín.

—¿Qué le pasa a mi jardín?

—Pues que tiene una plaga de topos, señora Lavert.

—¿Topos? ¿En mi jardín?

—Sí, es una tragedia. Y le están dejando el césped hecho un desastre.

—¿Cómo puede ser? Pero si he cortado las malas hierbas esta tarde, después de todo el follón con los malditos soldados de la guardia palatina y tu madre la fugitiva preñada.

—¿Ah, sí? ¿Y ha revisado bien todo el jardín, señora?

—Hasta el último hierbajo, jovencito.

—¿Y no ha encontrado nada inusual? Algún elemento insospechado...

—¿Como un topo?

—Eso.

—¡¡No!! Mi jardín está perfectamente. Hasta que me lo habéis pisado con vuestras sucias botas, mocosos.

La señora Lavert levantó el rodillo amenazante.

—¡Haced el favor de largaros de mi propiedad, insolentes mequetrefes! Y ya tendré una conversación con vuestros padres.

—S-sí, señora Lavert. Lo sentimos mucho, señora Lavert.

Y Dariusz y Pawel salieron pitando de ahí como si les persiguiera la policía.

La señora Lavert se puso a observar el césped levantado.

—Tendré que hacer que venga el jardinero. Por segunda vez esta

semana. No gano para disgustos. Ojalá me dé una *miaja* de *apechusque* y la *rosque* y que no hubiera Doctor que pudiera salvarme de esta.

El móvil no estaba ahí.

La señora Lavert tampoco lo había visto.

Pero entonces... ¿alguien lo había encontrado antes y se lo había llevado?

¿Y quién?

¿Y qué era un "*apechusque*"? ¿Tenía la señora Lavert un idioma propio y esa era su maldición?

En una cosa tenía razón la temida anciana: las cosas se estaban complicando y puede que no haya nadie que pudiera salvarme esta noche en mi cara a cara con la Reina Bruja.

Salir airosa de esa cena no iba a ser tan fácil como cuando me preguntaban en las cenas familiares de Navidad si ya tenía novio y yo les respondía con mi ensayada indiferencia.

Capítulo Quince

Ellos me vinieron a recoger antes de lo previsto. No sé si se trataba de una estrategia psicológica para ponerme más nerviosa, si pensaban que iban a pillarme con las manos en la masa o si la Reina Bruja tenía tantas ganas de conversar conmigo que no podía aguantar más tiempo sin verme.

La guardia palatina se presentó en casa del Doctor cuando serían las siete de la tarde. Estaba convirtiéndome en una experta en eso de calcular la hora a ojo guiándome por la posición del Sol. Siempre digo que lo único que necesita una mujer en esta vida para ser feliz son sus propios dedos y una buena iluminación.

Cuando tocaron a la puerta me levanté de la silla como si el asiento fuera lava y corrí hacia la puerta esperando que fuera Dariusz.

Estaba tardando demasiado y me estaba empezando a preocupar. ¿Cuánto se podía demorar un hombre para encontrar un objeto en un espacio delimitado? Todas sabemos la respuesta: mucho.

Estuve a punto de verbalizar mis pensamientos con un "*cómo vaya yo y lo encuentre*" (en modo madre) hasta que al abrir de golpe la puerta me encontré con una cara no deseada.

La del Capitán Augusto mirándome con desdén.

—Vaya, sí que se alegra de verme.

—¿Qué hacéis aquí? Aún es temprano —se quejó la abuela poniéndose de pie y activando todas las alarmas. Por suerte, la Franceszka verdadera estaba orinando y no se produjo una situación incómoda con mi gemela postiza.

—¿Acaso tiene algo mejor que hacer? —preguntó el Comandante Augusto con sorna—. Además, no interrumpo nada, ¿verdad? No he visto ninguna cinta colgada afuera.

Aquí tenían por costumbre atar un trozo de tela rojo en el alféizar de la ventana que da al exterior cuando hay una parturienta en casa en plena acción.

Nosotros no podíamos ponerla, porque entonces eso cancelaría automáticamente mi cita con la Reina Bruja al significar que no estaba disponible por impedimento natural.

Y esta cita era una que no podía perderme por nada del mundo.

—No. No. Estoy preparada.

Con toda la fortaleza que puede reunir, volviendo a enderezar una sonrisa y con el mentón bien hacia arriba, salí por la puerta con paso decidido, sin mostrar fragilidad ni miedo. Decidí que esa tendría que ser mi actitud durante toda la noche, como una de esas personalidades poderosas y decididas que se inventan las estrellas del pop para subirse al escenario, a lo Sasha Fierce.

Afuera me estaba esperando un carruaje tirado por dos caballos que me conduciría a la fortaleza de la Reina Bruja. Me sentía como Cenicienta, pero en vez de dirigirme a un baile con mi Príncipe Azul, me conducía a una cena con la Reina Bruja en la que seguramente saldría todo mal, porque el plan —si se podía llamar así— estaba siendo un completo desastre.

No pude despedirme de los Starek (mi familia de acogida) como a mí me hubiera gustado, es decir, como si fuera la última vez que los iba a ver. Pero es lo que tiene fingir que es tu familia verdadera, que no tienes nada que esconder delante de los oficiales y que vas a una simple cena.

Y encima aquellos dos tontos a los que tanto cariño había cogido aún no habían aparecido y puede que no los vuelva a ver tampoco nunca más. No quería llorar, más que nada porque no podía hacerlo delante de él.

—Parece triste, Franceszka. ¿No le alegra compartir una exclusiva velada con la Reina Bruja? —me preguntó el Comandante Augusto con un tono a medio camino entre la irónica burla y una preocupación real.

—No, es el dolor abdominal. Por las contracciones. Usted nunca lo entendería —respondí anotándome un punto. Franceszka me había contado todo sobre él, sus debilidades, sus frustraciones, sus sueños imposibles.

Lo llamaban Palacio porque es donde residía una Reina pero en realidad mi padre tiene una casa más grande que esta en Santa Monica, donde paso los veranos junto a su novia de casi mi misma edad.

En realidad era como una gran torre situada en la linde del bosque al este de la casa de los Starek, encima de un promontorio, lo que le otorgaba la apariencia de una fortaleza.

Eso sí, era de piedra, lo que ya le distinguía del resto de casas del pueblo, todas confeccionadas con madera (me preguntaba si para levantarla había utilizado los mismos métodos que los faraones egipcios con sus pirámides).

Ví pocos efectivos apostados en la entrada principal, pues la mitad de

los guardias estaban repartidos por los caminos del pueblo, vigilando el toque de queda impuesto por la Reina Bruja.

El interior era húmedo y estaba decorado con un montón de alfombras en el suelo allá por donde pisaba, cuadros y estandartes en las paredes (observé uno del que me pareció una estampa familiar de los Reyes y su hija en un tiempo feliz), candelabros en el techo y un silencio que —como el frío que notaba— me calaba en los huesos.

Llegamos a un amplio comedor con una mesa tan larga que ocupaba todo el espacio. Estaba decorada con un impoluto mantel blanco, un centro de mesa de porcelana y dos sillas de nogal, situadas en cada punta. En el techo, un enorme araña forjada en hierro con multitud de velas iluminaba la estancia, a falta de electricidad.

El Capitán Augusto movió una silla con caballerosidad para que me sentara en ella.

—Su Majestad acudirá enseguida —anunció, mientras se posicionó arrinconado en la pared como una momia, en la mitad de la sala junto a la puerta de entrada, enfrente de un gran ventanal abierto que daba al exterior.

Cogí una servilleta de seda y me la coloqué con delicadeza sobre el regazo, tal como me habían enseñado esa tarde en casa del Doctor. Tampoco me hacía falta, he visto *Pretty Woman* todas las veces que la han emitido por televisión (prácticamente la mitad de mi vida).

El Capitán Augusto me miró con aprobación, parecía sorprendido por mis buenos modales.

Después de unos minutos de espera —como una buena diva en sus propios conciertos— llegó ella, anunciada por su alguacil:

—La Reina Bruja, la Excelentísima Señora Ela.

Me puse de pie como requería el protocolo.

La Reina Bruja se había cambiado de ropa y ahora lucía un vestido de terciopelo de color púrpura con un discreto escote, los brazos tapados por una camisola de lino y una falda de forma cuadrada de unos seis pies de largo. Su cabello estaba cubierto por una cofia sujeta con una cinta atada por debajo de su barbilla. Era su versión de "*me voy a poner cómoda para estar por casa*".

El Capitán Augusto también acompañó su silla y después volvió a su erguido emplazamiento.

—Bienvenida a mi humilde morada, Franceszka.

—Gracias, Su Humilde Majestad.

—¿Tienes hambre, mujer?

—Yo siempre tengo hambre —dije sin faltar a la verdad. Soy de las que se zampa un *kebab* a las siete de la mañana después de una buena fiesta.

—Bien, pues empecemos nuestro delicioso convite.

La Reina Bruja golpeó levemente la copa de cristal con una cuchara.

Inmediatamente, entraron varios señores del servicio portando platos como si fueran malabaristas.

Uno de ellos me sirvió una hogaza de pan de centeno con la parte superior rebanada y en el interior una sorpresa: el trozo de pan estaba hueco y relleno de una humeante sopa, hecha con patatas, harina, salchicha cortada en trozos, zanahorias, nabos, huevo cocido, perejil y una... pezuña de cerdo flotando como un cadáver en un río.

—Mmm. De primero, una sopa *Zurek* para matar el hambre —anuncié como si fuera Gordon Ramsay. Había aprendido cuáles eran los platos típicos y quise demostrar mis conocimientos haciéndome la chula delante de la Reina Bruja.

—Siempre apetece, ¿verdad?

No estaba preparada para la explosión de su particular sabor dentro de mi paladar. Era como demasiado ácido para mi gusto. Puse cara de que me estaba pareciendo exquisito cuando en realidad me estaba conteniendo el vómito. Como cuando nuestras madres nos obligan a comer verdura delante de ellas porque hasta que no te la acabes no te levantas de la mesa.

Me bebí el vaso entero de agua. Y me serví de la jarra dos vasos más. Ingerir grandes dosis de agua era un truco clásico para disimular el sabor asqueroso de las comidas que no te gustan.

Me había preparado psicológicamente por si caía el siguiente plato en el menú, y tuve la mala suerte de que así fuera.

—Guiso de lechuga al vino con guarnición de patatas —anunció el camarero de la muerte como si fuera una exquisitez.

Delante de mis glándulas olfativas estaba oliendo un estofado con unos muslos que parecían de conejo (pero que yo sabía de lo que eran), con un sofrito de tomate, cebolla, zanahorias, miel y flambeado con vino y unas hojas de laurel adornando el plato.

Después de comer todo eso, me volví vegetariana.

Tras beber por lo menos dos litros de agua, pregunté lo que toda dama preguntaría en mi situación:

—Tengo una urgencia con mi vejiga, ¿me podría indicar dónde se encuentra el excusado, por favor? —rogué con toda la educación que pude

reunir en un momento tan alarmante como el que estaba viviendo. Me estaba meando vida, joder.

—Claro, mujer. No te preocupes, aquí todas orinamos. Las campesinas y también las reinas.

La Reina Bruja le indicó con una señal al Capitán Augusto para que me acompañara hasta el lavabo.

Hasta cuando estaban a punto de explotar mis riñones tenía que soportar la amargada cara del Capitán mirándome con inquina superioridad.

—Por aquí, Franceszka —me dirigió por los interminables pasillos del Palacio. Alguna vez que otra nos parábamos y simulando que se perdía, rectificaba la dirección. Estaba jugando con mi uretra y yo estuve a punto de asesinarlo un par de veces.

Tras mucho tiempo ausentada (la Reina Bruja se pensaría que estaba haciendo aguas mayores), regresé completamente vaciada por dentro. Me senté con toda la dignidad que se puede tener tras regresar del lavabo y que la otra persona lo sepa, y —con un nuevo coraje adquirido— destapé el telón de falsedad que estaba ocultando toda la noche nuestras conversaciones.

—Bueno, ya es hora de que te diga toda la verdad... Majestad.

La Reina Bruja arqueó una ceja y dejó parado el tenedor sosteniendo un trozo de carne a medio camino de su boca.

—Vaya, ¿no vas a esperar ni a los postres, mujer?

—No. No voy a continuar ni un segundo más sin soltar todo lo que llevo dentro.

Bueno, aunque eso ya lo haya hecho antes, en el lavabo.

—Interesante.

La Reina Bruja se limpió las comisuras de los labios con la servilleta. Apoyó los codos encima de la mesa y juntó las manos, dispuesta a escuchar todo lo que quería escuchar desde el primer minuto que me conoció.

Por fin acababa el teatro. Ya no seríamos más un personaje que nos ha tocado interpretar en esta obra. Seríamos nosotras mismas.

Ella estaba expectante. Así que comencé sin rodeos, observando sus manos. Sus delgados dedos. Y algo más interesante todavía si mirabas aún más cerca.

—¿Sabes?, soy adicta a las series donde se resuelven crímenes y misterios. *Mentes Criminales*, *Ley y Orden*, *C.S.I.*, *Pretty Little Liars*... Las veía siempre con mi madre y jugábamos a adivinar las pistas que daban los guionistas antes que lo resolvieran los personajes.

—¿Cómo?

—La marca en tu dedo.

La Reina Bruja se apretó el dedo al que me estaba refiriendo con la otra mano. Un gesto que la delató. Yo sonreí como quien había pillado al asesino en una de esas series de TV.

—En el dedo de en medio de la mano izquierda, además. Eso da todavía más información. Según una revista de bodas que leí cuando fui la dama de honor de mi madre en su segundo matrimonio: el lugar donde las mujeres casadas llevan el anillo de boda dista según los países y las tradiciones. Que lo lleves en la izquierda descarta que vivas o te hayas casado con alguien de Polonia, pues aquí es costumbre seguir con la tradición romana de llevarlo en el dedo anular de la mano derecha. También descarta otros países como Alemania, Holanda, España, Rusia... yo que sé, muchos. Ah, y también descarta que seas judía... ahí fuera, claro, porque aquí dentro tú misma eres tu propia religión. En cambio, es una pista sobre dónde o con quién vives conyugalmente: Inglaterra, Estados Unidos, Australia, el mundo anglosajón en general, y la mayoría de países asiáticos...

—¿Quién...?

—Déjeme acabar y luego tú ya decides lo que quieres hacer, ¿vale?

La Reina Bruja cerró la boca. Debo de ser la primera persona que consigue eso en este pueblo.

—Entonces... tenemos que estás casada, ¿verdad? Con un hombre... ¿hombre? —la miré y asumí su heterosexualidad porque no me lo negó y porque, por lo que supe, aplicaba en el pueblo unas normas más restrictivas con la sexualidad incluso que la Iglesia Católica—. Puede ser que americano o británico, canadiense tal vez. Yo apuesto por un evangelista millonario de la industria del petróleo de Texas. Estás acostumbrada a la buena vida también fuera. Tu campaña para la higienización con los habitantes del pueblo. Un lavabo bastante moderno para lo que me he encontrado aquí. Seguro que soy la única del pueblo que ha visto esa cisterna y ha meado en condiciones. Además, conoces a Taylor Swift. Tranquila, no es una crítica personal a tus gustos musicales. Con esto quiero decir que no estás aislada de la sociedad, viviendo en una cabaña en el bosque o algo así. Formas parte de la sociedad, de sus mecanismos, de su modo de vida. Estás sometida a la legalidad una vez abandonas tu territorio.

—Perdona, pero hablas más que Fidel Castro. ¿Adónde quieres ir a parar, jovencita?

—A que tienes algo que perder ahí fuera. A que eres vulnerable. Quiero decir, Ela: que te puedo chantajear. Puedo publicar tu foto en Reddit o abrir un hilo en Twitter y que en cuestión de horas todo el mundo averigüe quién eres, ya sabes cómo se las apañan. Puedo hacer que investiguen sobre este pueblo perdido. Hacer que ahí fuera no tengas paz nunca más y no puedas volver a salir al exterior en tu vida. Y tener que quedarte encerrada en este pueblo que tanto detestas. Para saber que odias este lugar no hay que ser un genio.

—Vale, me está dando jaqueca escucharte. ¿Has acabado ya?

—Pues... no, aún tengo mil cosas más que decirte en realidad... —dije de forma acelerada.

—A ver... Franc... ¿cómo te llamas en realidad, mujercita?

—Ava. Me llamo Ava Carter. Y yo soy tu maldición.

—Bien, Ava. Yo también tengo que decirte algo —anunció con una pasmosa tranquilidad.

—¿Sí?

La Reina Bruja se levantó de la silla echándola hacia atrás con un chirriante ruido y golpeó la mesa con los puños, expulsando de repente toda la ira que se había contenido hasta ahora:

—Sí. Que vas a seguir contando tus historias para no dormir en las mazmorras, de donde no saldrás jamás. ¡Capitán, arreste a esta embaucadora!

Capítulo Dieciseis

—No pienso hacer eso, Mi Señora... quiero decir, señora.

No lo voy a negar: disfruté como una niña pequeña en un parque acuático cuando distinguí la mueca de estupefacción de la Reina Bruja en su hasta ahora imperturbable rostro.

Así se debió sentir la gente cuando descubrió la verdadera voz de Greta Garbo en su paso del cine mudo al sonoro. O cuando se enteraron de que Ariana Grande no es en realidad negra sino una persona muy bronceada.

—¿¡Qué... Capitán?! ¿Qué está haciendo? —exclamó con asombro.

El Capitán Augusto estaba sujetando un teléfono móvil con la cámara delantera apuntando con gran destreza a su señora.

—¿Me estás grabando con eso? ¿Qué...?

La Reina Bruja giró de nuevo su mirada hacia mí y captó mi subrayada sonrisa, lo que la irritó aún más, soltando un grito de ira que no podía contener más.

—Jaque mate. Que por si no lo sabes, quiere decir que no tienes escapatoria.

En serio, quería decir literalmente eso, en persa. La abuela de mi amiga Asia es iraní y un día en el que se nos subió demasiado los porros me lo explicó entre risas. Nunca pensé que le daría utilidad a este dato curioso.

La Reina Bruja se dirigió a la entrada con prisa mientras gritaba fuerte para que la oyeran:

—¡Guardia! ¡Acudan a mi amparo AHORA MISMO!

Para su sorpresa, entraron un par de soldados, sí; pero desarmados y taciturnos.

Y detrás de ellos, apuntándolos con unas lanzas, Dariusz y Pawel.

—Me temo que nadie va a protegerla, Majestad —añadió Dariusz rozando la punta de una lanza contra la espalda de un soldado para que se moviera con ligereza.

Mi sonrisa aún se hizo más grande y mi cara se iluminó como un amanecer en la costa.

—¿Pero cómo...?

La Reina Bruja se echó para atrás, con unos ojos en los que por primera vez percibí el miedo, además de la inevitable confusión que todos debéis tener ahora mismo.

La Reina Bruja corrió hacia el ventanal abierto y salió al balcón.

El Capitán Augusto, como buen *paparazzi*, se colocó a su espalda y lo siguió grabando todo desde su perspectiva. Tenía madera para trabajar en la *web* de cotilleos TMZ si sale de aquí.

Desde ese balcón muchas veces se había asomado la Reina Bruja para dirigirse a su pueblo, cuando se reunían para las festividades que conmemoraban su aniversario, por ejemplo. O para dictaminar sentencias (im)populares o nuevas normas a seguir que no gustaban a nadie.

En ese momento, su pueblo también se había reunido en los alrededores de su fortaleza.

Pero no para homenajear su autoritaria figura o para ser sometidos por su vara de poder, sino para todo lo contrario.

La Reina Bruja observó consternada varias columnas de humo saliendo de distintos puntos del pueblo.

Y la mayor partes de los miles de habitantes de Zamożni clamando en un solo grito: LIBERTAD.

Muchos de ellos llevaban puestos en sus cabezas cascos que pertenecían a sus soldados, lanzas, espadas y otras armas.

Todos llevaban en sus caras una expresión de rabia, rebelión y poder.

El pueblo estaba tomando el Palacio.

Había sido traicionada por todo el mundo.

Pero... ¿cómo habíamos llegado a este punto?

Paciencia: es lo que os pienso relatar a continuación.

Existen varios sucesos que han ocurrido simultáneamente mientras estábamos cenando y que han convergido en lo que ahora mismo estaba observando atónita la Reina Bruja.

La toma del Palacio por parte de Dariusz y Pawel, el Capitán Augusto traicionando a su venerada jefa y grabándolo todo con MI teléfono móvil (ese que estaba perdido) y el pueblo unido manifestándose en el exterior.

¿Por dónde queréis que comience?

Bueno, elijo yo, que para eso soy la que narro. ¿Qué tal si empezamos por mis hombres —Dariusz y Pawel—, conectando con la posterior revolución del pueblo y acabando con por qué diantres tiene el Capitán Augusto mi móvil que tanto andaba buscando y por qué ahora está de nuestro

lado?

Bien.

Después de darse por vencidos en la búsqueda de mi móvil (como aquella noche que lo perdí en la discoteca y mis amigas y yo lo estuvimos buscando hasta que cerró), escrutando hasta el último milímetro de los alrededores del jardín de la señora Lavert (incluso preguntando casa por casa a los vecinos más cercanos al lugar de los hechos por si habían visto un inusual objeto perdido), regresaron a casa del Doctor, donde descubrieron que ya me habían pasado a recoger y estaba de camino a Palacio.

Sintiéndose frustrados y decepcionados con ellos mismos, decidieron que no iban a quedarse con los brazos cruzados mientras yo me enfrentaba a la fatalidad de mi inexorable destino.

Dariusz recalcó —en el *brainstorming* familiar que llevaron a cabo para dar con una solución— que la mayoría de soldados de la guardia palatina estaban apostados en los caminos del pueblo. *Por lo menos tres cuartos de la totalidad de los efectivos*, apostilló Pawel.

Por tanto, la seguridad en la fortaleza de la Reina Bruja estaba bajo mínimos. Si quisieran, podrían tomar el Palacio con suma facilidad.

Pero antes tenían que quitarse de encima a los vigilantes aquí, en el pueblo.

Para ello, solo existía una manera.

El pueblo tiene que tomar el pueblo.

Y contaban con la persona mejor indicada para incentivar ese sentimiento a sus conciudadanos: Franceszka. La verdadera Franceszka, quiero decir.

Sus palabras llamando a la rebelión frente a la tiránica opresión de la Reina Bruja calaron hondo en las conciencias de una gran parte del pueblo y si reciben una información que les motive aún más...

—¿Quieres revelar a todo el mundo la verdadera identidad de Ava? —preguntó su padre, algo confuso.

—Quiero que el pueblo sepa que ha vivido engañado toda su vida, que la libertad está al alcance de sus manos y que si luchan por sus derechos pueden conseguirlos, porque son suyos. Y para que vean que todo eso es verdad, tienen que saber lo de Ava.

—Es arriesgado. Pero lo entiendo.

—Pero, ¿cómo nos van a escuchar? La gente está recluida en sus casas.

Y no tenemos mucho tiempo —preguntó Honorata.

—Tengo una idea... —Jakub se frotó la barbilla.

A dos casas de la del Doctor había un guardia que iba a servirles de gran ayuda.

¿Os acordáis de la Asamblea de esta mañana? Y cómo la Reina Bruja utilizó a uno de sus soldados como altavoz humano.

Esa era justo la persona que necesitaban en este momento.

Fue fácil convencerlo. Creo que desde el mismo instante en que vio a un grupo de personas dirigiéndose hacia él portando cuchillos, rodillos y otros utensilios de cocina como armas, lo tuvo bastante claro.

Después, Franceszka le recordó cómo él y su familia habían sido utilizados por la Reina Bruja como herramienta política y —literalmente— como herramienta, lo que supone un trato vejatorio; le contaron la historia de Ava y la oportunidad que tenía de cambiar la vida de todos sus conocidos.

El pequeño Jan también le recordó cuando lo pilló detrás de un árbol masturbándose mientras observaba a su profesora enjuagándose el sudor con un paño mojado, y la abuela apuntó luego que si se enterara su madre de eso —conociéndola— le caería un buen rapapolvo, tal que la Reina Bruja parecería una mansa ovejita al lado de ella.

Franceszka, con la mano apoyada en su hombro, se dedicó a promulgar su mensaje mientras pasaban por delante de cada casa del pueblo.

Mientras tanto, los demás se hacían cargo de los soldados apostados, bien convenciéndolos con la palabra o bien con la fuerza (las únicas dos maneras que existían de convencer en una guerra).

La ayuda inicial de la familia Jaja y su fuerza animal fue esencial para aplastar a los primeros enemigos.

Además, el Doctor había traído para la ocasión una gran cantidad de cuerda enrollada. Porque, obviamente, se trataba de un pueblo pacífico y aquí no iba a haber ninguna baja.

Cada vez se iban uniendo más y más personas a la procesión por la libertad, abriendo los ojos de aquellos que aún estaban dormidos. Como cuando Katy Perry sacó el videoclip de *Chained to the Rythm* (vale, parezco una *Playlist* de *Pop Hits* hablante, pero es que me encanta la música, ya os lo he dicho).

—Señora Lavert, ¿quiere unirse o no? Pero no me tenga aquí perdiendo el tiempo discutiendo con usted.

—Pero su hijo y su amiguito el callado me han destrozado el jardín. Y

me vas a tener que pagar al jardinero, Franceszka, que me cuesta muy caro.

—Que siiii. Que ya le he dicho que se lo pagaré yo.

—¿Y la falta de civismo de su hijo qué; va a ser castigado o va a dejar que piense que puede ir destrozando jardines ajenos con total impunidad?

—Que sí, señora Lavert, castigaré a mi hijo Dariusz. Es más, ¿qué le parece si él y Pawel le cuidan y arreglan el jardín gratis, durante un año entero?

La señora Lavert por fin había conseguido lo que quería.

A todos nos convencen si nos ofrecen justo lo que necesitamos.

—Pues vale. Me uno a vuestro estúpido grupito de rebelión. Pero como fracasemos y la Reina Bruja nos castigue a todos, confesaré a las autoridades que tú has tenido toda la culpa y nos obligaste a hacerlo. Y me quedaré tan ancha.

—Eso no lo dudo, señora Lavert. Pero no fracasaremos.

—Más te vale, jovencita. Mi pobre espalda ya no está para que la azoten.

Algunos soldados eran demasiado fieles a la Reina Bruja. Igual porque su maldición era precisamente esa. Se rumorea que existe una parte de la guardia palatina, abandonados o dados en adopción por sus madres (incluso dicen que no saben de dónde han salido), que son maldecidos a servir con fidelidad eterna a la Reina Bruja.

Los que dieron más guerra a los ciudadanos rebeldes provocaron algún destrozo que otro en el pueblo, como pequeños incendios (la incontrollable maldición de la familia Iskry intentando que los soldados no escaparan hacia el Palacio para alertar a la Reina Bruja) o algún herido que otro, que el Doctor sanó de inmediato con sus malditas manos sanadoras.

La gente estaba muy aliviada de que el Doctor fuese una de las cabezas visibles de la Rebelión, estaban más tranquilos por si les ocurría algún percance grave. Y, además, teniendo en cuenta que el Doctor odiaba a todo el pueblo, era muy significativa su participación en el alzamiento.

Poco a poco, el mensaje de Franceszka iba calando entre los habitantes de Zamożni:

—Que la insurgencia que hoy estamos viviendo sea recordada mañana como el primero de los días que tienen que venir. Que no tengamos que rogar más por gozar de una libertad con la que nacemos y que en nuestro nacimiento no se nos imponga una limitación a esa natural independencia, aprisionándola en una maldición que nos marca para todas nuestras vidas. Porque pensar por

nosotros mismos nos va a convertir automáticamente en enemigos del Estado, eso tenedlo claro; pero un Estado no es nuestro amigo cuando piensa por nosotros. La Reina Bruja no es nuestra amiga, no es nuestra reina, no es ni siquiera nuestra conocida, pues esa mujer nunca nos ha representado ni no nos ha querido. Y nunca la hemos conocido realmente...

Koso, el hombre maldito con la verdad impoluta en su lengua, resopló e interrumpió el motivador discurso a lo Leónidas en 300.

—Ufff, Franceszka. Estamos contigo, de verdad. Bien lo sabes por lo que acabo de decir. Pero, ¿podemos dejarnos ya de tanto rollo y palabrería? ¡¡Vamos a tomar el Palacio de una maldita vez!!

«SÍ!», exclamó el pueblo al unísono levantando los brazos.

—Vale... pues... vamos. Yo... solo quería que quedara bonito hasta el final.

Eran unas 1000 personas, quizás más. Nunca he sabido cuál era el censo exacto de los habitantes de Zamożni. Pero todos juntos llegaron al Palacio, donde les fue relativamente fácil deshacerse de los guardias de la entrada.

Ahora solo quedaban unos pocos dentro, una media docena más o menos. Y El Capitán Augusto.

El plan era que Dariusz y Pawel se internasen en el Palacio sigilosamente (provistos de armas, por supuesto) y fueran atacando por sorpresa a esos últimos hombres que se interponían entre la Reina Bruja, Ava, ellos y su libertad.

Mientras, el pueblo se quedaría abajo controlando que nadie saliera ni entrara al Palacio. Querían que el asalto fuera sorpresa, por lo que pudiera hacer la Reina Bruja con Ava si averiguase lo que estaban perpetrando. Y cuando Dariusz y Pawel lo tuvieran todo bajo control, les harían una señal para verificarlo.

Y así fue: lo primero que hizo Pawel nada más entrar fue dirigirse de inmediato al balcón, desde donde hizo el gesto de la victoria (que para ellos era nuestra grosera seña con el dedo anular).

El público reventó en aplausos.

—Dariusz...

Yo me dirigí corriendo hacia él todo lo deprisa que pude.

Por alguna razón, él no se movió del sitio.

Dariusz me estaba sonriendo, pero parecía que le costaba.

Tenía una mueca extraña en la cara, cerraba el ojo derecho como si...

Y me di cuenta: la sangre le traspasaba la tela y le rebosaba por la zona

del abdomen.

—¿Estás herido?! —dije con preocupación, y el beso que tantas ganas tenía de darle tuvo que esperar, porque lo primero era asegurarme de que estaba bien.

—No-no pasa nada, en serio. Es superficial —me dijo con un tono calmante, esforzándose en sonreír.

—Esa herida no es superficial, campeón —añadió el Capitán Augusto, exponiendo la evidencia.

Yo le subí la camisa hasta destapar una herida que, en efecto, no pintaba nada bien.

—Esto tiene muy mala pinta, Dariusz —dije con gran preocupación. Y en seguida me giré y le grité mentalmente a Pawel—. *Llama inmediatamente al Doctor. Lo necesitamos.*

Pawel afirmó con la cabeza. Y asomado desde el balcón, se comunicó mentalmente con el Doctor.

Este, desde la planicie en el exterior, se señaló y, después de comprender que algo grave estaba ocurriendo, empezó a caminar hasta la gran puerta de entrada al Palacio.

La gente empezó a murmurar, pues aquello no entraba dentro del plan.

—Tranquilo, el Doctor está en camino —susurré, mientras ayudaba a Dariusz a dar unos pasos hasta la silla, donde lo senté con delicadeza—. Te va a curar y todo va a salir bien.

El Doctor le va a curar. No paraba de repetírmelo en la cabeza.

«Y todo va a salir bien».

Capítulo Diecisiete

En el rato que el Doctor llega para salvar la vida de Dariusz os cuento la otra parte que faltaba para completar el puzle. La pieza correspondiente al Capitán Augusto.

Ahora estaba grabándolo todo con el móvil, como el cámara profesional de un *influencer* (¿qué os creéis, que se graban ellos mismos?) pero hace muy poquito tiempo me estaba escoltando hasta el lavabo con unas enormes ganas de que la Reina Bruja desvelara mi tapadera y me encerrara en el calabozo.

Después de evacuar, salí del lavabo más aliviada pero con pocas ganas de volver a mantener un silencio incómodo con mi custodio.

Pero resulta que la conversación fue totalmente provechosa.

—¿Cómo es tu mundo? —me soltó así, de sopetón.

—¿Cómo? —respondí yo, medio disimulando, medio que no me había enterado de verdad.

El Capitán Augusto sacó algo de su bolsita de cuero.

Era mi móvil.

Todo este rato... lo había tenido él. El muy hijo de...

—Debo presumir que esto es tuyo.

—¿Qué? No-no sé que es eso.

—Venga, mujer. No disimules más. He visto los dibujos que guarda este mágico objeto en su interior. Son muy reales, por cierto. Hay muchos autorretratos tuyos, con tus cabellos pintados de otro color y llevando exóticos ropajes. En algunas ocasiones, incluso sin ropa alguna.

Dios, qué vergüenza. De entre toda la gente, ha tenido que ser el Capitán Augusto quién ha visto los *nudes* que me hice para enviárselos a mi ex pero que nunca reuní el valor suficiente para hacerlo.

Yo me mantuve callada. No sabía qué hacer realmente. ¿Denunciarlo, a quién?

—Supongo que es verdad lo que dijo Maja. No eres Franceszka, eres otra persona que se parece mucho a ella. Y vienes del exterior. El exterior... cuántas veces he oído hablar de ese concepto tan abstracto, tan misterioso. En las calles. Porque mi señora nunca decía ni una sola palabra al respecto

cuando regresaba. Siempre volvía feliz, alegre, hinchada de vitalidad. Y al cabo de unos días de estar aquí, volvía a ser la Reina Bruja mustia y dañina de siempre.

—¿Por qué me estás contando todo esto, Capitán?

—Te repito la pregunta, mujer. ¿Cómo es tu mundo? Quiero decir, a los ciudadanos no les maldicen al nacer, ¿verdad? He visto todas las ilustraciones. He visto a gente siendo libre, haciendo cosas que aquí nadie pudiera imaginarse y mucho menos permitirse...

La voz del Capitán Augusto se quebró. Nunca pensé que una persona en apariencia tan fuerte se mostraría tan vulnerable. Y menos conmigo.

—¿Lo dices por tu... maldición personal? —le dije con un tono de voz suave, posando mi mano sobre su espalda. Es el primer contacto físico no impostado que teníamos desde que nos conocemos.

—He visto un dibujo... ¿Todos son basados en la realidad, verdad? En él se veían a dos hombres, de mediana edad, como yo; sostenían un bebé... y se les veía tan felices y orgulloso... juntos. En el siguiente grabado se les veía juntando sus labios y entrelazando sus manos. Había gente a su alrededor. Parecía... que no les importaba lo que estaban haciendo esos dos señores delante de sus ojos. Que aceptaban...

La homosexualidad en Zamožni estaba prohibida. Me lo contaron los Starek cuando me informaron sobre todo lo que podría servirme en contra de la Reina Bruja y sus acólitos.

Me entristeció que tuviera que recurrir a eso como arma arrojadiza si me quisiera defender de sus embistes. No sentía que tuviera la sartén cogida por el mango, al contrario, sentía pena y no quería utilizarlo eso en su contra.

Respecto a ese tema, tampoco es que fuera esto Arabia Saudí. Nunca hubo problema alguno al respecto (me refiero en plan violento) porque si existían, lo escondían muy bien. Como era el caso del Capitán Augusto.

Todo el mundo en el pueblo sabía que le gustaban los hombres.

Todo el mundo sabe la trágica historia del Capitán Augusto y su amante fallecido: Mitchki. Era el jefe de cocina de Palacio.

Llevaban su relación en secreto. Vivieron esta relación prohibida durante décadas. Su mayor sueño era tener un hijo juntos.

Era un sueño imposible de cumplir, por muchas razones.

Mitchki siempre quiso revelar su condición, confesar su amor en público, vivir en libertad.

Pero el Capitán Augusto siempre le recordaba que si confesaba tal

semejanza, la Reina Bruja les castigaría, y no tendría misericordia con ellos a pesar de su privilegiada posición.

Mitchki estaba harto. El Capitán Augusto le obligaba a callar.

Hasta que un día... calló para siempre.

Se suicidó ingiriendo una seta sumamente venenosa.

Él era experto en recolectar setas (era el mejor cocinero que ha existido nunca, decían) y sabía exactamente cuáles eran comestibles y cuáles eran mortalmente peligrosas.

La Reina Bruja lo catalogó como "*un terrible accidente*" y "*una fatal casualidad*".

El Capitán Augusto sabía perfectamente la verdad.

Se murió porque no podía ser libre. En parte, por su culpa, por su maldita cobardía.

—¿En tu mundo... dos hombres pueden amarse libremente? —le costó expresar en voz alta ese pensamiento.

Yo le cogí las manos y se las froté con ternura. Asentí.

—Son mis tíos. Los de la foto. Tío Peter y Tío Raf. Están casados. Su hijo, mi primo, tiene 2 años y se llama Leo. Es real. Mi mundo no es perfecto, eso te lo puedo asegurar. Pero es mejor que este.

El Capitán Augusto suspiró y se quitó una lágrima solitaria de la mejilla.

—Te ofrezco mi colaboración. En todo lo que necesites. Si me prometes que me ayudarás a salir de aquí.

—Por supuesto, Capitán.

—Llámame Gus. Así me llamaba él.

—Y tú llámame Ava. Así es como me llaman todos —dije sonriendo y presentándonos formalmente con la mano. Por supuesto, nunca le llamaré Gus. Siempre será el Capitán Augusto para mí.

—Ah, y me presentarás a tus tíos.

—Les encantarás. Adoran todo lo antiguo.

—Y ahora, tenemos que volver. La comida se enfriará y la paciencia de la Reina Bruja también. Dime, ¿qué es lo que tengo que hacer?

El reto de enseñar a vuestras madres a utilizar un *smartphone* no es nada comparado con el de enseñar a una persona que hasta hace un día no sabía ni de la existencia de la telefonía y llamaba ilustraciones a las fotografías. Y todo en apenas un minuto.

—Vas a grabarlo todo... Mira, con el dedo tocas aquí...

Y así es como el Capitán Augusto se convirtió en un aliado.

Ah, yo también me preguntaba lo mismo que vosotros...

—Por cierto, ¿cuál es tu maldición? La real, quiero decir.

No poder amar libremente ya me parecía suficiente maldición, pero eso no era algo provocado por la magia, si no por la intolerancia de los mundanos.

—Si te lo digo, me perderás todo el respeto...

—Venga ya.

—De acuerdo. Siempre he tenido este precioso y poblado bigote... siempre. Desde que nací.

Me morí de la risa. Ahogué mis carcajadas con las manos para que la Reina Bruja no escuchara nada. No puede evitar que rondara por mi cabeza la imagen del Capitán Augusto bebé con un enorme bigote.

—Aún puedo detenerte, jovencita.

—Lo siento, lo siento. Ya paro.

Tuve que respirar hondo muchas veces durante el camino de vuelta al comedor para contenerme la risa y ponerme otra vez totalmente seria.

Ahora es cuando empezaba el verdadero espectáculo.

Cogí el teléfono. Comprobé que tenía batería y también cobertura.

Ya me había ausentado demasiado tiempo de la cena pero tenía que hacer una llamada muy importante antes de volver a la mesa. Era urgente, no es que sea una adicta ni nada de eso.

Tendría que ser una llamada de apenas un par de minutos, algo que parecía imposible tratándose de mi amiga Katie. La de los audios de Whatsapp de 30 minutos.

La llamé con la esperanza de que lo cogiera, porque nunca se sabe con ella, siempre la pillabas en la ducha, o arreglándose o saliendo de casa pero en realidad aún estaba en la ducha. Igual ya ha pasado tanto tiempo ahí fuera que incluso se ha olvidado de mí.

—¿¡¡¡Ava??! —me respondió al otro lado del altavoz con un escandaloso grito, que yo intenté asfixiar tapando el auricular del dispositivo.

—¡¡Katie!! ¡Sí, soy yo! Tía, me alegro tanto de oírte —yo le hablaba con un susurro fuerte, resistiéndome a soltar toda la adrenalina por mi boca como un trueno ensordecedor.

—¿Estás bien? Llamé hace un montón de semanas y se puso un hombre, un señor mayor. Parecía que había llamado a una residencia de ancianos, porque sólo decía "*¿Quién es, quién me habla? ¿Hola? ¿Dónde está usted?*" como si no supiese lo que era un teléfono.

Tenía toda la pinta de que el Capitán Augusto contestó a una de las llamadas de Katie por casualidad, sin saber cómo lo había hecho, y la experiencia le pareció como contactar con espíritus de otro mundo.

—¡Esa es la voz del espíritu que se intentaba comunicar conmigo desde el más allá! —dijo el Capitán sorprendiéndose de nuevo.

Yo me reí y a la vez siseaba para pedir silencio, pues no estábamos tan lejos del comedor y la Reina Bruja podría oírnos. Estos palacetes tienen una acústica buenísima.

—Katie, no puedo hablar mucho. Tampoco puedo hablar muy fuerte. Ya te lo explicaré, pero estoy con la Reina Bruja, que es la que gobierna aquí de forma despiadada. Y solo tengo uno o dos minutos antes de volver a reunirme con ella. Mi plan es grabarla con el móvil y chantajearla con filtrar su careto al mundo exterior, donde ella vive de forma periódica, presumiblemente casada con un hombre.

—¿Ella puede hacer que vuelvas?

—Es posible.

—Bien, escucha, Ava, tu padre ha puesto todo su empeño en recuperarte. Ha delegado su empresa temporalmente en manos de la Junta de Accionistas y lo ha dejado todo para averiguar tu paradero. Rollo Liam Neeson pero sin persecuciones. Si me dices que hay una posibilidad de que salgas de ahí, yo creo que lo mejor sería rodear el bosque con militares; tu padre ha conseguido una red de contactos increíbles aquí en Polonia. Así, si tu bruja quiere escapar, le será imposible.

—Me parece estupenda la idea.

—Bien, también puedes decirle a esa perra que pondremos su cara en todos los medios digitales del mundo y hasta en el último cartón de leche del planeta y que no podrá salir de su pueblo en su vida, porque aquí será la persona más buscada.

—Oye, ¿y has averiguado algo de por qué acabé yo atrapada aquí?

—Sí, bueno, respecto a eso... hay una cosa que tu padre no te contó...

—¿Qué hacéis?

Una voz nos interrumpió la conversación pegándonos un susto tremendo. Yo casi tiro el teléfono al suelo otra vez, pero ya había aprendido y lo tenía agarrado como si lo tuviera pegado a la mano.

Lo escondí inmediatamente detrás de mi espalda, disimulando.

—Nada.

Era el camarero que nos estaba sirviendo los platos durante toda la

cena.

Tenía una bandeja con una cabeza enorme de algún animal muerto y cocinado que —lo siento— yo ya no iba a comerme.

—Le estaba metiendo prisa a Franceszka, pero cada vez que micciona y volvemos, dice que le entran otra vez ganas.

—Es que estoy embarazada, a ver si os lo grabáis con fuego en vuestras cabezas ya. Me meo cada dos minutos y no hay nada que pueda hacer para evitarlo.

—Eh... bien, voy a seguir sirviendo la comida. Capitán, Señora...

—Nosotros también vamos. Venga, Franceszka, si se mea ya se cambiará las enaguas mas tarde.

El Capitán Augusto me empujó para que comenzara a andar detrás del camarero, disimulando unos gestos que me indicaban que no podíamos demorarnos más.

Yo alcé un momento el móvil, me lo llevé a la boca y susurré «*Tengo que colgar, te quiero, yo te llamaré, ¿vale?*» y después le entregué con habilidad el teléfono al Capitán, con la habilidad de una carterista.

Dibujando las palabras con los labios, le dije:

—Tal como te he enseñado.

Y le guiñé el ojo.

El Capitán Augusto movió la cabeza de modo afirmativo.

Fuera lo que fuera lo que iba a decirme Katie tenía que esperar. Siempre parecían interrumpirnos cuando ella pretendía decirme algo importante.

Pero ahora tenía que acorralar a la Reina Bruja en el cuadrilátero y recuperar mi vida.

Y aquí nos encontrábamos ahora: el Capitán Augusto grabando con el teléfono, la Reina Bruja sin protección, todo el pueblo unido sublevado y la sangre de mi amado Dariusz resbalando por mis dedos.

Las cosas estaban más removidas que mi estómago después de esta cena.

Capítulo Dieciocho

El Doctor se presentó por fin en el comedor de la Reina Bruja.

Ella le dedicó una inquisidora subida de ceja, afilada como un cuchillo de caza.

—Cuánto tiempo sin vernos, Ela.

—Stanis, estás hecho una mierda —le contestó ella con una sonrisa que no sabía si interpretar como cómplice o maliciosa.

—Tú tampoco estás en tu mejor situación, por lo que veo.

—Sí, bueno, parece ser que tu amiguita no me tiene mucho aprecio —dijo señalándome con los ojos y poniendo morritos de víctima desvalida.

—¡Doctor, quieres dejar los dardos envenenados para otro momento y curar a mi novio! Gracias.

—Vale, muchacha, qué carácter tienen las jovencitas de otro tiempo y espacio.

Yo solo estaba pensando en que había llamado a Dariusz "*mi novio*" en voz alta por primera vez.

Espero que él no se haya dado cuenta.

Definitivamente, no se iba a dar cuenta en su situación. Estaba recostado en el respaldo de la silla, con los ojos cerrados y la cabeza hacia arriba, poniendo muecas de dolor y sudando copiosamente.

El Doctor se acercó y le apartó las manos del abdomen. Dariusz protestó.

Yo me debatía entre el instinto de proteger del sufrimiento a "*mi novio*" o dejar que el verdadero profesional lo ayudara de verdad, aunque eso nos doliese a ambos.

El Doctor se puso serio y su cambio de expresión no me gustó nada.

—¿Qué pasa?

—La herida es seria. Ha llegado hasta algunos órganos vitales.

—Pero tú le curarás, ¿no?

—Por supuesto, muchacha. De otro modo, no creo que se pudiera salvar con la medicina natural con la que contamos en este pueblucho.

Yo suspiré aliviada y sonreí de pura felicidad. Gracias, gracias Reina

Bruja por esa maldición que —sin ella desearlo— nos ha salvado la vida a ambos.

El Doctor posó sus manos sobre la herida.

Suponía que su maldición actuaría como algún tipo de magia, que le brillarían las manos o algo así, y la herida empezaría a sanarse y la piel a cicatrizarse milagrosamente. Todo muy fantasioso.

Pero no ocurría nada.

Las manos del Doctor manchándose de la sangre que salía a borbotones de la herida abierta mientras todos teníamos nuestros ojos pendientes en ellas.

El Doctor ejerció más presión con sus manos en la herida, concentrándose aún más. Dariusz gritó otra vez más. Cada grito de dolor me sentaba como un hachazo en la espalda.

Hasta que el Doctor levantó las manos y las sostuvo en el aire, con la sangre salpicando en sus botas.

No entendía nada.

La Reina Bruja empezó a reír de repente, con una risa aguda y siniestra.

—¿Qué...? ¿De qué se ríe? ¿Qué está pasando?

—No se cura... —el Capitán Augusto añadió conmocionado.

Las caras de los presentes eran de un asombro colectivo. Yo les miraba a todos sin saber lo que pasaba por sus mentes.

—¡Eso es evidente, ya lo sé! ¿Pero por qué, qué pasa? —grité empezando a ponerme histérica.

La irritante risa de la Reina Bruja no se detenía. Era como una gota de agua fría cayendo sin cesar en mi frente.

Yo no aguantaba más y con un rápido movimiento, le arrebaté a Pawel la lanza que sujetaba y la empuñé hacia la Reina Bruja, quedando la punta de la lanza a un milímetro de su depilado entrecejo.

La Reina Bruja se calló de golpe. Todos se callaron.

—¡¿Quieres callar la puta boca, bruja?!

—*Ava...* —me advirtió mentalmente Pawel acercándose a mí, pero poniéndose a una distancia prudencial.

—¡Dime qué está pasando! —la amenacé aferrando con más fuerza el palo de la lanza.

La Reina Bruja posó con tranquilidad sus preciosas manos con su manicura perfecta justo detrás de la punta con la que le estaba presionando la frente.

Después bajó poco a poco la lanza. Yo no opuse resistencia.

Estaba intentando recomponerme y me había subido todo el *shock* de repente.

Después, se acercó a mí y cuando estaba a un palmo, clavó sus penetrantes ojos en mi mirada dispersa.

Y sonrió.

—La maldición, Ava. Nadie puede escapar de la maldición, recuerda.

El Doctor cayó de rodillas al suelo y después se llevó las manos sangrantes a la boca, apagando los sollozos que comenzaban a regurgitar de ella.

Y en ese momento, me di cuenta.

Lo recordé: *«Su maldición consiste en poder sanar a todo el mundo... menos a sus seres queridos»*.

—Parece que Stanis le ha cogido demasiado cariño a ese pobre infeliz —acabó de rematar la Reina Bruja observando la escena con atención.

—*El tiempo que él estuvo con su hija, fue la época más feliz de su vida* —añadió Pawel para todo aquel que quisiera oírle—. *Era... como un hijo para él. Con la distancia de los años posteriores a su muerte, siempre pensé que ese apego se había diluído del todo pero...*

—Nunca desapareció, siempre ha estado en un rincón profundo de mi corazón —el Doctor susurró con pesadumbre— aunque ya no nos habláramos. Por eso le ayudé con la chica, con todo lo que me pidiera. La maldición lo sabía.

Dariusz se rio, escupiendo sangre por la boca.

—Parece... que no eres tan duro como quieres aparentar, ¿eh, Doc? Y que no odias tanto como presumes.

—Dariusz... lo-lo siento, lo siento tanto... —el Doctor le suplicó.

—No debes disculparte por eso. Al contrario, yo te doy las gracias, Doctor. Yo también te quiero much... —no pudo acabar de pronunciar la última letra.

Cerró los ojos y su cabeza se balanceó hacia atrás.

—¡¡Nooooooooo!!

Yo me precipité hacia él con la impetuosa rabia de un trueno.

—¡Dariusz, no, no-no-no, por favor!

Le sujeté la cabeza y lo besé. No me importaba la sangre, ya no me importaba nada, solo él.

El Doctor se acercó de inmediato y puso los dedos sobre su cuello.

—Tranquila, está bien... de momento. Solo se ha desmayado. Vamos a

tenderlo, ¿me ayudáis?

Entre el Doctor, Pawel y yo pusimos el cuerpo yacente de Dariusz tumbado en el suelo.

Yo empecé a mordirme las uñas. Era un hábito que ya había superado. Mientras contemplaba a Dariusz tan quieto que parecía carecer de vida.

El Doctor había traído un cubo con agua y varios paños limpios para limpiar la herida y contener su flujo.

—Tengo también algunos ungüentos que servirán para calmarle el dolor. Pero... necesita una operación urgente. Y con los medios que tengo aquí yo no...

—Necesita salir de aquí lo antes posible para que lo curen. En el exterior. Lo sé.

Se acabaron las medias tintas.

Me giré hacia la Reina Bruja y me acerqué hasta ella con pasos implacables.

—Vas a decirnos cómo salir de aquí. ¡Ahora!

—Nadie puede salir de aquí, querida. Excepto yo. Esa es la maldición del pueblo en su conjunto, ¿recuerdas?

—Pues la retiras. O te mato.

—Cariño... ¿qué ganarías con matarme? Las maldiciones no se desaparecerán milagrosamente cuando yo deje de respirar. Esto no funciona así. No estás en una peli de Disney.

Me estaba vacilando y a mí nadie me vacilaba.

Cogí de nuevo la lanza y la volví apuntar, esta vez hacia su corazón, si es que tenía uno.

—Mira, vamos a dejarnos de jueguecitos, ¿quieres? Me vas a decir cómo se deshacen las maldiciones, sí o sí.

—Querida... yo no sé cómo se hace.

—Mientes.

—Y si lo supiera, ¿por qué crees que te lo diría?

—Me estás tocando ya los...

—*Ava* —me interrumpió Pawel bajando la varilla—. *Así no vas a conseguir nada, y lo sabes.*

—Pero es que...

—*Lo sé. El tiempo juega en nuestra contra.*

—Puede que yo sepa cómo obligarla a decir la verdad...

El Doctor se acercó y miró a la Reina Bruja con suspicacia.

—Tenemos un conocido en común que nos puede ayudar. ¿Verdad, Ela? La Reina Bruja lo miró enfadada, rechistando por la boca.

—Serás... traidor.

—Capitán... acompáñame a los calabozos. Hay que liberar a una persona que nadie en el pueblo se espera ver.

—¿Quién? ¿Cómo?...

—Ya te dije que la Reina Bruja y yo teníamos un pacto de no agresión. Porque yo sabía demasiadas cosas.

—Fui demasiado blanda contigo, Stanis. Te tendría que haber matado cuando enloqueciste y clamabas venganza contra esa desgraciada chiquilla. En ese momento, todos estaban en tu contra por tu falta de juicio y nadie te hubiera echado de menos.

—Por suerte para todos los presentes, no lo hiciste, Ela. Bien, necesito que atéis a esa mala mujer a la silla. Y Pawel, muchacho, también necesito que vayas a buscar a una persona en concreto entre la multitud de ahí abajo. Nosotros regresaremos lo antes posible, con una sorpresita. Vamos, Capitán.

El Doctor y el Capitán se fueron, mientras Pawel y yo atamos a la Reina Bruja a la silla que estaba manchada con la sangre de Dariusz, para que se acordara bien por qué estaba ahí.

Después, yo me estiré en el suelo junto a Dariusz y le cogí de la mano, llevándola a mis labios.

Yacimos juntos hasta que el Doctor y el Capitán volvieron... con un desconocido acompañante.

Tenía el pelo largo y sucio, una enmarañada barba con mucho volumen en la que podría criar una bandada de pájaros. Tenía la cara sucia y la ropa manchada por todas partes de cosas que no quería ni imaginarme. Olía fatal y le faltaban bastantes dientes en la boca.

Se notaba que había estado encerrado durante mucho tiempo en ese calabozo en condiciones inhumanas.

—Os presento a Drugo.

El tal Drugo no parecía muy sociable, la verdad. Evitaba todo contacto visual y estaba rascándose todo el rato. Pero era algo normal para alguien que había vivido tantos años encerrado en un calabozo, ¿no?

—Es muy tímido —ironizó el Doctor—. Pero es justo el tipo que necesitamos. Ven, Drugo.

Cuando Drugo vio a la Reina Bruja sentada en la silla emitió unos sonidos guturales y se escondió en las espaldas de el Doctor, agazapándose

con miedo.

—Tranquilo, tranquilo Drugo. No te hará nada. Ahora la que está aprisionada es ella. Mírala, está más indefensa que un cachorrito.

Drugo aulló como un lobo y empezó a dar saltitos de emoción.

—Espera un momento... ¿esta es la famosa mascota de la Reina Bruja? —pregunté en cuanto até algunos cabos con la leyenda que me habían contado los Starek.

—El Lobo... —afirmó el Capitán Augusto, pensando lo mismo que yo.

La abuela Starek me había dicho que se contaba que la Reina Bruja tenía una mascota en Palacio que nunca nadie había visto. Un lobo que, narraban las leyendas, era tan grande como un árbol y tan temible como una noche de tormenta, y se paseaba intimidante de noche por los pasillos del Palacio, cuando nadie estaba despierto, aullando a la luna.

Los habitantes del pueblo oían en la lejanía todas las noches de luna llena unos lastimeros aullidos y la explicación racional que encontraron fue inventarse esta leyenda urbana.

Pero en realidad se trataba de Drugo; un habitante más de Zamožni que todos daban por muerto, y que estaba encerrado en los calabozos reales desde hace mucho, mucho tiempo.

Y ahora, por fin, era un lobo en libertad.

—El famoso y valeroso Drugo "Sin Miedo", el Primer Capitán... es la mascota de la Reina Bruja, ¿quién lo iba a decir?

Al parecer, Drugo fue el primer Capitán de la guardia palatina, pero la Reina Bruja consideró que no había hecho bien su trabajo cuando dejó que su hija escapara. Aunque la Reina Bruja comunicó a todo el pueblo que lo había matado por traición a la Corona, en realidad, lo encerró en los calabozos, bien por piedad hacia él bien porque consideraba que su maldición podría ser provechosa algún día.

Quién hubiera pensado que sí sería provechosa, pero no para ella.

—¿Y... cómo nos va a ayudar el Lobo? ¿Aullándole al oído hasta que se canse y nos diga toda la verdad? —preguntó el Capitán.

—Habéis asumido que la maldición de este pobre hombre es una del tipo canina. Nada que ver, amigos.

—¿Y cuál es su maldición?

—Es un conducto.

—¿Cómo?

—La razón por la que la Reina Bruja lo encerró es porque la maldición

de este hombre es la más poderosa... y a su vez la más peligrosa de todas. Drugo... el Lobo... es un conducto humano de maldiciones. Con el contacto de sus manos, puede conducir una maldición, ya sea a él mismo o a otra persona.

—Como un conductor eléctrico. Es un *hombre cobre*.

—¿Cómo?

—Nada, cosas de mi época.

—Por lo tanto... lo que nos vendría bien para nuestro caso en concreto, es que aquí Drugo le transmitiese a la Reina Bruja la imposición de decir la verdad, y nada más que la verdad... ¿conocéis alguna persona que pueda tener esa inoportuna característica?

La sonrisa pícaro de el Doctor contrastaba con la seriedad de la Reina Bruja.

Pawel apareció por la puerta acompañado por un conocido vecino...

¡Bingo!

—¡*Kuźwa!* ¿Pero qué es todo esto? ¿Una sala de torturas?

Koso, el hombre que estaba obligado a decir la verdad siempre.

¿No era una perfecta coincidencia?

Capítulo Diecinueve

La Reina Bruja no estaba demasiado contenta con tener contacto físico con su hasta hace escasos minutos preso/mascota.

—¿En serio me váis a hacer tocar la mano de esta rata apestosa? —dijo alejando su cara con repulsión, intentando zafarse de las cuerdas que le ataban las manos por las muñecas.

—A mí me daría más asco tocar tu alma, que es lo que va a hacer este pobre hombre ahora —le contesté conteniendo toda la rabia.

Drugo finalmente le cogió de la mano, guiado por el Doctor. Él también tenía sus reticencias, pero se trataba más bien de miedo. Cuando la tocó, aulló con potencia.

—¿Ahora yo, no? —Koso fue más directo en su acción y le cogió directamente la mano a Drugo, que esta vez no se enojó.

—¿Y ahora qué, esto ya funciona o tiene que pasar algo? —pregunté yo un poco confundida, porque no habían ni chispas ni artificios, solo gente dándose la mano en cadena, lo que no parecía muy espectacular.

—Comprobémoslo —dijo el Doctor encogiéndose de hombros y luego dirigiéndose a la Reina Bruja—. ¿Te gusta este pueblo?

—Por supuesto que no. Es pequeño, tosco, chabacano y sus gentes son unos palurdos cuyo único ápice de interés en sus vidas son las maldiciones que yo les otorgué.

—¿Y entonces, por qué los mantienes aquí, aislados del tiempo y del espacio? —me pregunté sinceramente.

—Porque adoro la impune autoridad con la que los someto, oprimo su voluntad a mi antojo, impongo mi credo aunque este no tenga sentido alguno para ellos, siento que me tienen miedo, noto que me respetan, controlo sus pueriles vidas y soy la persona que determina sus destinos. Esa sensación de... poder... me mantiene con vida desde que mi vida perdió todo su significado cuando me abandonaron todos mis seres queridos. Con este maravilloso poder en mis manos pensé que ya nadie más me abandonaría.

Todos nos mantuvimos en un escrupuloso silencio, pensativos, desolados, destrozados por la atronante sinceridad de la Reina Bruja.

Yo sentía rabia, pero también pena.

No podía imaginar cómo se sentían ellos: el Doctor, Pawel, Koso, Drugo, Dariusz... los demás que están ahí abajo. Los que habían vivido de esta manera siempre, como personajes de *Los Sims* manejados por una caprichosa jugadora.

—Pues... —intenté cortar el hielo, ya que por mucho que nos doliera esta dura confesión, había una vida en juego— parece que ha funcionado, ¿no?

—Sí... y ojalá lo hubiera escuchado todo el pueblo.

—Yo lo he grabado todo —apuntó el Capitán Augusto que ya parecía vivir en el siglo XXI—. ¿Dijiste que este cacharro mágico puede repetir todos los momentos que estoy captando, no?

—Sí. Muy bien, Capitán. Aprendes más rápido que mi madre. Se lo enseñaremos a todos. Pero más tarde, porque aquí aún tenemos un asunto pendiente, ¿verdad, bruja?

—Soy Reina, niñita —me corrigió con altivez.

—Mmm, va a ser que no. No te mereces ese título. A partir de ahora, para mí solo serás una bruja, en el sentido peyorativo de la palabra, una mala pécora y punto.

La Reina Bruja estaba comprobando en sus carnes cómo todo el mundo empezaba a perderle el respeto y el miedo que le tenían, y no le gustaba nada. Yo disfrutaba con ello.

—Muy bien... bruja. ¿Puedes deshacer maldiciones?

—Pues claro, estúpida niñita.

Bien, empezaba a insultar. Eso significaba que no tenía más salidas y se estaba rebajando a mi nivel, con lo que eso dañaba a su orgullo. Comenzaba a mostrar su verdadera cara.

—Bien, ¿y cómo se hace?

La Reina bruja me miró fijamente, luego a los demás, uno a uno. Finalmente, dibujó una sonrisa enorme y socarrona, muy despacio, como si fuera a cámara lenta. Suspiró hondo, se rio de forma aguda y sonora echando la cabeza hacia atrás y después de unos largos minutos volvió a posar su penetrante mirada en mí.

—Aunque lo supiese... aunque solo pudiera decir la verdad... ¿por qué crees que te lo diría? Me niego... a hablar... a partir de ahora —esto último lo dijo pronunciando cada palabra de forma rotunda, acercando su cara un palmo cada sílaba—. Y esa, niñita, es la verdad.

Después, giró la cara y cerró los ojos y la boca.

Qué infantil. Chica, que tendrás como 300 años, compórtate como tal. Me dieron ganas de sacarle la verdad... a la fuerza. Al estilo marine americano.

Alcé la mano y cerré el puño.

Pawel me la sujetó en el aire, cuando aún no la había bajado para dirigirla a su cara.

—No, Ava. Aquí no hacemos las cosas así. No hay que ponerse a su altura.

—Pero es el único modo.

—Es el único modo en el que todos pierden algo: tú pierdes la humanidad y ella la dignidad.

—Pero no nos dirá nada.

—¿Y cómo sabes que haciendo eso sí que dirá algo?

—Porque así hablará; la mayoría lo hace.

—La mayoría, dices. Eso deja una posibilidad de que no lo haga. Y muera antes de confesar nada. Y mientras tanto, en el camino, te habremos perdido a ti también.

Observé a la Reina Bruja con ira. No se merecía la piedad y la bondad con la que los habitantes de Zamožni la trataban. No después de lo que les había hecho.

—Pawel tiene razón, Ava. No seas como ella y déjanos hacer las cosas a nuestro modo.

—Está bien —bajé la mano y me tranquilicé—. Está bien. ¿Cuál es vuestro plan, entonces? ¿Hacerla hablar con sonrisas y abrazos?

—Ava, ya deberías conocernos... No somos unos pobrecitos desvalidos que no sabemos defendernos por nosotros mismos. Tenemos nuestros recursos.

Vale, estaba diciendo que me comportaba como el típico “Salvador Blanco”. Habitantes de Zamožni, estáis preparados para conocer Twitter.

—Cuéntame.

—A ver... el problema aquí es que Ela se niega a hablar, ¿no? Pues bien, ¿qué sucedería si... no pudiera mantener el pico cerrado?

La Reina Bruja chasqueó la lengua.

—Stanis. ¿No te basta con traerme al sucio y maloliente Lobo que ahora me tienes que endiñar a la Cacatúa?

—¿Quién? Me pierdo con los motes.

Pawel se rio y luego subió los pulgares hacia arriba, tal como le había enseñado. Después, se fue corriendo.

—¿Qué? No entiendo nada.

—¿No te la presentaron en la Asamblea? Bueno, lo más seguro es que no. Ahí más que en ningún otro lado no le permiten decir ni pío.

Se llamaba Tekla y sí me sonaba su cara de haberla visto entre el público de la Asamblea. Recuerdo que me llamó la atención porque llevaba una especie de máscara —como de cirujano— que le cubría la boca. En ese momento pensé que era alérgica al polen o a los ácaros o al polvo o la maldad de la Reina Bruja. No se lo achaqué a nada más.

Ahora entraba por esa puerta con la misma máscara puesta pero ya no creía que fuera por alergia alguna. Y tampoco tenía pinta de japonesa.

El Doctor le desató el cordón que sujetaba la máscara por detrás. Para mí sorpresa, debajo de esta tenía un gran trozo de cinta americana pegada a su boca.

—Eso fue un *souvenir* que le traje de fuera. Cinta americana, el mejor invento de la historia: sirve para todo —explicó la Reina Bruja sin ningún arrepentimiento—. ¿Qué? Tranquila, no soy un ogro. Solo la obligo a ponérsela los días que hay Asamblea. Me da mucha jaqueca cuando se pone a hablar y a hablar como si no hubiera un mañana.

Yo me acerqué a la mujer y le agarré de la mano.

—Tekla, cariño. Te voy a quitar eso de la boca. Te va a doler un poco, pero será solo por unos segundos. Te lo haré poco a poco, con mucho cuidado, ¿de acuerdo? —intenté tranquilizarla.

Al contrario, le quité la cinta de un tirón porque así era como menos daño producía, cuando menos te lo esperabas.

Tekla gritó y por fin pudo liberar su voz.

Y vaya si la liberó.

—Menos mal, ya me estaba agobiando. Hola, me llamo Tekla. Tú eres la famosa Ava de la que todo el mundo habla, ¿no? Encantada de conocerte. Pues es verdad que te pareces a Franceszka, casi parecéis gemelas, qué gracia. ¡Oh, que la Estrella de la Noche me ilumine! Pero si es Su Majestad la Reina Bruja Ela en persona. Qué honor, Mi Señora. La admiro mucho, es usted muy bella y todos los vestidos los luce de maravilla. Que lástima que no pueda presentarme como es debido, ya que está... bueno, atada a una silla y eso. Pero no se preocupe, en cuanto haga lo que le dicen estas buenas personas la dejarán en paz, estoy segura. Pues bueno, aquí estoy. Dispuesta a servirlos como más os convenga. ¿Tenéis hambre? Os puedo preparar en un momento un buen puchero con cuatro cosas que encuentre por la cocina. Os veo alicaídos,

con poca energía. Debe de ser la noche, está rara. Yo en estas noches así no puedo dormir y lo que hago es escribir, escribo todo lo que digo, como una especie de diario insómnico. Tengo ya tantas hojas escritas que voy a acabar con las existencias de árboles del bosque que nos rodea. A ver, venga, ¿os cuento un chiste? ¿Qué le dice la lechuza al cabrito?...

Madre del amor hermoso.

Esa mujer no tenía freno. Ahora lo comprendía todo.

Me había agotado tanto mentalmente durante los pocos minutos que llevaba escuchando su monserga que no me parecía tan cruel la idea del esparadrapo.

La Reina Bruja me dedicó una mirada como diciéndome "*te lo dije*".

—El truco es no hacer ni caso —me dijo el Capitán Augusto mientras la señora seguía hablando de fondo—. Una vez ignoras todo lo que sale de su boca, tu mente baja el sonido de su voz. El cerebro humano, se las ingenia para sobrevivir en cualquier ámbito.

—Supongo que sí. Como poner la tele en "*mute*".

—¿Qué es eso?

—Es como la capacidad de silenciar algo que no deseas oír.

—Ojalá se pudiese hacer eso de *mute* con Tekla, la verdad. Tu mundo es más maravilloso conforme voy conociendo más cosas acerca de él.

El Doctor guió la mano de Tekla hasta la de la Reina Bruja, mientras la dicharachera vecina seguía hablando a lo suyo.

La combinación perfecta ya estaba unida por Drugo.

Decir todo lo que uno piensa sin freno ni control.

Como Donald Trump.

—Bien... pues cuéntame Ela —el Doctor arrastró la otra silla y la colocó en frente, como un policía interrogando a un sospechoso—. ¿Puedes deshacer las maldiciones?

—Sí, sí que puedo. Y ya que no tengo más remedio, os voy a contar algo que os va a sentar como un jarro de agua fría —sonreía todo el rato. Era difícil doblegarla, era una mujer muy fuerte y orgullosa—. Solo puedo romper una maldición. Únicamente un tipo de maldición, ya sea singular o en su conjunto, esto es: la del pueblo o la de todos sus habitantes. Así es... —nuestras caras eran de estupefacción— esa es la cruda realidad. Y sabéis bien que ya no miento. Qué divertido. Qué difícil elección, niñita. ¿Deshacer la maldición del pueblo para poder salir de aquí y salvarle la vida a tu noviete... o devolverles la normalidad a los habitantes de este pueblo, a los mismos que

tú has prometido el fin de sus encantamientos para que se pusieran de tu lado? Mmm, qué difícil. Ahí se verá si eres una egoísta mentirosa como yo o de verdad querías salvar al pueblo.

El Doctor apartó la mano de Drugo para deshacer el encantamiento. Ya era suficiente. Koso le volvió a pegar la cinta en la boca de Tekla para evitar incomodidades.

Los implicados nos miramos desmoralizados. Qué duro golpe para todos.

¿Podía elegir realmente? ¿Entre salvar a Dariusz y salir de aquí o romper la promesa que les había hecho a los habitantes de este pueblo y vivir con eso para siempre?

Pawel puso su mano sobre mi hombro y fue el primero en hablar:

—Ava... realmente no tienes por qué elegir. No es una decisión que debas tomar. Solo hay un camino, y lo sabes.

—Sí, Ava. No tienes por qué sentirte culpable. Nosotros... hemos estado condenados todas nuestras vidas... y tampoco nos ha ido tan mal —explicó el Doctor.

—Cada uno de nosotros... tiene algo que le hace diferente. Y creemos que eso, al fin y al cabo, no es una maldición. Es una bendición con la que hemos nacido y aprendemos a vivir con ella, con toda la normalidad posible —añadió el Capitán, dando un paso al frente.

—Pero... ellos... el pueblo...

—La mayoría estará de acuerdo, te lo aseguro. Y los que no, tendrán que aceptarlo. Todos estarán felices al comprobar que la Reina Bruja ha sido derrocada y acaba así su reino de tiranía. Eso que llaman... democracia. Ya solo con eso nos conformaremos.

Aún estaba debatiendo en mi interior todas las cuestiones morales.

Salvar a una persona o a miles.

Ahora sé cómo se sentía el tipo del dilema del tranvía.

Giré la cabeza y observé a Dariusz estirado en el suelo, respirando levemente. Su cara estaba menos afligida. Las hierbas del Doctor habían surgido efecto paliativo.

Dariusz. Por él... lo sacrificaría todo.

Respiré profundamente y asentí.

Había tomado una decisión.

—Sí. Estoy de acuerdo. Vamos a salir de aquí y tú, bruja, nos vas a ayudar.

La Reina Bruja se puso seria. Ella pensaba que tendría que haber sido más difícil. Que sería una clara ventaja para ella.

Seguramente no contaba con el amor de tantas personas.

—Ahora... dínos cómo.

Capítulo Veinte

Los tres volvieron a poner las manos sobre ella y las de la Reina Bruja temblaban, a pesar de la templanza que demostraba la expresión de su rostro, que no dudaba en observarnos de manera fija, sin mostrar temor alguno.

Pero no era por miedo oculto su estremecimiento,—qué va—, era producto de la lucha interna que estaba teniendo contra el poder de las maldiciones que actuaban ahora mismo sobre ella.

Su fuerza era tan intensa que pudo sobrellevar la canalización en su cuerpo y mente de las maldiciones de tres de sus vasallos, no sin mucho esfuerzo. Era sorprendente cómo podía resistirse a hablar sin parar de decir la verdad y llegar a reconducir la situación con una inusual petición:

—Lo haré... pero con cuatro condiciones.

—¿¡Crees que es momento para negociaciones!? —bramé enfurecida, apretando los puños con ira.

La Reina Bruja sonrió y se mantuvo callada, mientras sus manos seguían agitándose, como si estuviera sufriendo convulsiones.

—*Creo que no tenemos más remedio, Ava* —me sugirió Pawel transmitiéndome su sentimiento de derrota mentalmente, posando su mano sobre mi hombro—. *Puedes notarlo. Su poder es tan vasto que se está resistiendo a las maldiciones. Eso es algo que solo podría hacer ella.*

—Es cierto. La conozco y puede que muera de un infarto rechazando las maldiciones de su cuerpo antes de que nos sirva de ayuda sin nada a cambio. Tenemos que aceptar sus condiciones. Es su última vía de escape, pero sabe que también es la nuestra —añadió el Capitán Augusto.

—¿Doctor? —seguí su mirada con el anhelo de que fuera el único en rebatir esta locura, pero él movió la cabeza hacia los lados apagando la vela de la esperanza.

—Nos tiene cogidos por los huevos, muchacha. La necesitamos tanto como ella a nosotros. Esa mujer es nuestra propia garrapata, una cucaracha que nunca muere.

Me mordí el labio de la rabia.

Porque sabía lo que ella quería: un indulto. Quería salir indemne de

todas sus culpas. Quería escapar sin pagar con las consecuencias.

Pero viendo su estoica lucha y la dignidad con la que la estaba afrontando, debía aceptar la cruda realidad.

Otra vez decepcionaría al pueblo de Zamożni por salvar la vida de Dariusz. No paraba de apostar cada vez más fuerte para no perderlo todo.

Tendría que aceptarlo y vivir con ese remordimiento toda mi vida.

En este mundo —ni en ninguno— no puedes salvar a todos. Siempre habrán otras personas que salgan mal paradas.

—De acuerdo —acepté finalmente, después de pasar algunos minutos en doloroso silencio—. Antes de nada, quiero saber cuáles son tus condiciones para poder aceptarlas o no.

Aunque supiera que no tenía alternativa, quería dejar bien claro quién estaba en posición dominante.

Su sonrisa de satisfacción me sentó como una patada en el estómago. Hay que buscar siempre la parte positiva de las cosas y, en este caso, era que por fin perdería de vista su repugnante cara de superioridad.

—Romperé la maldición que aprisiona este pueblo solo si me prometes cuatro cosas.

Seguramente fueran las cuatro peores cosas que he aceptado y aceptaré en mi vida.

Hasta entonces, las cuatro peores cosas que había tenido que aceptar para continuar con mi vida normal fueron: (1) el divorcio de mis padres cuando yo tenía 10 años. Tardé muchos años en poder superarlo y fue muy traumático; (2) un burrito que me compró mi amiga Asia en vete tú a saber qué puestecito callejero de mala muerte cuando viajamos a Tijuana durante unas vacaciones de Primavera. Estuve una semana con diarrea en el hotel. Fue la peor semana de mi vida; (3) el capullo de mi ex. Durante los dos años que estuvimos juntos viví cegada por el amor. Así que agradecí con toda mi alma pillarlo poniéndome los cuernos con la multi-operada de Kyla, porque mi venda cayó al suelo finalmente y pude ver lo idiota que había sido perdiendo el tiempo con un completo gilipollas como él; y (4) hace unos segundos... aceptando que la Reina Bruja me imponga sus cuatro condiciones que harán que todo lo anterior se convierta en simples tonterías sin importancia.

—Uno: me dejaréis libre. Esta condición es *sine qua non*. Si no la aceptas, no hay trato.

Esa fue la condición más difícil para mí...

Después de todo lo que le había hecho a Dariusz, a Pawel, al Capitán

Augusto, al Doctor, a la familia Starek, a todas las buenas personas que he conocido aquí.

Había impuesto su régimen de tiranía, les había condenado de por vida con las maldiciones, había aplacado su felicidad, les privó de su libertad. Y no se arrepentía de nada.

Y yo tenía que aceptar que saliera libre sin recibir el castigo merecido. Como si no hubiera hecho nada.

El pueblo de Zamožni no se merecía esto. Ellos deben impartir su propia justicia. Y yo no era nadie para liberar a la persona que era responsable de todos sus males.

¿Qué pensarían de mí al saber esto? Pensarían que soy igual de villana que ella. Al fin y al cabo, estoy actuando como lo haría cualquier político de mi mundo. Haciendo prevalecer mis derechos sobre los de los nativos. Soy como esos nuevos caudillos que llegan al poder con promesas de libertad, todos los falsos salvadores que habían existido a lo largo de la Historia.

Quizás no debería ser tan dura conmigo misma. Pienso que este sentimiento madurará con el paso del tiempo, cuando todo se haya calmado.

Por consenso, decidimos no comunicar la liberación de la Reina Bruja de inmediato.

El Doctor dijo que el pueblo lo entendería, al menos su gran mayoría. Pero si no lo hacen, no queremos otro motín justo ahora que el tiempo juega en nuestra contra, y cuando están más enfurecidos que nunca.

Estamos actuando rápido para salvar una vida.

No una vida cualquiera. La del amor de mi vida.

—Dos: mi extracción se producirá en el extremo opuesto del pueblo de donde estéis vosotros preparados para salir en cuanto caiga el escudo de la maldición. No quiero ver a nadie a varios kilómetros a la redonda, ni dentro ni fuera del pueblo. No quiero sorpresas tipo policía, ejército, comandos especiales, francotiradores, etc. No quiero oír ni un solo grillo ni que haya una sola alma merodeando cuando yo abandone este pueblo, ¿de acuerdo? Sí, sé lo que estáis pensando. No os la voy a jugar, insensatos. Obviamente sé que alguien de vuestra total confianza tiene que estar a mi lado para asegurar el desencantamiento. Os dejo elegir: al capitán traidor, al doctor traidor, a cualquiera de los traidores que me han apuñalado por la espalda esta aciaga noche. Pero repito; como haya alguna sorpresa esperándome... como ya habréis supuesto, en el exterior, mi poder no funciona, soy una persona normal. Pero sabed que cuento con unos minutos esenciales de reajuste en los que mi

poder aún puede funcionar al salir de la burbuja de este pueblo, que es la fuente de mi magia. Así que puedo volver a rehacer todo lo que he deshecho. Será mi baza para que no me la juguéis. Puedo acabar arrestada o tiroteada, pero entonces Zamożni seguirá atrapado para siempre en el olvido. Y su muerte será responsabilidad tuya.

Esta condición formaba parte de la acción táctica de su huida.

La Reina Bruja era una persona muy lista y con mucha experiencia en el exterior. Estamos hablando de siglos por lo menos.

Sabía que podían estar esperándola fuera. De hecho —según me hizo saber Katie por teléfono— mi padre se había puesto en contacto con las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado polaco y seguramente ya habrían rodeado el perímetro del bosque.

Pues bien. Ahora tendría que hacer que se olvidaran de todo el rollo militar.

Llamé a Katie para ocuparme de eso. Iba muy en serio.

Le dije que era muy importante que mi padre no actuase por su cuenta. Que retirara cualquier efectivo que tuviera en el bosque. Si la Reina Bruja veía cualquier cosa sospechosa —como dijo en su declaración en la que recordemos que no podía mentir— tenía un tiempo prudencial para rehacer lo deshecho. Y entonces, eso ya sí que no me lo podría perdonar.

Decidimos que Pawel y el Capitán Augusto acompañasen a la Reina Bruja. Ellos estarían en esta zona del bosque colindante al Palacio. Podrían salir de él a través de una salida secreta que se encontraba en las cocinas (y que fue la que su hija utilizó para escapar aquel fatídico día) y así no llamar la atención del pueblo congregado en el patio exterior del monumental edificio.

El Doctor y yo llevaríamos a Dariusz hasta el otro extremo del pueblo: la zona del bosque cercana a la casa de los Starek, donde aparecí yo. Donde Dariusz me rescató.

—Tercero: quiero hacer una llamada. Sí, quiero hablar por teléfono, aunque esta condición debería ser un derecho para cualquier detenido, ¿no? Y en privado, a poder ser.

La Reina Bruja tendría sus gestiones qué hacer.

Si quería escapar, necesitaba un medio para hacerlo. Seguramente contactara con un conocido en el exterior que la ayudara a escapar. Esta mujer sabía cómo sobrevivir, era una cucaracha y no quiero ni imaginarme la clase de contactos que puede tener allí fuera.

La acompañamos hasta el lavabo, como había hecho el Capitán Augusto

conmigo hace unos minutos. El lavabo era un cuarto sin ventanas (algo que no puedo llegar a entender) y con una única puerta de entrada y salida (y, por lo que sabíamos, no podía atravesar paredes) así que esperamos fuera mientras ella hacía su llamada.

Y, vete tú a saber, igual aprovechó para hacer sus necesidades también. Al fin y al cabo, también era humana como todos nosotros y la cena había sido muy consistente. Aunque no te puedas imaginar a, por ejemplo, Taylor Swift sentada en la tapa del inodoro con las bragas bajadas, hasta las celebridades hacen caca.

Después de un tiempo prudencial, salió del lavabo y me lanzó el móvil al aire. Yo lo recogí como una receptora de béisbol.

—No te molestes, he borrado el registro de llamadas. Y aunque luego hicieras tus averiguaciones, te saldría una llamada a una cabina telefónica pública. No váis a poder descubrir quién es mi contacto... ni a mí. Porque esa precisamente es mi cuarta y última condición, jovencita. Cuando salgamos de aquí, vas a olvidarte de mí. No vas a querer averiguar mi verdadera identidad en tu mundo. No vas a querer dar con mi paradero. No vas a investigarme ni a buscarme en las bases de datos mundiales. No vas a contactar con la policía ni con nadie, le vas a decir a tu papaíto que lo deje todo tal como está. Vas a destruir el móvil y todas las pruebas que contiene. Y recuerda que lo has prometido y que no quieres ser como yo.

—Eres una maldita psicópata. Y el mundo estaría mejor sin una persona como tú. Pero... lo haré.

La Reina Bruja alzó su mano para que yo la tomara y así sellar el pacto.

Yo lo hice. Noté que me quedaba sin respiración durante un segundo. Pensé que sería producto del impacto del momento y la importancia que suponía en mi vida.

En este pequeño momento de intimidad pude comprobar sus intensos ojos verdes iluminándose.

—Claro que lo harás. Confío en que así sea. Porque, como se ha dicho siempre por aquí, cumplir con tu maldición es inevitable.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Parece que la Reina Bruja contaba con más de un as debajo de la manga.

Pero esta última frase que me dijo... no sabría cómo interpretarla. ¿Qué significaba?

La Reina Bruja sonrió, de esa manera que me saca de quicio.

—Llama a tu amiga. Si han estado haciendo sus deberes seguramente

tenga algo que decirte sobre ti misma que desconocías. Y luego vienes y vuelves a hablar conmigo. Y acabamos esta conversación. Pero aprisa, no tenemos mucho tiempo para ponernos al día con más charlitas. Tienes a un novio que se está desangrando, ¿recuerdas? Y yo también estoy deseando largarme de aquí.

La Reina Bruja comenzó a caminar hacia el comedor con su porte elegante y seguro, custodiado por los demás.

Yo me quedé rezagada, paralizada, expectante. No entendía nada.

—Te esperaré con las manos atadas.

Tengo que llamar a mi amiga Katie y averiguar qué demonios quería decir la Reina Bruja con eso de cumplir con la maldición.

¿Quién soy yo y qué estaba haciendo aquí? Eso es lo que seguramente iba a descubrir a continuación.

Capítulo Veintiuno

Me quedé sola en el pasillo y lo primero que hice es ir a las "Últimas Llamadas" y pulsar sobre el nombre de Katie en el teléfono móvil.

Después de los correspondientes saludos entusiastas (porque aunque para mí hubieran pasado tan solo unos minutos desde la última llamada, para ella había transcurrido mucho más tiempo, por lo que se entendía su "pesadez" insistiendo si estaba bien) y cruzar la frontera de la seriedad resolviendo algunas cuestiones técnicas sobre nuestro escape (y la huída de la Reina Bruja) que ya he contado previamente, dejé de andarme con rodeos y le pregunté a mi amiga lo que realmente me interesaba en aquel momento:

—Katie, todo este tiempo has querido decirme algo. Sobre mí, ¿no es cierto? Y por lo que sea, siempre has sido interrumpida.

—Sí.

—Bueno, pues dímelo ahora, te escucho atentamente. Necesito saberlo.

—Vale. ¿Te acuerdas que te conté que tus padres, tu hermano, incluso tus primos, toda tu parentela..., intentaron cruzar esa barrera invisible que esconde al pueblo?

—Sí. La Frontera. Y ninguno de ellos lo logró, eso salta a la vista. ¿Por qué?

—Pues... puede ser porque... a ver como te digo esto que tú eres muy exagerada para estas cosas.

—Ay, Katie, tía, dímelo ya, joder.

—¿Ves? Es que te pones histérica cuando te enteras de secretos ocultos. Acuérdate de cuando en primaria te dije que me gustaba tu hermano.

—No, es que tú me pones nerviosa con tu manera tan tremenda de contar las cosas.

—Vale, vale. Venga, al grano. Pues resulta que... ¿sabes que el padre de Asia es genealogista y trabaja en la redacción de ese programa que presenta Phoebe de *Friends* que revela el árbol genealógico de los famosos?

—¡Sí! Me encanta. ¿Quién se iba a imaginar que Ben Affleck tenía un ancestro que era tratante de esclavos?

—Mmm. Todo el mundo. La cuestión es que Asia y su padre se pusieron

a investigar a fondo sobre tu árbol genealógico para ver si había un primo perdido en Wisconsin o algo así que faltara por probar... pero resulta que... todos tus familiares están muertos.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? ¿Estás fumada?

—Ava, eres adoptada.

—¿Qué?

—Tus padres tuvieron que confesarlo cuando Asia empezó a investigar sobre tu nacimiento.

No estaba preparada para tantas emociones fuertes. Era como estar en una montaña rusa cuando tú pensabas que habías venido a montarte en el carrusel.

¿Cómo que... adoptada? Nunca había albergado ni un mínimo pensamiento de que yo no fuera la hija biológica de mis padres. ¡Si hasta tengo la misma nariz que mi madre, por Dios Santo! Y eso no debería ser algo que quisiera que jugara a mi favor.

—Nunca quisieron confesarte la verdad porque pensaron que lo llevarías mal, después del divorcio de tus padres y eso. Además, tus padres tienen un estatus dentro de la sociedad, ya sabes, las apariencias. No querían que supieran que en realidad eras hija de una sirvienta.

—¿Qué? —creo que solo me expresaré con esta palabra en toda la conversación.

—Ehm, a ver, la historia resumida es que tus padres querían tener hijos desde que se casaron, pero por mucho que lo intentaron no pudieron. Dicen que recurrieron a todos los medios y se dejaron un montón de dinero por el camino.

—Espera, ¿y Timmy?

—Eso fue posterior y lo calificaron como un milagro —Sí, eso encaja con la percepción que tienen de él mis padres—. Tu hermano es hijo biológico de tus padres. Pero eso no importa, lo que te estaba contando... tenían una empleada del hogar, se llamaba Natasha, era una jovencita inmigrante, sin papeles y sin recursos, que tu madre conoció en la Iglesia.

—Espera, déjame adivinar: ¿polaca?

—Pues no. Era rusa. En fin, estaba embarazada pero necesitaba el dinero, así que trabajó en tu casa hasta el mismo día del parto. ¿El padre de la criatura? Por si te lo preguntas... Un drogata cualquiera que la violó cuando estaba malviviendo en la calle. Está más que muerto ya, no te preocupes por eso. Natasha falleció en el parto por una infección. Y tu madre... al ver ese

bebé recién nacido... no pudo abandonarlo... lo consideró... digamos, un regalo de Dios... y lo inscribió en el registro como si fuera suyo. Le pusieron el nombre que su madre de verdad siempre quiso para su hija...

—Ava.

—Pero no te quedes con eso. Lo importante es todo lo que tengo que relatar a continuación; atenta, por favor, no te pierdas que son muchos datos y ya sabemos lo espesa que eres cuando te aturden con mucha información. Asia rastreó la línea genealógica de esa mujer con todos los datos que le pudieron facilitar tus padres. Y es como sigue: Natasha Kózlov, emigró a los Estados Unidos después de la caída del Muro de Berlín en 1989, donde había vivido con su madre en la zona de ocupación soviética, huidos desde Rusia, donde había nacido Natasha, hija única. A su vez, su abuela fue una superviviente del campo de exterminio de Maly Trostinek, en la actual Bielorrusia. Asia ha podido indagar todo el árbol genealógico hasta tiempos muy remotos, es una cerebrita esa niña. Pero sus pesquisas, que la han llevado a recorrer toda Europa Central y Oriental (todo pagado por tu padre, obviamente) acaban justo en un punto y tiempo muy concreto. Antes de eso, la nada. Y es muy difícil que Asia no pueda encontrar más pistas, recuerda quién dio con la ladrona de tu pintalabios favorito durante aquella acampada de verano. El Punto Cero es en el año 1583. Hay registros del matrimonio de una mujer llamada Lyudmila, en la Parroquia de Brusy, que dicen que fue adoptada por su madre, una señora adinerada y de buena familia, en una casa de expósitos, esto quiere decir, un orfanato, situado en una pequeña villa cercana, Białowieża, a 20 kilómetros del bosque donde te perdiste. No hay constancia del pasado de la madre del bebé, que se hizo llamar Eleonora y fue acogida en la inclusa donde trabajó en las cocinas y murió de fiebres días después del parto. En los libros conservados por la orden donde se apuntaban los datos más importantes de cada niño abandonado, hay un fragmento en el que simplemente dice, te transcribo: "*¿?, Hija de ¿Eleanora?, finada el 20 de [fragmento desaparecido] de 1583 por fiebres. Originaria del desaparecido pueblo de Zamożni en lo más profundo de los bosques*". A partir de ahí, se pierde cualquier hilo de la investigación... Ava. ¡Ava! ¿Ava, me estás escuchando?

Un momento, Katie... estaba asimilando todo. Eso quería decir que...

—Eso quiere decir que...

—Sí, Ava.

Colgué el teléfono esperando que Katie perdonase mis malas formas,

pero necesitaba confirmarlo. Mi cuerpo me empujaba hacia el comedor. Llegué corriendo en unos segundos.

Pero cuando regresé, ella había desaparecido. Me dio un vuelco el corazón.

El Doctor estaba moliendo unas hierbas, como siempre parecía estar haciendo en sus ratos libres, mientras que Koso y Tekla estaban sentados, uno con la mano en la cabeza soportando la monserga de la otra:

—Esto es fascinante, Koso, todo lo que está pasando aquí, será recordado para siempre, ¿no crees? Quiero decir, cuando se entere todo el pueblo, hablarán de esto por días, por semanas, incluso por años, por tantas lunas que si las juntáramos todas no cabrían en el firmamento. Será algo que contemos a nuestros nietos. En mi opinión, esa chica, Ava, no ha hecho lo correcto con su elección, si hubiera sido yo, te digo que claramente...

—¡¡¡Sinceramente, Tekla, me importa una mierda lo que tú opines!!! Sólo estoy deseando volverte a poner esa cinta americana o lo que sea en la boca.

—¿Qué es esto? —interrumpí enérgicamente.

Todos se dieron la vuelta para observar mi irrupción.

—¿Dónde está la Reina Bruja? ¿Y Dariusz y Pawel? —me acerqué de forma atropellada hasta donde estaba el Doctor, que se levantó de la silla y me puso sus manos sobre mis hombros, en un gesto tranquilizador y protector.

—Ava. No había más tiempo. El pulso de Dariusz era cada vez más débil. Es cuestión de tiempo y cada segundo cuenta. El pobre chico está exhalando su último aliento, es mi opinión médica. Así que decidimos adelantarnos. Te aconsejo que corras como si el mismísimo diablo te fuera a robar el alma para alcanzarlos.

—¿Quién está con Dariusz?

—Pawel llamó telepáticamente a Jakub y se lo explicó todo. Jakub es un chico fornido y lozano, está ahora mismo llevando a su hermano a cuestas con toda la fuerza que le brinda el deseo de salvarlo. Se dirigen al lugar donde te encontraron. Estarán a medio camino, si te das prisa, los atrapas.

—¿Y la Reina Bruja?

—Con Pawel. Y Drugo. Ella quiso llevarse al Lobo. Dijo que seguramente querrías hablar con ella, por lo que utilizaría la maldición de Drugo para hablarte a través de Pawel.

—¿Y tú, por qué te has quedado aquí?

—¿Te olvidas de estos dos pobres infelices? —dijo señalando a Koso y

Tekla con el mortero—. ¿No querrás que se escapen y le canten al resto del pueblo lo que intentamos hacer aquí? Alguien tenía que hacer de niñera. Además, estoy preparando un adormecedor para la ocasión.

—Joder. Podríaís haberme avisado.

—Parecías estar muy ocupada con el teléfono ese con asuntos importantes. ¿Hay algo que te preocupa?

—En este momento no hay nada que no me preocupe, Doc.

Me abalancé hacia él con prisa y le di un beso en la frente.

—Gracias por todo, Doctor. Me has cuidado muy bien. Ha sido un placer conocerte, a pesar de lo gruñón que eres. Espero que podamos volver a vernos.

—Yo también lo espero, muchacha... Anda, corre, corre a completar tu destino.

—Suerte —me dijo escuetamente Koso, el malhumorado rehén.

—Gracias —dije sorprendida—. Eso ha sonado muy sincero.

—Adiós, Ava, yo también me alegro mucho de haberte conocido en este corto espacio de tiempo en el que hemos coincidido y espero que...

Dejé a Tekla con la palabra en la boca y corrí hacia la puerta para dirigirme lo más veloz que podía hasta las cocinas, donde estaban los pasadizos secretos que llevaban a la parte trasera del Palacio.

En un momento dado de mi salida, recibí una compañía en mi mente, la cadenciosa voz de la Reina Bruja.

—*Te estaba esperando.*

—*Ava. Querida. Tenemos una conversación pendiente, ¿verdad? Ahora que ya lo sabes. Siento que no sea en persona.*

La Reina Bruja ya estaba esperando debajo de un anciano roble, con la mano cogida a Drugo, que a su vez la tenía apretada a Pawel. Por tanto, ahora mismo, Pawel estaba conduciendo su poder mental a la Reina Bruja, y él no podía oír en su mente nada de lo que nosotras dos estábamos hablando.

—*Eres... eres...* —no solo la impresión del momento me hacía tartamudear, también era culpa de lo asfixiada que iba corriendo por unos oscuros pasadizos secretos que me conducían al exterior del Palacio.

—*Sí, Ava. Somos familia.*

Aspiré profundamente ante el efecto que me producía esa idea.

—*Por eso pude traspasar la barrera que aprisiona este pueblo. Porque soy... tu descendencia.*

—*En efecto, Ava. La maldición que cae sobre este pueblo consiste en*

que nadie pueda entrar y salir de él, salvo yo... y tú... porque formas parte de mí, jovencita. Siempre quise que mi hija volviera conmigo, por eso hice que solamente las personas que tuvieran mi misma sangre pudieran sortear esa maldición. Siempre tuve la esperanza... hasta que me cansé de esperar... y salí a buscarla.

—Y descubriste que había muerto.

—Sí. ¿Sabes? La monja que me lo confesó todo era desesperante. Tuve que matarla después.

—¿Y no te interesó nunca tu nieta?

—No. No me malinterpretes. Tuve que utilizar mi influencia para que esa acomodada mujer de Brusy la acogiese en su seno. Para que tuviera una buena vida. Es lo que ella siempre quiso, es la razón por la que escapó. Pero ya no me importaba ella. Ni su descendencia. Solo mi hija y murió. Pero ya no me importaba que no se despidiera de mí, porque al menos sabía que había muerto.

Su... tono. ¿Era yo que estaba loca o podía interpretarlo como...?

Escuché una risa superficial y hueca en mi cabeza que me lo confirmó.

—Eres... una persona horrible. ¿Por qué eso te alivió? ¿Por qué?

—Porque no sabes toda la historia, querida. Porque pensarás que soy aún más horrible cuando te la cuente.

Capítulo Veintidos

Corre, Ava, corre. En ese momento me acordé de esa mítica peli alemana de los 90 y me sentí muy identificada con su protagonista.

Corría propulsada por un motor de preocupaciones por la linde del bosque, agotando hasta mi última chispa de energía —maldiciendo mi deplorable fondo físico— para poder llegar lo antes posible al punto de extracción.

Por si no tenía suficientes distracciones, la Reina Bruja estaba hablándole a mi mente, violando mi espíritu, contándome historias cada vez más oscuras sobre ella.

Y tenía que asumir que yo descendía de esa persona tan horrible. Ahora sabía como se sentía Ivanka Trump.

—*¿Por qué me cuentas todo esto?*

—*Porque mi confesión está blindada contigo.*

Silencié mis pensamientos, que derivaban al punto número 4 del pacto que tenía con la Reina Bruja. Le prometí que cuando salgamos de aquí no la buscaría. No intentaría averiguar nada sobre ella. No le diría a nadie quién era. No reclamaría venganza. Pero, ¿era lo suficientemente fuerte como para aguantar las ganas de hacer todo eso? No creas que no se me pasó por la cabeza.

Aunque las insinuaciones que dejaba caer la Reina Bruja me estaban descolocando. Y no me equivoqué al pensar que tenía mucho que ver con lo que iba a relatar a continuación. Así que dejé que continuara hablando.

—*Supongo que te han contado la leyenda sobre mi familia, sobre el origen de las maldiciones.*

—*Fue lo primero que me contaron los Starek.*

—*Siempre tan atentos, ¿verdad? Son tan magnéticos. Se toman tanta confianza con la gente, incluso diría que demasiada. Mi hija también fue engatusada por uno de ellos. A pesar de que la había prometido con un señor feudal de una ciudad cercana, no le gustaba porque decía que era demasiado mayor para ella y el efebo Starek tan bello en su juventud.*

—*¿Quieres decir que tu hija se quedó embarazada de un Starek? No*

me dijeron nada de eso.

—*Oh. Qué raro, ¿no?* —indicó con sarcasmo—. *¿Por qué crees que te pareces tanto a Franceszka?*

Honestamente, hasta ese momento no me había planteado esa cuestión. Pensé en la teoría que dice que todos tenemos un *Doppelgänger* en este mundo, una persona que se parece tanto a alguien que podría ser su doble. Como Franceszka. O Zooey Deschanel y Katy Perry.

Pero esta revelación fue inesperada para mí.

—*¿Y quién... dónde está él?*

—*Murió en los bosques cuando mi hija desapareció. Intentaba encontrarla cuando se cruzó con un jabalí enfurecido y... bueno, esa es la versión oficial.*

—*Serás...*

—*Las versiones oficiales son las que se dan a la gente para que no ahonden en la verdad de la cuestión. Como la historia que sostiene los cimientos de este pueblo. Habrás oído que mi marido, el Rey Konstantyn, enfermó y yo estuve cuidando de él durante meses como una buena esposa hasta que finalmente falleció y que eso fue lo que me impulsó a pasarme al lado oscuro. Verás, puras patrañas... yo lo envenené. Stanis no lo sabrá (y si lo sabe lo lleva cargado como una losa en su conciencia) pero su padre me vendió una receta y sus correspondientes ingredientes para preparar un unguento mortal e irrastreable. Quería matar a mi marido. Ya no solo porque era un imbécil borracho, putero e infeliz que no me dejaba hacer nada por mí misma; quería tomar su puesto, hacía ya mucho tiempo que me había pasado al lado oscuro y no fue después, como todos piensan. Pero combiné mal las cantidades, no lo sé... el veneno no actuó enseguida, como había planeado, si no que fue consumiendo poco a poco el cuerpo del cerdo de mi Rey durante meses. Fue un fastidio porque tenía que hacer ver, de cara al pueblo, que estaba a su lado, cuidándolo, pero en realidad quería que se muriese de una maldita vez. Mi hija lo quería, más que a mí por supuesto, a pesar de cómo me trataba, porque a ella la cuidaba como una princesita. Fueron los tres meses más largos de mi vida. Hasta que ya no pude aguantar más y decidí acabar con la agonía. Con la mía. Le clavé un cuchillo en el bazo. Quería un sitio que no se viera si exponíamos su cuerpo en público como es tradición y que fuese una muerte expedita. Quién sí me vio rematando a mi marido fue mi propia hija cuando entró en la habitación en el momento en el que estaba en plena faena. Le agarré las manos, intenté*

calmarla, le rogué que no contase nada a nadie. Ahora reinariamos juntas. Sin nadie que nos controlase. Pero ella... no, no podía mantener la boca cerrada. Era de valores firmes y moral intachable. Hice lo que tenía que hacer... la maldije. Su maldición fue su perdición y también mi pérdida. Si me delataba a alguien, si contaba lo que había hecho, lo que había dicho... perdería al ser que más quería. Me miró con ojos de pánico tocándose la incipiente barriga. Ahí supo que yo ya lo sabía.

—Solo le dejaste dos opciones. Contigo o sin ti.

—Y yo esperaba que eligiera estar conmigo, obviamente. Era mi hija y la quería.

—Tu maldición era una amenaza a la vida de su bebé. ¿Cómo querías que se lo tomara? Hizo lo que tuvo que hacer para protegerlo. No podía vivir en una mentira así para siempre.

—Se nota que corre su sangre por tus venas.

—La condenaste. Y también... Oh, Dios mío...

—Ahora lo comprendes, ¿verdad?

—Yo también... acarreo esa maldición... Yo...

—No puedes delatarme jovencita. Si lo haces, Dariusz morirá. O quién sabe, quizás ya tengas dentro de ti otra personita a la que querrás proteger también a toda costa. ¿Lo habéis hecho ya, querida? Ay, me estoy poniendo maternalista, ¿qué me importará a mí?

—Por eso me lo has contado todo. Porque tengo una maldición. Y no se puede luchar contra las maldiciones.

—Exacto, por fin comprendes el sentido de esa frase. Y por eso sé que cumplirás con tu promesa... y no dirás nada a nadie, ni me buscarás y no querrás que nadie me busque. Porque las consecuencias, Ava, podrían ser desastrosas para ti y para los seres que amas.

—Eres... más repugnante de lo que me imaginaba. A primera vista me pareciste tan inofensiva. Intenté comprenderte, pensé que podías ser salvada.

—Ava, a mí nadie me tiene que salvar. Yo ya soy como quiero ser.

Yo ya no tenía más palabras, se habían vaciado de mi mente. Así que permanecí un largo rato callada mientras corría por el bosque. Calculaba que ya me estaba acercando.

Ya estaba harta. No solo de correr, de escuchar su voz y sus confidencias manchadas de sangre y dolor.

—¿Sabes? —comencé a decir tras la pausa—. No me importa. Tú no

me importas. Me da igual... todo lo que has contado. Mi maldición, todo. Puedes quedarte con tu libertad, con tu impune anonimato, si tu puedes vivir con todo ello... felicidades. Me da igual. No me importas, te voy a olvidar como un recién nacido olvida el trauma del parto. Las personas que me importan son de las que quiero saber. Así que, puedes quedarte con tus sucios secretos, no los quiero compartir con nadie. Los enviaré a la papelera como se merecen. Pronto me olvidaré de ti, el pueblo de Zamožni se olvidará de ti. Ya no habrá nadie que te recuerde, Ela. Y esa será tu maldición. Y ahora, corta el rollo y ves calentando tus poderes. Nos vamos enseguida.

En cuanto me reúna con Dariusz.

No le di tiempo a dar una réplica. La bloqueé de mi mente. Ya no quería saber nada más.

Por fin, visualicé en la lejanía, la casa de los Starek. Ya estaba muy cerca.

Tristemente, me estaba guiando por las gotas de sangre que iba viendo derramadas en el suelo.

—*Pawel. Pawel, ¿me oyes?*

Esperé que Pawel hubiera tomado el mando de su maldición.

—*Ava. Estoy aquí. ¿Has llegado ya?*

Menos mal. Una voz que no me produce diarrea mental.

—*No, aún no. Pero me falta muy poquito. Estoy en el patio trasero de la casa de los Starek.*

—*Bien. Solo debes tomar el camino que lleva al bosque y en un momento estarás ahí.*

De repente, repasando toda la gente buena que había conocido y echaré de menos, me acordé de algo. Con las emociones que estaba viviendo me había olvidado de una persona. Yo siempre tan empanada hasta en los momentos más tensos.

—*Oye, ¿y el Capitán Augusto? No está con vosotros y por lo que me dijo el Doctor, tampoco está aquí.*

—*Se ofreció para calmar al pueblo mientras se producía vuestra salida. Ofrecerles una explicación razonable, para que a nadie se le ocurriera husmear por ahí y vigilar que no se produzcan altercados. Dijo que partirá mañana. Se aprendió los números que aparecían en tu teléfono móvil y se las apañará en el exterior para contactar contigo a través de otro aparato similar.*

Me reí sólo de imaginar el choque de civilizaciones que supondría eso.

—*Bien. Pues dile a la Reina Bruja que ya puede ir haciendo lo que sea que tenga que hacer para deshacer la maldición del pueblo. Que haga su magia. No podemos perder ni un minuto más.*

—*Entendido. Ava. Oye, ¿estás bien? Noto algo extraño en tu mente. Está más... despejada.*

—*Estoy mejor que nunca. Y Pawel... gracias por todo. Sin ti nada hubiera sido lo mismo. Eres muy especial.*

—*Gracias, Ava. Pero no hagas eso... que no parezca una despedida. Que sea un hasta pronto. Do widzenia, que diríamos aquí.*

—*Por supuesto, Pawel. Nos volveremos a ver y lo sabes. Do widzenia, mi querido amigo.*

—*Eso me gusta más.*

Ya los veía. A lo lejos observé unas figuras familiares.

Y lo de familiares ahora tenía doble sentido.

De repente, en plena noche cerrada, un resplandor verdoso iluminó toda la bóveda celeste.

Estaba ocurriendo.

Una fina capa de luz se abrió paso en el bosque. Como una puerta que se hubiera abierto y dejara escapar la luz de fuera por entre las rendijas del espacio y el tiempo.

Y se convirtió en una valla lumínica que se extendía por los límites del bosque como un muro reflector circunvalante.

—*¡Ava! —Jakub me llamaba a gritos.*

Cuando llegué, lo abracé. Tenía a Dariusz bien sujeto a su espalda, inconsciente y chorreando sangre por doquier. Le acaricié la cara, tenía la piel fría. La expresión de su rostro tan vulnerable que me hizo el corazón añicos.

—*¿Está bien?*

—*Aún noto la respiración. Es muy, pero que muy leve. Pero aún se puede salvar, Ava. Con los medios que cuentan en el exterior, en tu mundo, seguro que sí.*

—*Jakub. Te lo agradezco tanto. Me da mucha rabia tener que despedirme de ti.*

—*Lo sé. Cuñada.*

—*Y me da mucha rabia también no poder despedirme de los demás. Diles de mi parte que son la mejor familia que podría tener. Que los amo.*

—*Ava... ¿qué pasará con Dariusz?*

—Si quiere volver, volverá. Pero primero tienen que operarlo y se tiene que recuperar. Tomará un tiempo, bastante tiempo.

—¿Y si quiere quedarse contigo?

—De todas las maneras, volveremos. No os preocupéis.

—¡Para la boda! —exclamó de forma inusitada.

—Venga, vale, adiós —contesté avergonzada—. Jakub. Te quiero pero eres un idiota.

Nos reímos. Durante unos segundos. Después, contemplamos hacia el frente, una tierra de nadie. El paisaje estaba alterándose delante de nuestras narices, como si hubieran cambiado de fotograma en un proyector.

Ahora veía una ambulancia con las luces revoloteando con frenesí.

Y mi amiga Katie apoyada en ella. Su cara de preocupación se tornó en absoluta felicidad cuando me vio.

—¡AVA! ¡¡Joder, Ava, por fin has vuelto!!

Corrió hacia mí y yo hacia ella y nos fundimos en un abrazo, de esos locos en los que saltamos y gritamos y lloramos. Los abrazos locos de amigas que se quieren con locura.

—Katie, me alegro mucho de verte, pero esto es muy urgente. Tenemos que llevar a Dariusz al hospital más cercano.

Jakub se acercó llevando a Dariusz a cuestas.

Del vehículo se acercó otra persona. Ya lo tenía visto.

El chico ayudó a Jakub a dejar a Dariusz encima de la camilla y juntos lo subieron a la parte de atrás de la ambulancia.

—Es Milo. El chico de la gasolinera. ¿Te acuerdas de él? —me dijo Katie con una medio sonrisa.

—¡Katie!. Qué calladito te lo tenías.

—Al final yo también encontré un novio en Polonia —comentó riéndose.

Una chica bajó de la ambulancia. Estaba al volante esperando para arrancar pero no pudo resistirse a permanecer sentada. Salió y corrió a abrazarme también. Era mi otra amiga, Asia.

—Asia, tía. Muchas gracias por ayudarme, a las dos. Sois mis mejores amigas.

Nos fundimos las tres en un abrazo. Estábamos muy pesadas y amorosas, lo sé. Como si estuviéramos borrachas en una discoteca. Pero nuestro alcohol era la vida.

—¿Y ese macizorro de ahí quién es, chica? —me susurró Asia

pegándome un codazo y observando a Jakub mientras se nos acercaba, sudado de arriba a abajo.

—Ava, ya está listo. Podéis llevarlo con vuestro transporte mágico.

Asia estalló en carcajadas.

—Me encantan los chicos de pueblo.

Yo abracé también a Jakub.

—Muchas gracias. Te aseguro que saldrá vivo de esta. Por favor, mándales ese mensaje a tu familia. Que estén tranquilos.

—Por supuesto. Siempre hemos confiado en ti, Ava.

Y así Jakub empezó a caminar de nuevo hacia la profundidad del bosque.

—Adiós, chicas —dijo Jakub dándose la vuelta y guiñando el ojo a Asia, a la que había pillado mirándole el trasero mientras se alejaba.

Nos subimos todas a la ambulancia. Asia ya había preparado una ruta hacia el hospital más cercano, situado a unos 15 minutos conduciendo como Vin Diesel. Milo estaba asistiendo a Dariusz en el interior de la ambulancia, pues resulta que el chico estaba estudiando la carrera de Medicina.

Y cuando el coche arrancó, escuchamos un ruido en el cielo.

Era el inconfundible sonido de las hélices de un helicóptero sobrevolando por encima de nosotros.

Me asomé por la ventana para observar.

Sin duda en el helicóptero estaba la Reina Bruja.

Escapándose del pueblo. De su pasado.

Y nadie podrá hacer nada para castigar sus pecados.

Y finalmente exploté. Lloré. Lloré de la impotencia. Lloré del cúmulo de emociones vividas. Por Dariusz, agonizando en la parte de atrás de la ambulancia. Lloré por tener que abandonar a los Starek, que me habían acogido con tanto amor, al pueblo de Zamožni, al que llegué a querer como mi hogar. Lloré por la felicidad de encontrarme con los míos y la tristeza de dejar atrás a los que también se habían convertido en mi gente.

Lloré por todo eso y más.

Y luego di las gracias por tener la oportunidad de poder llorar por ello.

El pueblo de Zamožni, escondido en lo más profundo del bosque, y que ahora ya era visible para el mundo, se quedó atrás, un mero reflejo en el retrovisor.

EPÍLOGO

Y esto que os he contado, es lo que me pasó el verano que cumplí 18 años.

No es una mala anécdota para contarle a la gente, ¿verdad?

He pensado que también os podría interesar a vosotros.

Sois a los únicos que se lo puedo contar con todo lujo de detalles sin tener que dañar a nadie.

—Ava, ven. Ya ha salido el cirujano. Todo ha ido bien. Dariusz se encuentra bien.

Katie me gritó con efusividad desde lejos para que fuera con ella.

Sonreí con gran felicidad.

Me despedí desde el otro lado del cristal de la sala de recién nacidos. La mayoría de bebés estaban en sus cunitas durmiendo. Eran tan inocentes como los habitantes de Zamożni y por eso debían de estar protegidos de la crudeza del mundo exterior hasta que tuvieran la suficiente fuerza para enfrentarse a la vida real.

Habían sido muchas horas de espera y poder desahogarme, aunque sea de este modo y mis interlocutores no me entendieran (de hecho, esa condición era indispensable), me había servido para tranquilizarme durante la agonizante espera.

—Adiós. Espero que tengáis una vida dicha y plena. Yo os maldigo a ser felices para siempre.

—FIN DE "EL PUEBLO DE LOS
MALDECIDOS"—